LEO S. KLEJN

LA ARQUEOLOGÍA SOVIÉTICA

Historia y teoría de una escuela desconocida

Crítica

LA ARQUEOLOGÍA SOVIÉTICA

CRÍTICA/ARQUEOLOGÍA
Directora: M.ª EUGENIA AUBET

LEO S. KLEJN

LA ARQUEOLOGÍA SOVIÉTICA

Historia y teoría de una escuela desconocida

Prefacio de
GONZALO RUIZ ZAPATERO

CRÍTICA
GRUPO GRIJALBO-MONDADORI
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original:
FENOMEN SOVIETSKOI ARJEOLOGUII

Traducción castellana de IGNACIO CLEMENTE y DANIEL MEDINA
Revisión de EVGUENI AGALTSEV y RAQUEL RIBÓ

Cubierta: Enric Satué
© 1993: Leo S. Klejn, San Petersburgo
© 1993 de la traducción castellana para España y América:
CRÍTICA (Grijalbo Comercial, S.A.), Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-605-3
Depósito legal: B. 30.668-1993
Impreso en España
1993. - HUROPE, S. A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro no es una historia de la arqueología soviética, sino una reflexión personal sobre el desarrollo de esta tradición arqueológica por parte de alguien que no sólo ha vivido de lleno buena parte de su historia, sino que también ha jugado un papel importante en la misma y ha sabido mantener siempre una actitud crítica. Por todo ello el testimonio de su reflexión merece, sin duda, toda la atención de quien se interese por el pasado de la humanidad y las líneas de aproximación a ese pasado. Pero aun cuando el libro no es una simple historia de la arqueología soviética, resulta forzoso esbozar algunas referencias históricas para poder situar en su justo término las reflexiones de Leo S. Klejn; referencias sobre la propia biografía del autor, el marco general de la arqueología en la antigua URSS y la percepción de la tradición soviética en Occidente y especialmente en España.

El autor, nacido en 1927 en Bielorrusia, estudió arqueología y filología en la Universidad de Leningrado (hoy San Petersburgo) y ha estado toda su vida ligado al Instituto de Arqueología de esa universidad. Sus publicaciones —más de 200 artículos, notas y un buen número de libros— abarcan temas muy diversos que van desde las culturas de las estepas a estudios de la épica homérica, desde tipología arqueológica a la arqueología de los sármatas y escitas o desde teoría arqueológica a los orígenes de los eslavos y el problema vikingo. Pero sin duda por en-

cima de esa gran diversidad de intereses Klejn ha conseguido una buena reputación por sus aportaciones a la teoría y metodología arqueológicas.[1] *Crítico con el régimen comunista de la antigua URSS y mal considerado por publicar algunos trabajos en Occidente sin pasar por la previa censura oficial, fue arrestado por la KGB de Leningrado bajo una falsa acusación criminal en una ola de arrestos que incluyó a muchos otros intelectuales críticos. Cumplió una condena de año y medio, entre 1981 y 1982 en una cárcel y un campo de concentración.*[2] *Tras su liberación fue desposeído de todos sus títulos y cargos académicos, y a pesar de que el juez instructor de su caso reconoció la falsedad del proceso, su caso, como otros miles, aún no ha sido revisado y vive actualmente de una pequeña pensión estatal en San Petersburgo. Su apartamento es frecuentado por colegas y antiguos alumnos, y es un pequeño centro de investigación independiente.*[3] *La situación actual de Rusia y tal vez su propia trayectoria personal es responsable de que, a comienzos de este año, su apartamento fuera asaltado y él mismo brutalmente golpeado. Estos hechos no le han impedido continuar con la dirección de su equipo, preparar nuevos libros y sacar todavía tiempo para cortas estancias en universidades y centros arqueológicos europeos dictando conferencias y seminarios. Resultado de esa intensa actividad, motivada como el propio Klejn me confesaba hace unos meses porque sabe que todavía tiene muchas ideas e ilu-*

1. Entre sus publicaciones más recientes cabe destacar: L. S. Klejn, «Theoretical Archaeology in the Making: A Survey of Books published in the West in 1974-1979», *Fennoscandia Archaeologica*, VIII (1991), pp. 3-15, y «To separate a centaur: on the relationship of archaeology and history in Soviet Tradition», *Antiquity*, 67 (1993), pp. 339-348.

2. La experiencia está relatada con grandes dosis de entereza y aún de ironía en L. S. Klejn, *Verkehrte Welt*, Aufbau Taschenbuch Verlag, Berlín, 1991.

3. Para una visión rápida de las ideas fundamentales del autor pueden verse: M.ª Martínez Navarrete, G. Ruiz Zapatero y J. Vicent, «Una conversación con Leo S. Klejn», *Revista de Arqueología*, 133 (1992), pp. 7-9; G. Ruiz Zapatero y J. Vicent, «Todo arqueólogo tiene algo de teórico ... una entrevista con Leo S. Klejn», *Trabajos de Prehistoria*, 49 (1992), pp. 11-25, y K. Kristiansen, «Exploring the Limits: an interview with Leo Klejn», *Journal of European Archaeology*, 1 (1993), pp. 184-194.

siones pero poco tiempo para llevarlas a la práctica, es este libro.

Veamos a continuación algunos puntos clave de la configuración de la arqueología soviética. Cuando el 18 de abril de 1919 Lenin firmó un decreto que establecía la Academia Rusa de Historia y Cultura Material, en sustitución de la zarista Comisión Imperial Arqueológica, se ponía en marcha una poderosa red centralizada de investigación arqueológica, que al cabo de 70 años llegó a ser la más grande del mundo. En la década de los cincuenta cada año se realizaban más de 500 expediciones arqueológicas repartidas por el vasto territorio de la URSS y se publicaban más de 3.000 informes y memorias.[4] *Pero la barrera lingüística y el confinamiento de la arqueología soviética dentro de sus fronteras han hecho de ella «la gran desconocida» en el panorama de la arqueología mundial. Con todo, como acertadamente ha señalado el arqueólogo canadiense Bruce Trigger, no existen bases objetivas para que los arqueólogos occidentales, sin saber además casi nada de lo que está sucediendo en esta tradición, rechacen la arqueología soviética como una reliquia fosilizada del pasado de la que no se puede aprender nada.*[5]

Si nos preguntamos qué se conoce en España de la arqueología soviética la respuesta sincera es que prácticamente casi nada. Si dejamos aparte los elementos más espectaculares del Paleolítico: las estructuras de habitación de huesos de mamut, los propios mamuts congelados de Siberia, las «Venus», algunos enterramientos notables como el de Sunghir[6] *o las famosas re-*

4. V. A. Bulkin, L. S. Klejn y G. S. Lebedev, «Attainments and problems of Soviet Archaeology», *World Archaeology*, 13 (3) (1982), p. 277.

5. B. Trigger, *A History of Archaeological Thought*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 243. (Hay trad. cast.: *Historia del pensamiento arqueológico*, Crítica, Barcelona, 1992.)

6. Para el Paleolítico es significativo que en el libro de C. Gamble *El poblamiento paleolítico de Europa* (Crítica, Barcelona, 1990), la bibliografía, con más de 1.100 entradas, apenas recoge un par de decenas de títulos en ruso —en su mayoría monografías ya clásicas— y si a esto se le suman los trabajos de rusos publicados en inglés, francés y alemán representa el 2,5 por 100 del total de la lista de referencias. Sin duda alguna, obras como las de R. G. Klein, *Ice-Age Hunters of the Ukraine* (Chicago University

construcciones de rostros prehistóricos de M. Guerassimov,[7] *que recuerdo personalmente de los primeros manuales de Prehistoria que cayeron en mis manos, o de la Prehistoria tardía, como la cultura neolítica de Tripolje, los famosos kurgane y los túmulos escitas,*[8] *casi todo ello conocido por estudios de segunda mano o por investigadores extranjeros trabajando en la antigua URSS, la investigación soviética en arqueología traducida al castellano es mínima.*[9] *Ciertamente, tampoco es mucha la vertida a otros idiomas occidentales,*[10] *aunque en estos últimos años desde el ascenso de Gorbachov y el inicio de la* perestroika[11] *van siendo más los arqueólogos rusos que se asoman a las páginas de revistas internacionales publicando principalmente en inglés.*[12] *Por otro lado el incremento de los contactos desde mediados de los*

Press, Chicago, 1973) o la más reciente de la estadounidense O. Soffer, *The Upper Paleolithic of the Central Russian Plain* (Boston, 1985), han contribuido más a difundir el Paleolítico de Rusia que todas las síntesis soviéticas juntas, incluyendo la síntesis oficial de la magna *Arqueología de la URSS*, en 20 vols., publicada por el Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de Rusia: P. I. Boriskovsky, *Paleolitit SSSR*, Moscú, 1984.

7. S. Coeure, «La crâne et le savant: la méthode Guerassimov», *L'Histoire*, 164 (1993), pp. 64-66.

8. Para la Prehistoria final resulta también revelador que en la obra de J. Lichardus *et al.*, *La Protohistoire de l'Europe* (Presses Universitaires de France, París, 1985), los títulos bibliográficos en ruso apenas representan el 4 por 100 del total, a lo que habría que añadir unos pocos títulos más en inglés y alemán. En este caso la traducción al inglés de P. M. Dolujanov, *Ecology and Economy in Neolithic Eastern Europe* (Ducworth, Londres, 1979) constituye la referencia obligada.

9. Las editoriales Mir y Progreso de Moscú han publicado algunos textos (por ejemplo: M. F. Niésturj, *El origen del hombre*, Mir, Moscú, 1984, y V. Guliaev, *Las primeras ciudades*, Progreso, Moscú, 1989), que por otro lado apenas son difundidos y manejados entre la comunidad arqueológica española. Mención aparte merece el libro de S. A. Semenov, *Tecnología prehistórica*, Akal, Madrid, 1981.

10. Desde mediados de los años sesenta la Universidad de Wisconsin publicó una revista, *Soviet Anthropology and Archaeology*, que anualmente traducía una selección de los artículos más interesantes publicados en la URRS. Desde 1979, y editada por Stephen Dunn, se publica *Soviet Archaeology*.

11. P. M. Dolujanov, «Archaeology in the ex-USSR: post-perestroika problems», *Antiquity*, 67 (1993), pp. 150-156.

12. Como se puede comprobar en *Artic Anthropology*, *Journal of Anthropological Archaeology*, *Current Anthropology*, *Journal of World Prehistory* y *L'Anthropologie*.

años ochenta ha facilitado la publicación de importantes obras en prestigiosas series anglosajonas,[13] *y se plantean proyectos de colaboración con otros países e incluso la creación de institutos o centros específicos para el Este de Europa, como el proyectado Centro en Berlín por parte del Instituto Arqueológico Alemán o el Centro para la Arqueología de la Europa Central y del Este que, auspiciado por las universidades británicas de Durham y Newcastle upon Tyne, se ha inaugurado en marzo de 1993.*[14]

La celebración en Madrid de la Primera Reunión de Prehistoriadores Hispano-Soviéticos (5-6 de junio de 1990), organizada por el Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del CSIC,[15] *permitió establecer un primer contacto entre dos tradiciones distantes y distanciadas. Poco después se celebró el VI Coloquio Hispano-Ruso de Historia (Madrid, 26-28 de octubre de 1992) que, organizado dentro del convenio establecido entre el CSIC y la Academia de Ciencias de Rusia, contó con una nutrida representación de arqueólogos rusos.*[16] *Estas dos reuniones han creado, dentro de las dificultades económicas de estos años,*[17] *una serie de convenios e iniciativas que se encuentran en fase de preparación, pero que sin duda beneficiarán a ambas tradiciones arqueológicas; de alguna manera, fruto de esos contactos es la publicación de este texto en castellano.*

Volviendo al tema de la obra es obligado precisar que si la arqueología soviética es virtualmente desconocida, la arqueología teórica soviética lo es, si cabe, aún más. Por un lado, ha sufrido la descalificación simple y simplista de ser una arqueolo-

13. E. N. Chernij, *Ancient Metallurgy in the USSR: the Early Metal Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, y P. Chapman y P. Dolujanov, eds., *Cultural Transformations and Interactions in Eastern Europe*, Avebury, Aldershot, 1992.

14. *Past, The Newsletter of the Prehistoric Society*, 15 (1993), p. 13.

15. M.ª I. Martínez Navarrete, ed., *Teoría y práctica de la Prehistoria: perspectivas desde los extremos de Europa*, Universidad de Cantabria-CSIC, Santander, 1993.

16. VV.AA., *Actas del VI Coloquio Hispano-Ruso de Historia*, Fundación Cultural Banesto, Madrid, 1993.

17. V. Pokrovsky, «Russian research may be put in a lean diet», *Nature*, 357 (1993), p. 530.

gía que sigue el «dictado marxista-leninista», reduciéndola a su más malograda versión de la «teoría de las etapas o estadios». Pero por otro lado el neomarxismo anglosajón no ha prestado atención a los logros y problemas de la arqueología soviética, ya que la considera anclada en una «rancia ortodoxia».[18] *No se ha examinado ni una monografía ni un proyecto de investigación en detalle,*[19] *ni se ha prestado atención a la observación de Bulkin, Klejn y Lebedev*[20] *de que los datos arqueológicos sólo son válidos para las interpretaciones materialistas históricas del pasado si los arqueólogos son capaces de transformar sus datos en una comprensión del comportamiento humano. El marxismo como estudio del comportamiento humano del pasado no proporciona una guía detallada para destilar de los datos arqueológicos información sobre el comportamiento pretérito; son los arqueólogos los que tienen que elaborar métodos para ello, la* middle-range theory, *en términos binfordianos. Incluso resulta lamentable que en un reciente intento de puesta al día de la teoría arqueológica en Europa se excluya a la URSS intencionalmente porque el editor quería analizar la naturaleza de la teoría arqueológica en el área entre las dos viejas superpotencias.*[21] *Lamentable, porque la arqueología estadounidense resulta bien conocida y se extiende por todas partes mientras que la situación de la arqueología soviética es justo la contraria.*

En muchos aspectos este libro es una «crónica de una síntesis anunciada», largamente anunciada porque las ideas centrales se encuentran entre las publicaciones del autor de los años seten-

18. M. Spriggs, ed., *Marxist Perspectives in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984; R. H. McGuire, *A Marxist Archaeology*, Academic Press, Nueva York, 1992, y T. Saunders, ed., *Revenge of the Grand Narrative: Marxist Perspectives in Archaeology*, Avebury, Alderhost, 1992.

19. B. Trigger, «Marxism in Archaeology: Real or Spurious?», *Review in Anthropology*, 12 (1985), p. 121.

20. V. A. Bulkin, L. S. Klejn y G. S. Lebedev, «Attainments and problems of Soviet Archaeology», pp. 272-295.

21. I. Hodder, ed., *Archaeological Theory in Europe. The Last Three Decades*, Routledge, Londres, 1991, p. IX.

ta y ochenta.[22] *La realidad de la tradición arqueológica soviética se revela rica, compleja y con raíces propias; en cierto modo es como si para orientarnos en el laberinto de la arqueología soviética el autor iluminara los pasillos y los ascensores del vasto edificio, pero las cámaras y las dependencias siguen estando sumidas en una inquietante oscuridad. Es posible que tal vez algunas estancias merezcan seguir así, pero desde luego en otras ventanas se vislumbra un resplandor que incita a un conocimiento más profundo y detallado. Como en las muñecas rusas el libro de Klejn impulsa a continuar abriendo las sucesivas capas hasta llegar al corazón de la «matrioska». Hay muchas cosas de la arqueología soviética que sólo quedan apuntadas y serían de gran provecho para cualquier tradición arqueológica, con más motivo en una como la nuestra con escasos desarrollos teóricos propios.*[23] *El contenido general de la arqueología teórica soviética quedaría bien resumido en la metáfora de la «pirámide egipcia» de Guliaev:*[24] *el bloque más alto y de pequeño tamaño sería el de la epistemología, más abajo un bloque moderado por su volumen estaría constituido por la interpretación y reconstrucción histórico-social de los datos arqueológicos, y en la parte más baja como base de la pirámide un sólido bloque que incluiría los aspectos teóricos y metodológicos del análisis de las fuentes arqueológicas. Y todavía por debajo, como en las verdaderas pirámides egipcias, en la cámara subterránea, estaría la historiografía, como parte importante e imprescindible de la teoría arqueológica.*

Si queremos que la arqueología futura sea plural, diversa,

22. Especialmente en L. S. Klejn, «A panorama of theoretical archaeology», *Current Anthropology*, 18 (1977), pp. 1-42, y V. A. Bulkin, L. S. Klejn y G. S. Lebedev, «Attainments and problems of Soviet Archaeology».

23. V. Lull, «La Prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español», en A. Vila, coord., *Arqueología. Nuevas tendencias*, CSIC, Madrid, 1991, pp. 231-250.

24. V. Guliaev, «La arqueología teórica en la URSS», en M.ª I. Martínez Navarrete, ed., *Teoría y práctica de la prehistoria: perspectivas desde los extremos de Europa*, Universidad de Cantabria-CSIC, Santander, 1993.

mestiza, ósmosis, conocimiento vivo, historia en construcción es necesario valorar y respetar las tradiciones arqueológicas importantes pero poco conocidas por barreras idiomáticas e imposición del mercado de las publicaciones especializadas. Dentro de este planteamiento que respete y divulgue la diversidad hay que promover el conocimiento de tradiciones ricas,[25] *y desde luego la tradición soviética está pidiendo a gritos que sea conocida y discutida.*

A. Formosov, V. F. Guening, V. Masson, V. Schnirelman, Y. Zsajaruk, el propio Klejn y muchos otros deberían dejar de ser los «grandes desconocidos» de la arqueología europea.

GONZALO RUIZ ZAPATERO

Universidad Complutense,
otoño de 1993

25. Véanse, por ejemplo, las traducciones de los arqueólogos checos J. Malina y Z. Vašíček, *Archaeology Yesterday and Today. The Development of Archaeology in the Sciences and Humanities*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, y E. Neustupný, *Archaeological Method*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, o el dossier dedicado a «Central European archaeology in transition», publicado por *Antiquity*, 67 (1993), pp. 121-156. También en este sentido vale la pena destacar el impulso de la Asociación Europea de Arqueólogos a través de su revista *Journal of European Archaeology* o los esfuerzos del *World Archaeological Congress*. Pero a pesar de todo ello son los anglosajones quienes establecen el orden del día en la arqueología teórica, como queda patente en N. Yoffee y A. Sherrat, eds., *Archaeological Theory: Who sets the agenda?*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

PRÓLOGO

No temáis, aún sigo siendo el mismo,
ahora puedo representarnos.

A. AJMATOVA, «El escaramujo florece»,
De los cuadernos de la incineración, II

«Fenómeno»* es una palabra tomada del griego, que significa aparición, hecho, caso, escena. Pero en las lenguas modernas esta palabra ha adquirido un nuevo matiz: no solamente con el significado original, sino con el de «fenomenal»: algo así como especial, único, insólito, excepcional, que requiere de esfuerzos especiales para su comprensión. La Escuela Científica Nacional, en la que trabajé durante más de cuarenta años, es un ejemplo fiel de ello. Este trabajo es un intento para comprenderlo.

Inicialmente este trabajo fue publicado en la revista *World Archaeology* (Londres) en 1982 y firmado conjuntamente con mis alumnos V. A. Bulkin y G. S. Lebedev. Aunque el trabajo lo planeamos en común, el texto fue escrito por mí, y posteriormente discutido con mis coautores, teniendo en cuenta sus observaciones, sobre todo en lo referente a la redacción del cuarto capítulo, así como en la corrección y resumen de los manuscri-

* Este comentario hace relación al título original de esta obra: *Fenomen sovietskoi arjeologuii*, «El fenómeno de la arqueología soviética». (*N. del e.*)

tos. Para la redacción del quinto capítulo se utilizaron materiales de M. B. Shchukin, también alumno mío.

Al principio, proyectamos firmar el trabajo conjuntamente. Sin embargo, cuando el texto estuvo preparado, quedó claro que su publicación en nuestro país no era posible. Por entonces existía la oferta de una revista extranjera para su publicación. Pero su envío al extranjero implicaba el paso por infinidad de trámites burocráticos y la consabida censura. La obra superó estas trabas con mucha dificultad. Las discusiones al respecto se llevaron a cabo en un ambiente de tensión, y se perdieron párrafos con planteamientos muy concretos e incisivos, e incluso capítulos completos. Los coautores, uno tras otro, fueron retirando sus firmas. Eran bastante jóvenes, y su situación, poco segura, con el agravante de que podían dejar de ser el sostén de sus respectivas familias. Pensaron que tenían derecho a no correr ese riesgo.

Mientras tanto, los nubarrones que me cubrían se iban haciendo más y más densos. Cuando el texto recortado y acordado estuvo preparado para su envío al exterior, me arrestaron. En mi ausencia, Bulkin y Lebedev tomaron la responsabilidad del envío, para lo cual se reconocieron coautores y firmaron los manuscritos. Y. M. Vladimirov (que en paz descanse), por entonces ayudante del vicerrector, sancionó el envío. Los ciudadanos soviéticos comprendieron lo que suponía esta decisión. Por ello les estoy profundamente reconocido.

Ahora, en la época de la *perestroika*, ha surgido la posibilidad de publicar este trabajo en forma de libro en su propia tierra.

Este texto constituye la versión original de la obra, antes de ser reducida, con la adición de los capítulos 6, 7 y 8. El capítulo 3 fue alterado, pero afortunadamente no se publicó antes. El resto del texto ha requerido, en general, cambios insignificantes, teniendo en cuenta que han transcurrido más de diez años desde que fue escrito. Durante este tiempo, alguno de los investigadores que se mencionaban dentro del grupo de los vivos ha muer-

to; los arqueólogos que clasifiqué como jóvenes han perdido esta cualidad. Surgió la posibilidad de reemplazar algunas alusiones por afirmaciones concretas. Pero la totalidad de la situación analizada no ha cambiado. Por lo tanto, este trabajo, desde mi punto de vista, no ha perdido vigencia.

Últimas anotaciones: escrito antes de la *perestroika* y preparado para ser editado en el país del autor antes del golpe de Estado, este libro sale a la luz después de la revolución de agosto [1991]. El calificativo «soviética» le ha dado un nuevo matiz a su título. Este término lleva implícito una organización del poder muy característica, como si fuese más democrática que la parlamentaria o municipal, pero de hecho es oclocrática.* Poco a poco las diferencias entre los soviets y los parlamentos y municipalidades (las elecciones efectuadas por partes o fraccionadas, los principios de producción, la reunión de diferentes formas de poder) perdieron significado, incluso cambiaron; y estos mismos órganos, evidentemente, cumplieron su función decorativa: enmascarar el totalitarismo. Desde el tiempo de los soviets leninistas hasta hoy, parece que haya quedado un solo nombre. Evidentemente ha llegado a sus últimos días, y el término «soviético», que fue emblema manifiesto de ese poder (como una marca o sello) que ocupaba una sexta parte de la tierra, así como todo lo que diferenció a este país en todas sus manifestaciones del resto del mundo, se ha convertido en el significado y conclusión de una época en esta región. Así pues, este libro está proyectado como un intento para comprender la totalidad de lo sucedido bajo la mencionada administración. Por supuesto teniendo en cuenta los acontecimientos más recientes.

* *Oclocracia*: gobierno de la plebe, de la multitud, del proletariado. (*N. de los t.*)

1. LA GRAN DESCONOCIDA

Para mí la lección de geografía es difícil,
busco en vano con mi cerebro.
En la otra parte del planeta, la gente,
cuando anda, ¡va con las piernas arriba!

JULIAN TUVIM, «Oración»

Para los arqueólogos occidentales constituye un reto el llevar a cabo un descubrimiento de gran importancia. Ese descubrimiento es la arqueología soviética. Ella es prácticamente desconocida para los científicos occidentales, entre otras razones, por la barrera idiomática y el perenne aislamiento e incomunicación. Algo en ella les da miedo, algo les asombra, algo les atrae, y de lo poco que se conoce no todo se valora justamente y a fondo.

Considerada la arqueología de la gran potencia (Bacon, 1960, p. 3), se juzga partiendo de la correspondiente expectación; al mismo tiempo, las expectaciones se justifican parcialmente por la amplitud de la actividad expedicionaria (algunos cientos de expediciones al año) y por la puesta en marcha de grandes proyectos o empresas (planeando e iniciando el *corpus* de las fuentes arqueológicas en unos cuantos cientos de tomos, como la descripción del pasado arqueológico del país en 16 tomos, etc.). Sin embargo, por el volumen de su producción editorial y por la participación en congresos y simposios internacionales, se queda

a la zaga no sólo de los grandes países, sino también de algunos pequeños estados. La arqueología soviética posee sólo dos publicaciones periódicas (ante decenas de publicaciones inglesas, alemanas, etc.).[1] En el VI Congreso Internacional de Roma en 1962, Francia estuvo representada por 157 participantes, Gran Bretaña por 70, Checoslovaquia y Polonia por 25 cada una, y la URSS por 3. Cierto es que estos tres participantes eran la Camarilla Administrativa (hay que hacer notar que esta ha sido la representación más pequeña que haya asistido a congreso alguno).

Al colega extranjero que llegue a San Petersburgo le puede parecer, a pesar del gran atraso en el modo de vida y tecnológico, que ha llegado a la capital arqueológica del mundo: a su alrededor podrá ver a multitud de arqueólogos de renombre, podría pasarse un mes asistiendo diariamente a conferencias de arqueología, a veces varias en un día, bien sea en la Universidad o en algunos de los departamentos del Ermitage, en alguna sección del Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias o bien en el Instituto de Historia, en el Instituto de Estudios Orientales o en la Sociedad Geográfica. Podrá ver importantes bibliotecas de arqueología concentradas todas en el centro de la ciudad y ubicadas a poca distancia entre sí, a diez o quince minutos caminando: la biblioteca del Instituto de Arqueología (190.000 tomos), la del Instituto de Estudios Orientales, la del Hermitage, posiblemente no tan especializada pero inmensa (decenas de millones de tomos); asimismo, y no muy lejos, encontraremos las

1. Para que la comparación sea equitativa es necesario, sin embargo, tomar en cuenta nuestra publicación más importante, *Sovietskaya arjeologuia* (*Arqueología Soviética*), que edita al año alrededor de 1.600 páginas, mientras que la principal publicación norteamericana, *American Antiquity*, sólo publica 520 páginas del mismo formato. De un medio centenar del resto de las publicaciones norteamericanas sólo dos o tres se acercan a la nuestra por su importancia y significación a nivel nacional. El resto son publicaciones periféricas, a menudo de bajo tiraje, poco conocidas y de poca difusión incluso en los mismos Estados Unidos, y por ello son difíciles de obtener (se las considera «literatura gris», *grey literature*). Entre la lista de las más respetables revistas y anuarios ingleses existen muchas más; por lo menos docena y media.

bibliotecas de la Universidad, de la Academia de Ciencias, y la Biblioteca Pública. La misma situación la encontramos en Moscú, sólo que entre ellas la distancia es mayor.

Pero si hace un recorrido por la provincia o por alguna ciudad importante que no sea capital de república, se encontrará un miserable puñado de arqueólogos si es que los hay. En la mayoría de las universidades de provincia y en muchas capitales de república no hay departamento de arqueología. En este inmenso país no hay más de cinco mil arqueólogos. El «efecto capitalino» y de contraste con la provincia es el resultado de la desmedida centralización de todo y de todos. Hace apenas dos décadas, la arqueología estaba concentrada en ciudades como Moscú, Leningrado, algo menos en Kiev y Novosibirsk. Otras capitales de república y grandes ciudades como Jarkov, Rostov, Sverdlovsk, o las, en otros tiempos, célebres por su desarrollo científico como Odesa, Kazan e Irkutsk no tenían la suerte de las primeras. La centralización tiene sus prioridades: en los principales focos en los que se hallaban concentrados los mejores especialistas, colecciones de museo, literatura extranjera, posibilidades editoriales, allí se hacía la «gran ciencia». Por el contrario, en las provincias, donde el arqueólogo se sentía aislado, exiliado y rápidamente se convertía en *kraievied*,* la conservación de los monumentos arqueológicos se encontraba en el más bajo de los niveles. Los especialistas, los pocos medios científicos existentes y las organizaciones sociales se hallaban divididos. Para la mayoría de los arqueólogos soviéticos las excavaciones eran casi siempre una remota expedición.

A partir de las dos últimas décadas la situación ha cambiado. Gracias a las expediciones concertadas en las nuevas regiones, en muchas ciudades provinciales se organizaron centros de gran actividad arqueológica, por ejemplo en Kemerovo, Volgo-

* *Kraievied*: «etnógrafo territorial», el que estudia y se especializa en una sola zona geográfica o región. (*N. de los t.*)

grado, Krasnodar, Rostov, Odesa y otras. Pero el abastecimiento de bibliografía para estos centros era aún pobre y mezquino, y a simple vista los trabajos editoriales provincianos se diferenciaban de los capitalinos.

La arqueología soviética proclamó un único determinismo (monodeterminismo) y de él esperaban un exclusivismo especial; sorprendiéndose al percatarse de que ella, al igual que la etnografía soviética (y junto a ella), había tomado en cuenta diferentes factores (Gellner, 1974). La arqueología valora altamente el intercambio de opiniones y la estabilidad, pero resulta que fue capaz de cambiar su interpretación justo por lo contrario, o permitía lo uno y lo otro al mismo tiempo. Fue ignorada con frecuencia, mientras que su influencia se dejaba notar (a través de Childe) entre los principales arqueólogos del mundo, y las tendencias occidentales contemporáneas (la «nueva arqueología») reincidían en sus ideas pioneras... y en sus errores.

Valorando el potencial arqueológico del país, el arqueólogo germanooccidental Struve denominó a Rusia «la gran desconocida», de la cual depende la solución de los importantes problemas planteados por la más antigua historia de toda Europa (Struve, 1955, p. 12).

La polémica sostenida entre el arqueólogo holandés Köbben y el autor de las presentes líneas se considera el comienzo del «diálogo entre dos mundos, aún demasiado independientes, donde las palabras poseen diferentes significados y las categorías diferentes contenidos» (Köbben, 1972, p. 137). El norteamericano Chang Kuang Chih sostiene por razones análogas que «allí se separan los razonamientos prácticos y los sistemas terminológicos» (Chang, 1973, p. 319), y el inglés Renfrew valora las divergencias aún más profundamente: «Las advertencias de Klejn muestran decididamente el abismo entre el pensamiento arqueológico en la Rusia soviética, por un lado, y en la Europa occidental y Estados Unidos, por otro» (Renfrew, 1970, p. 174). Pero un poco después, contando con algo más de información

acerca de la arqueología soviética, el canadiense Trigger, al igual que Gellner, se asombraba de lo mucho en común que se podía encontrar en las interpretaciones, premisas y directrices tanto de la una como de la otra. «Ahora ya no se considera de otro planeta» era el título del artículo referente a esta información (Trigger, 1978). Tranquilizadoramente: a pesar de todo no es de otro planeta. En cualquier caso de otro hemisferio, del mundo de las antípodas.

Los intentos de Occidente por conocer la arqueología soviética se realizaron no sólo una sino varias veces, siendo algunos unilaterales (a veces preconcebidos y no objetivos) y otras demasiado superficiales y rápidos. En sus inicios, Tallgren, con simpatía, ilustró con informes muy concisos sus primeros y aún muy modestos éxitos (Tallgren, 1927), pero en poco tiempo, cuando los viejos cuadros fueron sustituidos por los más recientes, se vio forzado a lamentarse de los aspectos enfermizos que había encontrado en ella (Tallgren, 1932). Aunque esto no le impidió valorar sus contribuciones (Tallgren, 1933). En los años treinta, Childe, que se encontraba en la URSS, estimó la importancia de todo lo que aquí se hace en pro de la arqueología mundial y publicó las notas factográficas* con el título de «Prehistory in the USSR» (Childe, 1942).

A mediados de los años cincuenta salieron a la luz dos libros con títulos similares al de Childe: *La arqueología en la URSS*, ambas publicaciones en lengua rusa y ambas traducidas un poco más tarde al inglés. Una de las obras fue escrita por el emigrante Miller (Miller, 1954, 1956) y la otra por el arqueólogo soviético Mongayt (Mongayt, 1955, 1960).

El primer informe acerca del estado, situación y estructura de la arqueología soviética se hizo desde un antisovietismo tan claro (véase Mongayt, 1957) que asombró incluso a los lectores occidentales ya acostumbrados a ello (Trigger, 1978, p. 196). El

* *Factografía*: descripción de unos hechos sin ningún análisis. (*N. de los t.*)

autor sostenía que la arqueología soviética de posguerra «se había convertido sin muchas ceremonias en un órgano propagandístico» y que los arqueólogos soviéticos practican y se dedican «al apaño de los hechos» ya desde «donde emanan los contenidos»; y concluía: «Por ello, para relacionarse con las deducciones y declaraciones de la arqueología contemporánea de la URSS, hay que acercarse con mucho cuidado (tal como ellos lo hacían normalmente), ya que con frecuencia la falsificación comienza desde el momento de la instauración de los hechos» (Miller, 1954, p. 138). El crítico se había excedido. De hecho, la arqueología soviética estuvo relacionada con la propaganda, pero no de una forma directa sino de manera bastante más compleja. Además, hasta el momento de emigrar, el autor de las líneas precedentes no era más que un arqueólogo de provincias que se orientaba y desenvolvía mal en las teorías y discusiones de la «gran ciencia»; por ello en su análisis cambiaba continuamente la enumeración u orden de todo, poniendo en un mismo saco teorías, concepciones, puntos de vista, principios y métodos de escala e índole muy diferentes.

El autor del segundo libro se dedicó a «mostrar los logros y alcances de los arqueólogos soviéticos» (Mongayt, 1955, pp. 4, 51, 380), mencionaba sólo superficialmente las dificultades y discusiones y algunos fenómenos los describía sólo parcialmente, incapaz de superar las limitaciones de su época. Al mismo tiempo, los citados autores occidentales insistentes en nuestros errores mostraron que un análisis positivo e imparcial de las dificultades de la arqueología soviética y sus errores (en parte, superados o superables) hubiese sido más constructivo que el señalar sus triunfos; y para nosotros es muy útil percatarnos en qué nos hemos quedado a la zaga de Occidente. En general, para la buena y recíproca comprensión hace falta un cuadro objetivo e imparcial.

En Occidente se publicaron algunos ensayos sobre la arqueología de la URSS, en lo esencial benévolos pero particulares y

descriptivos (Hancar, 1949, 1951, 1960; Frumkin, 1959, 1962, 1970; Chard, 1969). En los últimos años, los ensayos más objetivos sobre nuestra arqueología han aparecido en Alemania Occidental.

Parte de mi estudio, «A panorama of theoretical archaeology» (Klejn, 1977d), estaba dedicado al comentario de las líneas generales del pensamiento teórico en la ciencia soviética desde mediados de los años treinta hasta comienzos de los setenta. Habiendo leído «Panorama», el venerable científico noruego G. Gjessing formuló sus impresiones de la siguiente manera:

> ... frecuentemente en Occidente se desacredita a la arqueología marxista con mordaces objeciones, alegando que es sencillamente «propaganda política», y así actúan incluso los científicos más serios, los cuales sin embargo, y en el mejor de los casos, sólo conocen esta literatura así caracterizada superficialmente ... Finalmente tengo la fuerte sensación de que los arqueólogos occidentales podrían aprender mucho de sus colegas orientales. Por ello sería especialmente deseable que Klejn nos suministrase un nuevo artículo en el que, más detenida y concienzudamente, recuperara las más importantes directrices de la arqueología marxista (Gjessing, 1978, p. 638).

Recogiendo la llamada de Gjessing y la invitación de Trigger y Glover, deseo favorecer la continuidad del «diálogo competente» (Trigger, 1978, p. 198), en el cual ambas partes no sólo polemizan sino que aprenden las unas de las otras.

Este ensayo lo escribí para mis colegas occidentales y por encargo de ellos. Pero considero beneficiosa su publicación en ruso. Imaginemos al lector occidental viendo a la arqueología soviética como «la gran desconocida»; mostrémosla honrada y abiertamente siendo sinceros con nosotros mismos: ¿acaso la conocemos bien?, ¿conocemos todas sus facetas?, ¿se han percibido y comprendido sus características más importantes?, ¿se han evaluado todas sus ventajas y defectos? Era desconocida hasta

para nosotros. En efecto, gran parte de su historia nos resultaba inaccesible, era silenciada, encubierta por las custodias especiales; y por supuesto no siempre estaba permitido hablar, discutir o escribir acerca de los problemas más recientes que la aquejan. En la prensa, nuestros éxitos y logros fueron exagerados, y, ensordecidos por este crujido enfático, debíamos olvidar y no hacer caso de nuestra pobreza, de nuestra reclusión y, ¡ay!, de nuestro atraso.

Sólo ahora ha llegado el tiempo del desengaño y autoconocimiento. Todo conocimiento se simplifica con las comparaciones, y el autoconocimiento también. Y cuando intentamos delinear para nuestros colegas occidentales nuestras condiciones, traducir para ellos nuestras lenguas, hacerles comprender nuestros problemas, comenzamos a comprender mejor el exotismo de nuestra vida científica.

2. ETAPAS DE LA GRAN SENDA

He aquí que entonces levantó,
aturdió, desbocó,
ofuscó, torció,
desmoronó, despertó ...

V. JODASIEVICH, *En el mar*

La arqueología soviética contemporánea se ha formado en el curso del desarrollo histórico en condiciones muy concretas y complicadas, provenientes de la unión de algunas aportaciones de diversos orígenes; y en ella, hasta la actualidad, se percibe la influencia de los factores contemporáneos, las particularidades surgidas en las diferentes etapas de su historia. Si no se tienen en cuenta estas particularidades y su historia, no se puede comprender su actual originalidad, ni tampoco valorar sus logros y dificultades.

En la literatura occidental se pueden encontrar dos vías extremas para el esclarecimiento de la senda de la arqueología soviética. De acuerdo con uno de los puntos de vista, la arqueología soviética se encuentra atascada en el marxismo, en los «dogmas del siglo XIX», y queda estancada e invariable en el tiempo bajo el yugo de las «inmutables realidades». De acuerdo con la corriente opuesta, no tiene principios metodológicos consistentes; el problema reside en que cambia su curso para satisfacer a

las autoridades, siguiendo las directrices de la propaganda y las peripecias de la coyuntura política. Ambos puntos de vista contienen parte de verdad, pero no proporcionan una explicación exhaustiva (véase Klejn, 1968b).

La arqueología soviética se ha desarrollado y sigue desarrollándose, y en este desarrollo hay lógica, es decir, una única línea, hay crecimiento, hay progreso. Por supuesto, los cambios sociales, los cambios en la atmósfera política, se manifestaron en el desarrollo de la arqueología en nuestro país como en la de cualquier otro. Puede ser que en nosotros incidieran con más fuerza que en otros lugares, y en consecuencia con más precisión, tal vez con demasiada precisión, teniendo conciencia de la condicionalidad social del desarrollo científico («exigencia social»). Pero de ningún modo este es el único cambio determinante en la arqueología soviética; el crecimiento de las asignaciones, el aumento de los materiales, la recopilación de conocimientos, los logros adyacentes a la disciplina, pero también los acontecere-res de la arqueología mundial, las regularidades autónomas del desarrollo de la ciencia, la lógica interna de la concretización de este proceso: cada etapa sirvió como material de salida y plataforma, como un peldaño preparatorio para el próximo.

Fuentes

En el crisol de la Rusia revolucionaria, hace más de siete decenios, chocaron levemente los vestigios intactos de la arqueología rusa con el marxismo. Para la arqueología, las primeras consecuencias de la revolución y del desorden y el caos ligados a ella fueron excepcionalmente negativas: la destrucción masiva de monumentos y colecciones, la suspensión de expediciones, la muerte y huida de especialistas, el prolongado aislamiento del movimiento científico mundial. Sólo más tarde se desvelaron las influencias positivas.

En la Rusia prerrevolucionaria se asimiló con éxito, para aquellos tiempos, la herencia arqueológica del país: se llevaron a cabo con regularidad congresos arqueológicos de gran envergadura, existieron publicaciones periódicas de aceptable calidad, se fundaron ricos museos (entre ellos el mundialmente conocido Hermitage en San Petersburgo y el Museo de Historia de Moscú). Pero en el área del pensamiento arqueológico y de la elaboración de métodos de investigación, la Rusia zarista, al igual que la sociedad norteamericana de aquellos tiempos, estaban a la zaga de los principales países de Europa occidental. «Nosotros no tenemos a Montelius», señalaba más tarde Ravdonikas (1930, pp. 34-35). Los científicos rusos se acercaron mucho a algunas de las tendencias surgidas en el exterior, sobre todo al último evolucionismo (E. N. Anuchin, K. S. Merezhkovsky, I. S. Poliakov), al temprano difusionismo (V. A. Gorodtsov, A. A. Spitsyn, B. S. Zhukov). Gorodtsov se orientó en los trabajos de Vorse y Müller, y Spitsyn trabajaba en la clave antropogeográfica.

Los trabajos de algunos científicos rusos, formados en la época prerrevolucionaria, adquirieron más tarde renombre mundial e influyeron en el desarrollo de una serie de tendencias en el extranjero: el trabajo de Gorodtsov, editado después de la revolución (1927), fue traducido (1933) y leído con mucho interés por los taxonomistas norteamericanos; M. M. Rostovtsev y N. P. Kondakov, emigrados de la Rusia soviética, encabezaron la tendencia del combinacionismo en Occidente.

Algunos arqueólogos ilustres emigraron: A. A. Bobrinsky, E. F. Shtern, P. S. Uvarova. Pero muchos otros se quedaron, entre ellos A. A. Spitsyn, V. A. Gorodtsov, B. V. Farmakovsky, A. A. Miller y N. P. Sychev. En la entonces capital Petrogrado, los arqueólogos estaban reunidos en la Academia de Historia y Cultura Material, fundada en 1919 (posteriormente el homónimo Instituto de la Academia de Ciencias de la URSS) y dirigida por el académico N. I. Marr, filólogo y en menor medida arqueólogo.

En los primeros tiempos de la Academia había en ella un grupo de académicos intentando salvar la Comisión de Arqueología y a ésta como ciencia. Entre ellos, además de N. I. Marr, conocido por su proximidad a los círculos de izquierda prerrevolucionarios, estaban M. M. Rostovtsev y B. V. Farmakovsky. Posiblemente los arqueólogos tenían fundadas esperanzas en sus relaciones personales con el nuevo poder: el primero era primo hermano de Lunacharsky, ideólogo de cultura y comisario del pueblo para la ilustración, y el segundo era amigo de la infancia del mismísimo V. I. Ulianov Lenin (jugaban juntos a los indios).

Los académicos escogieron como nombre de la nueva institución el «de la cultura material» para que sonara más cercano al gusto marxista (alusión al materialismo, a la primacía de la producción). Pero Lenin no quedó satisfecho con esto y de su puño y letra incluyó «de la historia» en el edicto constituyente. Una vez recibido el nombre, la Academia debía abarcar todas las épocas, pero prevaleció la tradición y se centró sobre todo en las épocas más antiguas de la historia de la cultura material.

Todo esto formó una institución aún más amplia y planificada que la Comisión Imperial de Arqueología y con unos intereses mucho más diversificados. Lo esencial fue que desde comienzos de los años veinte el estudio de la arqueología se introdujo en las principales universidades, lo que no existía antes de la revolución.

Sin embargo, en el primer decenio del poder soviético, la enseñanza del pasado arqueológico poco cambió en comparación con el periodo prerrevolucionario si sopesamos la tendencia general. Los viejos científicos (dirigidos por Gorodtsov en Moscú y Spitsyn en Petrogrado) trabajaban con viejos métodos y sostenían obsoletos principios metodológicos.

Revolución en la arqueología

Desde mediados de los años veinte comenzó en la arqueología una reestructuración metodológica. A la ciencia llegó una nueva generación con ideas entusiastas, inicialmente no muy expertos ni en marxismo ni en arqueología, pero animosos y trabajadores. La concepción marxista de la historia de la sociedad era inicialmente patrimonio de los arqueólogos profesionales, y la cohorte de los innovadores comenzó a utilizar estos medios.

Los primeros en salir a escena fueron los innovadores moscovitas, alumnos de V. A. Gorodtsov: A. V. Artsikovsky, A. Y. Briusov, S. A. Kiselev y A. A. Smirnov. Inspirados en las ideas sociologizadoras del académico M. N. Pokrovsky, por entonces cabeza de la ciencia histórica soviética, e inmediatamente después dirigidos por el sociólogo y crítico de arte V. M. Friche, comenzaron a introducir en la arqueología los principios metodológicos marxistas, simplificando mucho sus tratados y esquemas sociológicos. En buena medida, su convencimiento de la primacía de la producción y, sobre todo, de las técnicas, el interés por los instrumentos de trabajo, estimuló al mismo Gorodtsov.

Bajo una lucha ideológica muy aguda y, por decirlo de algún modo, en pleno proceso de autoafirmación, la nueva tendencia tomó como tarea más importante el confirmar e ilustrar con hechos arqueológicos las concepciones clásicas del marxismo-leninismo sobre la sociedad sin clases; y defenderla (a ella y a los estudios de Morgan) de los escépticos, criticando las concepciones prerrevolucionarias y extranjeras acerca de la sociedad primitiva y de la Antigüedad. Este periodo de la sociedad primitiva y las siguientes etapas de la historia siempre habían sido considerados como formaciones socioeconómicas, y en los artículos de los arqueólogos moscovitas y de Leningrado centelleaban los conceptos clave como: «sociedad primitiva (sin clases)», «comunismo primitivo», «esclavismo», «feudalismo»; y también los

términos y formulaciones tan esenciales de Morgan y Engels: «clan», «tribu», «tribal», «pretribal», «matriarcado», «patriarcado», «salvajismo», «barbarie», «democracia militar», «comunidad», «familia nuclear», «aparición del Estado». Se llevó a cabo un gran trabajo para detallar, concretar y desarrollar tales concepciones, mediante la conjunción de diversas regiones y materiales, la sistematización de argumentos, y la unificación de la red de comprensión.

Posiblemente, y por respeto a Morgan, en esta concepción fueron incluidos, sin ningún carácter crítico, algunos puntos del evolucionismo clásico (libertad del paralelismo etnográfico y arqueoetnográfico). La humanidad, en sus inicios, era concebida como una sociedad cualquiera, que pasa igualmente por todas y cada una de las etapas del desarrollo económico y social. Las diferencias locales y étnicas se ignoraron, su estudio fue calificado como tendencia «burguesa». El hombre antiguo se representó como un ser, una criatura, completamente absorbido por el trabajo y la adaptación a la estructura de su colectivo (familia, clan tribal o comunidad territorial, pueblo), así como por las formas de distribución de los bienes materiales para la organización de la producción.

Pero así no se pudo evitar una vulgarización del marxismo. Partiendo de una comprensión no muy profunda de la idea marxista de la primacía de la producción y también de la creencia en la regularidad en la esfera de la cultura, los jóvenes moscovitas propusieron «nuevos métodos en arqueología»: la reconstrucción simplificada de los fenómenos superestructurales (estructuras sociales, ideas) a partir de los instrumentos hallados («el método inductivo»), sin alusión a la etnografía ni a las huellas directas del material arqueológico (Artsikovsky, 1926, 1929). Algunos moscovitas, sin embargo, buscaron el reflejo de las relaciones sociales en hallazgos aislados, viviendas y poblados (Briusov, 1926; Kiselev, 1928); y los de Leningrado, en estatuillas

(Efimenko, 1931) y enterramientos (Artamonov, 1934; Kruglov y Podgaetsky, 1935).[1]

Los partidarios de «los nuevos métodos» y de la sociologización de la arqueología atacaron premeditadamente otra tendencia moscovita: «la escuela paleoetnológica» de B. S. Zhukov; éste continuaba con la tradición científica y naturalista de D. N. Anychin, quien estudiaba al hombre como unidad de características biológicas y sociales, y en relación constante con el medio natural. La arqueología era considerada por los científicos adversarios de «los nuevos métodos» como etnología (etnografía) extendida en el pasado más remoto, y en consecuencia lo que más les interesaba eran los aspectos espaciales de la cultura, así como su diversidad y variabilidad. Este interés era completamente ajeno a los alumnos de Gorodtsov.

La rivalidad de las escuelas moscovitas quedó superada por el paso del tiempo, cuando los leningradenses retomaron el liderazgo de la reorganización de la arqueología (la nueva generación de colaboradores del GAIMK [Academia Estatal de Historia y Cultura Material]. Los nuevos líderes, reagrupándose en torno al académico N. I. Marr, los historiadores S. N. Bikovsky y F. V. Kiparisov, y los arqueólogos V. I. Ravdonikas, P. P. Efimenko, M. I. Artamonov y otros, comenzaron a reestructurar toda la ciencia.

Todo esto sucedía bajo una situación de extrema tensión. Llegaba a su fin la NEP [la Nueva Política Económica]. Durante 1929-1930 se llevó a cabo en el país una total y absoluta colectivización acompañada de un exterminio masivo de *kulaks*

1. Es necesario puntualizar que el libro *La sociedad patrimonial en las estepas de la Europa oriental*, que aparece firmado por Kruglov y Podgaetsky, en realidad fue escrito por B. A. Latinyn. Sin embargo, éste fue arrestado en 1935 por falsas acusaciones políticas, su nombre fue prohibido y se tuvo que publicar la obra firmada por sus aún jóvenes ayudantes, anteriormente citados. Después de casi dos décadas, cuando Latinyn regresó a la ciencia, no les encontró, ambos habían muerto durante la guerra. Latinyn no tuvo la posibilidad de recuperar la autoría del libro, por lo que la justicia no pudo ser restituida. Latinyn murió en 1966.

y de represiones. Se iniciaron duras persecuciones contra el soporte espiritual de la resistencia campesina: la religión y la Iglesia. Los *kraievieds*, que por aquel entonces tenían gran cantidad de organizaciones por todo el país, apoyaron el nacionalismo y el patriotismo regional en contra de los intereses pan-nacionales e internacionales. La represión cayó pesadamente sobre la *kraievedienie* [estudio de una región] arqueológica por su amor e interés hacia las antigüedades y su preocupación por las viejas iglesias como patrimonio nacional-cultural. En 1932 la revista *Sovietskoe Kraieviedienie* (Etnografía territorial soviética) escribió respecto al catedrático I. M. Grevs, dirigente del movimiento *kraievied*, lo siguiente: «Grevs idealiza la estructura burguesa-terrateniente, llevando esta idealización bajo el estandarte de la conservación de los monumentos históricos del país ... Grevs anuncia abiertamente que "debemos valorar" todos los monumentos del país y, en consecuencia, protegerlos de la destrucción y el deterioro" ... Por consiguiente, y según Grevs, hacía falta apreciar y proteger la autocracia» (V. G., 1932). Grevs fue represaliado junto con otros arqueólogos-etnógrafos; poco tiempo después la revista *Sovietskoe Kraieviedienie* fue cerrada. La destrucción de la arqueología territorial fue acompañada del alejamiento de los cuadros más veteranos de la arqueología y llevó al casi total reemplazo tanto de investigadores como del mismo contenido de la ciencia.

Esforzándose por facilitar a la historia marxista el uso de los materiales arqueológicos para poner sus estudios al servicio de la sociedad, los jóvenes entusiastas arremetieron contra sus predecesores prerrevolucionarios y sus alumnos con una crítica mordaz, a veces justificada, pero demasiado nihilista (Ravdonikas, 1930; Judiakov, 1933). Ante todo, condenaron gran parte de los trabajos prerrevolucionarios por su «rastrero empirismo» y por haberse limitado al estudio formal de los materiales (pura materialogía). En ese aspecto, se podía hablar de justicia. Incluso volvieron la espalda al método tipológico por considerarlo fruto

del evolucionismo burgués, y convertir en fetiches los objetos biologizando la historia. El mismo objeto de estudio de la *arqueología*, así como su nombre, fueron puestos en duda: ¿no habrán reducido las posibilidades de utilización de los hallazgos?, ¿no separan la antigüedad de la actualidad?, ¿no han difuminado información sobre la producción, factor determinante del desarrollo histórico? La arqueología fue reestructurada y rebautizada como *historia de la cultura material*, pero incluso así traía consigo insatisfacciones por conducir a la separación de objetos e ideas. Se emprendieron intentos para romper la separación de las ciencias históricas según los tipos de fuentes y reagrupar la investigación por épocas y problemáticas (Bikovsky, 1932b). La verdad es que estos intentos fueron rechazados poco tiempo después.

Iniciado ya antes este «alejamiento del objeto» y reforzándose aún más ahora, la descomposición de la arqueología condujo a que se dedicasen a ella historiadores (S. A. Zhebelev, Y. V. Gotie, S. N. Bikovsky), etnólogos y etnógrafos (B. S. Zhukov, S. P. Tolstov, S. I. Rudenko) y lingüistas (N. I. Marr, I. I. Meshaninov). Esto enriqueció a la arqueología en ideas, pero incorporó al quehacer arqueológico una corriente de diletantismo ilustrado.

Esta reestructuración, que ocupó el quinquenio de 1930 a 1934, fue denominada por Miller «revolución en la arqueología», y vio en ella una tardía difusión de la Revolución de Octubre en la arqueología, reconociendo en la revolución solamente sus funciones destructivas. Si se entiende la revolución científica como un cambio de ideas, como la creación de un nuevo paradigma, entonces hay que reconocer que esta revolución se inició a partir de la segunda mitad de los años veinte y continuó (en una situación radicalmente transformada) durante la primera mitad de los años treinta. Inicialmente, los jóvenes científicos de orientación marxista aspiraban sencillamente a aplicar los principios generales del marxismo (primacía de la producción entre los facto-

res sociales, especial atención hacia las cuestiones sociales, etc.) a la interpretación de los materiales arqueológicos; tras la ruptura, de finales de los años treinta, la reorganización de las instituciones arqueológicas y el cambio de la situación general, la reestructuración marxista de la arqueología adquirió un sentido más amplio.

A través de la problemática de la historia étnica (crítica de las concepciones difusionistas, la hipótesis sobre las invasiones e influencias, con sus hostiles asociaciones políticas), la arqueología fue invadida por «la nueva teoría de la lengua», la teoría jafética del académico Marr, o «teoría de las etapas», que ven en la reestructuración de la economía el origen de todos los cambios en la sociedad y la cultura, desde los sociales hasta los lingüísticos. La expansión de «la teoría de las etapas» de la lingüística a la arqueología propició que N. I. Marr, que se dedicaba también a la arqueología, encabezara desde 1919 hasta 1934 la principal institución arqueológica del país: la Academia de Historia y Cultura Material. Partiendo de la teoría jafética del académico Marr respecto a las transformaciones revolucionarias del idioma, los teóricos dirigentes de la «teoría de las etapas» en arqueología consideraron que incluso los cambios más evidentes de los pueblos no eran sino transformaciones graduales de una misma población (Ravdonikas, 1932). Las antiguas poblaciones del país se convirtieron en una masa estática y autóctona, que de vez en cuando sobrevivía a increíbles transformaciones culturales y lingüísticas como consecuencia de una reestructuración de la técnica: los quemeristas-jaféticos se convirtieron en escitas-iraníes, éstos en godos-germanos y, más tarde, en eslavos.

Con todo, el simplismo de esta concepción, si sumamos sus dos variantes, la moscovita y la leningradense, abre a los investigadores aspectos del pasado lejano que habían pasado desapercibidos: súbitas transformaciones cualitativas en la cultura, las fuentes internas del desarrollo, el importante papel del perfeccio-

namiento de las técnicas de producción para todo el desarrollo sociocultural, el reflejo de las relaciones sociales en la cultura material, etc. Hay que destacar que, en general, se estudiaba el desarrollo, el progreso, mientras que los investigadores occidentales, intentando excluir a toda costa la tradición del evolucionismo, perdieron de vista esta perspectiva.

El trabajo teórico respecto a toda esta concepción tan original duró poco, aproximadamente hasta mediados de los años treinta. (¡Asombroso cómo se pudo hacer tanto en este lapso tan corto y en tan difíciles condiciones materiales y sociopolíticas!) Al mismo tiempo, todo hay que decirlo, los adeptos de esta teoría la declararon representante exclusiva del marxismo en la arqueología, la única posible, la única verdadera. Los jóvenes entusiastas de «la teoría de las etapas» miraban arrogante y desdeñosamente, de arriba abajo, con plena conciencia de su superioridad, a la ciencia occidental.

En correspondencia con el estilo generalizado de la época, los debates científicos adquirieron el carácter de agudas discusiones políticas y el estatus de lucha de clases. Se hicieron extremadamente bruscos, llegando hasta la rudeza y los ataques personales. Los investigadores, con ardor e intransigencia, se desenmascararon unos a otros, las pequeñas diferencias teóricas se erigieron en categoría de divergencias políticas, primordiales; los puntos de vista científicos se subordinaron a posiciones de clase, recibieron la etiqueta del partido y fueron duramente criticados. En cualquier discusión había un infalible punto de vista ganador, el marxista, los restantes eran considerados antimarxistas, burgueses. Éstos fueron rechazados inmediatamente, sus seguidores se vieron obligados a mostrar un arrepentimiento público, a «desenmascarar» y rebatir afanosa y cuidadosamente sus anteriores puntos de vista. Los incorregibles (y a veces los que habían rectificado) fueron despedidos del trabajo, y suerte que no acabaron en la cárcel.

La relación con los científicos extranjeros era sinónimo de

hostilidad. Todos ellos en conjunto fueron encuadrados como reaccionarios (Bogaievsky, 1921; Briusov, 1928, entre otros). Cualquier acuerdo con ellos fue interpretado como gesto de miopía política o de simpatía secreta hacia el capitalismo.

La arqueología bajo el estalinismo

En los últimos años, en condiciones de centralismo de preguerra y militarización total, se construyó definitivamente la tiranía de Stalin. Su norma era la infracción de las condiciones normales de la actividad científica y nuevas represiones. Muchos arqueólogos fueron ejecutados (S. N. Bikovsky, O. V. Kiparisov, P. S. Rykov, A. A. Miller, G. I. Borovka, B. S. Zhukov, etc.), otros se consumieron en campos de concentración o en el exilio (S. I. Rudenko, B. A. Latinyn, N. P. Sichev y muchos otros). El tener una posición científica se convirtió en algo muy peligroso. Entró en uso la siniestra expresión «parásito», equivalente a «enemigo del pueblo», y la furia acusadora se convirtió en delación secreta y evidente. Ni siquiera algunos científicos de gran renombre despreciaron la ocasión de delatar en secreto a sus rivales y oponentes científicos (sus nombres fueron conservados por la tradición oral, pero no me atrevo a citarlos sin disponer de las pruebas necesarias).

En la situación de competitividad con Occidente se elogiaron con creces los éxitos del socialismo, los logros y alcances de la ciencia soviética. En nuestra literatura arqueológica apareció incluso un género apologístico muy peculiar —artículos y folletos sobre la arqueología soviética cuyos títulos comenzaban con las palabras «Logros...», «Éxitos...» (Artamonov, 1932; Okladnikov, 1950, y otros). En estas condiciones era más fácil asirse al punto de vista de que las bases marxistas de la arqueología ya estaban colocadas y no exigían innovaciones. El trabajo teórico cesó temporalmente, y por un tiempo los investigadores se vie-

ron limitados por la concreta elaboración de material en la dirección ya indicada. Precisamente en este momento las ideas del periodo precedente (crítica del estudio tipológico de los materiales, y la atención a la relación funcional de los objetos en los conjuntos) se plasmaron, de manera tardía, en el método funcional-traceológico de S. A. Semenov y en el descubrimiento de viviendas paleolíticas.

La relación negativa hacia el trabajo teórico en las ciencias históricas encontró su expresión en algunos aspectos de la crítica a los puntos de vista de Pokrovsky que se había desarrollado desde 1934: en la condena del «esquematismo sociologizador» y en la exigencia de lo concreto en el planteamiento histórico. Esto condicionó el cambio repentino de los arqueólogos hacia los trabajos empíricos de carácter descriptivo, surgió la huida hacia el detallismo, hacia la firmeza académica. Aparecieron monografías de temas concretos, la publicación de materiales. Fueron restablecidos los derechos al estudio de las fuentes y al mismo término «arqueología»; este proceso se inició a mediados de los años treinta con la aparición de los departamentos de arqueología[2] en universidades, del almanaque (ahora revista) *Sovietskaya arjeologuia*, y culminó a principios de los años sesenta, rebautizando la institución rectora, el Instituto de Historia de la Cultura Material, como Instituto de Arqueología.

A finales de los años treinta se inició un gran trabajo de recopilación de materiales (anualmente ya trabajaban alrededor de 300 expediciones-excavaciones), así como su introducción en la revolución científica (de 1918 a 1940 se publicaron alrededor de 8.000 trabajos) (informaciones de Sher, 1965; Vinberg y otros, 1965). Fue fundado el colectivo de prehistoria e historia antigua de la URSS (Artamonov, 1939), aparecieron manuales estables de arqueología y prehistoria para los institutos de educación su-

2. En los primeros tiempos, los denominaron «departamentos de la historia de las sociedades sin clases».

perior (Ravdonikas, 1939; Artsikovsky, 1940). Especialmente brusco fue el crecimiento de información sobre el pasado de las más recientes regiones de la Rusia zarista como el Cáucaso, Asia central y Siberia, las cuales gracias al interés cultural por los «pueblos primitivos» se investigaron y estudiaron de manera especialmente intensa. En estos sitios fueron descubiertas ricas y brillantes culturas (el Estado de Urartu, los túmulos Trialieti y Pazsirica, el antiguo centro de Parfia, la antigua Nisa y otros). Se hizo cada vez más difícil ignorar esta diversidad, hacer entrar todo y a todos en el marco de un esquema universal.

Ocultamente maduraron distintos criterios en las interpretaciones, que paulatinamente condujeron a la reinterpretación del enfoque metodológico. A esto contribuyeron también los acontecimientos ajenos al orden científico.

Inmediatamente, en los años de la preguerra, y más aún durante la guerra y en relación con la amenaza de la subsistencia nacional y con la soberanía de los pueblos de la URSS, la ciencia soviética comenzó a interesarse por los problemas de autoconciencia nacional y de la formación del orgullo patriótico, y por el apoyo a las tradiciones. La derrota en el primer año de la guerra mostró la debilidad del socialismo estalinista de cuartel e indujo a Stalin a recurrir al sentimiento nacionalista de los pueblos de la URSS, y ante todo del pueblo ruso. La victoria le fortaleció en esta posición y la «guerra fría», con su oposición, prolongó el sentimiento militarista.

Esto impulsó a los investigadores soviéticos a dedicarse y trabajar en los problemas de la etnogénesis (S. P. Tolstov, P. N. Tretiakov, M. I. Artamonov, y otros), en el esclarecimiento de las diferencias étnicas, entre otras diferencias, en la búsqueda de sus más remotas raíces. De nuevo tuvieron derecho a la existencia y a la atención las *etnias, migraciones, influencias, sucesión, asimilación*, etc., mientras que casualmente y al mismo tiempo, en Occidente, por influencia del escepticismo de moda, las migraciones perdieron crédito y dejaron de figurar en las investiga-

ciones de los arqueólogos. La literatura teórica soviética referente al *etnos* se convirtió en una de las más trabajadas en el mundo, quizá la más elaborada.

Con este panorama, los científicos soviéticos dejaron de aplicar *de facto* «la teoría de las etapas», luego, curiosamente después de una intromisión personal de Stalin en 1950, fue eliminada por completo. Los investigadores descubrieron nuevos aspectos del mundo antiguo; sin perder por ello su unidad tipológica, se hizo más diverso, pintoresco, pluriétnico. Se sintió más cerca, pues se pobló con sus «antepasados» eslavos, baltos, ugrofineses, iraníes, armenios, germanos, turcos, etc. La historia antigua se llenó de acontecimientos, y aunque sus protagonistas no fueron las personas, sí lo fueron los pueblos.

El celo patriótico se estimuló debido a frecuentes campañas ideológicas «de críticas» de intelectuales cosmopolitas (preferentemente judíos), «aduladores» (ante Occidente), «críticos antipatrióticos», etc. La «crítica» con frecuencia acababa en arresto. La «guerra fría» entorpeció la relación normal de los científicos con sus colegas del extranjero. Las relaciones con los arqueólogos occidentales se hicieron particularmente tensas (véase Mongayt, 1951) y se los consideró enemigos. Aunque ahora, teniendo en cuenta la aparición de los países socialistas y la influencia de partidos comunistas, se empieza a diferenciar entre reaccionarios y progresistas.

El deshielo en la arqueología

Con el fin del gobierno tiránico de Stalin se inició el deshielo y se perfilaron nuevos cambios de dirección en el estudio del pasado arqueológico de la URSS (segunda mitad de los cincuenta, comienzos de los sesenta).

El Estado soviético se convirtió en pionero al introducir una legislación que obligaba a las compañías constructoras (coopera-

tivas de construcción) a facilitar el estudio del terreno en cuestión, además de asignar un fondo para las tareas de los arqueólogos. Esto propició el desarrollo, ya en los años cincuenta y en las siguientes décadas, de inmensas zonas con nuevas construcciones (canales, embalses, mejoras en los terrenos, etc.), que implicaron con su colosal intensificación muchos trabajos de excavación y un importante crecimiento cuantitativo en la recogida y acumulación de materiales arqueológicos. El número de expediciones anuales creció hasta 500 hacia mediados de los años cincuenta; el volumen de trabajos publicados anualmente aumentó en el transcurso de la década de los cincuenta en 1,5 veces y durante la década siguiente en dos veces. Ya para los años setenta se editaron 3.000 trabajos y el fondo general de literatura arqueológica soviética alcanzó las 50.000 publicaciones. Los viejos métodos de elaboración de la información ya no valían, y se hizo necesaria una matematización del material, hecho que provocó cambios en la objetividad y la estructura lógica de la investigación. Ya en 1965 pudo publicarse una compilación de los logros en esta área (Kolchin y Sher, 1970).

En el pensamiento arqueológico se reflejaron los cambios en la atmósfera general del país, que construía la sociedad del «socialismo real».[3]

En la época de Jruchev (a mediados de los años cincuenta) hubo, en cierta medida, una moderación del dogmatismo, y cesaron las exageraciones, que tendían a provocar reincidencias en las pasiones chovinistas y en los celos nacionalistas. En contradicción con la tradición marxista-leninista, se rechazó incluso la dictadura del proletariado y se dijo que vivíamos en un Estado

3. Un detalle curioso: el redactor de la edición inglesa no podía imaginarse que, en las décadas de los setenta y ochenta, nuestras publicaciones estuvieran tan controladas, y tradujeron esta expresión erróneamente; para librarme de posibles inconvenientes se llevó a cabo el remedio: en lugar de «socialismo real» se puso «socialismo verdadero» (*true socialism*). Sin embargo, «socialismo real» es «verdadero» en este sentido, ya que no existe otro.

de todo el pueblo. Así comenzó la normalización de las relaciones con los países occidentales.

Los correspondientes cambios en la arqueología se manifestaron en el paulatino debilitamiento de los tensos enfrentamientos entre los «antepasados» de las distintas etnias (por ejemplo, eslavos y germanos) sobre los mapas paleohistóricos; se calmó la lucha por los «derechos paleohistóricos» sobre unos u otros territorios (este mismo principio del «derecho histórico» fue satirizado por K. Marx, 1960, p. 267). Lo autóctono perdió cada vez más sus privilegios, y la migración, su estricta tendencia centrífuga (desde Rusia en todas direcciones). En primer lugar, en el suministro de hipótesis entraron migraciones centrípetas dentro de las actuales fronteras del país, luego desde fuera (desde los territorios de los actuales países amigos) y, por último, desde cualquier lejano lugar. La búsqueda de tales centros se convirtió para algunos arqueólogos soviéticos en objeto de impetuosa pasión, como para compensar la anterior reserva obligatoria en este plano.

La confianza hacia los esquemas de etnogénesis autóctonos que habían sido autoritarios y aparentemente estables desapareció (Tretiakov, 1966, p. 119; Artamonov, 1967, pp. 30-32), e incluso la misma metodología en la que se habían basado fue puesta en tela de juicio (Klejn, 1955; Mongayt, 1967). Aún más importante fue que la aparición de la autocrítica afectó a la jerarquía misma de los objetos de investigación: inicialmente se eliminó la desproporción (por lo demás efímera) en la distribución de plazas para diversas áreas o ramas de la paleohistoria, según su cercanía a las etnias dirigentes en la actualidad, con los eslavos en primer lugar (Ribakov, 1957b); luego se llamó a suprimir la división de los ancestros de cada pueblo en «importantes» y «de segundo orden», así como el inoportuno predominio de la etnogénesis en la temática general de investigación (Mongayt, 1967).

Al mismo tiempo, el convencimiento de la superioridad del socialismo real sobre el capitalismo, fustigado por los éxitos de

los primeros años del «deshielo», aumentaba cada día. Este entusiasmo ideológico exigía, por un lado, la realización de las supuestas ventajas, por ejemplo, la planificación, la dirección centralizada, y en consecuencia fue planificada y se dio comienzo a la recopilación de las fuentes arqueológicas del país, calculados en cientos de tomos (Ribakov, 1957a). Por otro lado, ese mismo entusiasmo, como antes, mantuvo su intolerancia hacia lo heterodoxo, hacia «los restos de servilismo ante Occidente»; la destreza y sagacidad del nuevo dirigente originaron reformas y transformaciones decisivas, pero superficiales e irreflexivas. No valoró a fondo el significado de las ciencias básicas, y no comprendía a la intelectualidad y entraba en conflicto con ella muy a menudo; pero, por supuesto, la posición del poder absoluto en todo ello maniataba más la investigación.

La arqueología en el periodo del deshielo y del estancamiento

Desde mediados de los años sesenta (el comienzo del gobierno de Brezhnev), para justificar el golpe de Estado interno que había separado a Jruchev del poder, se proclamó la eliminación gradual de las arbitrariedades en la resolución de problemas sociales y económicos, así como el acercamiento científico. Creció en importancia el papel, la autoridad y la responsabilidad de la ciencia, y aumentó la preocupación por la objetividad en la investigación y las cuestiones metodológicas.

Continuó la gradual disminución de la tensión internacional iniciada en la época de Jruchev, lo que conllevó la distensión de los años setenta. Nuevas realidades empezaron a ejercer una influencia remarcable en la temática de las ciencias que trataban el pasado remoto: el creciente papel de la Unión Soviética en los asuntos internacionales, la ampliación de relaciones con los países en vías de desarrollo de África, Asia y América, la preocu-

pación por los problemas globales de conservación del medio ambiente y la defensa de la paz. Los historiadores comenzaron a interesarse por las perspectivas de desarrollo de los países socialistas y del «Tercer Mundo», por el significado internacional de la experiencia soviética en la construcción del socialismo, por el movimiento hacia una sociedad sin clases, y por la correlación de las leyes universales de la historia con las particularidades locales. Finalmente, la salida del hombre al cosmos planteó a los científicos el problema de la unicidad del ser humano, y asimismo surgió la problemática relacionada con los ordenadores y la posibilidad de «una inteligencia artificial».

El círculo de intereses de los investigadores soviéticos se amplió notablemente; el centro cambió y se trasladó hacia las áreas de antropogénesis y de sociogénesis. Temas tales como el origen del pensamiento y el lenguaje, el origen del arte, el origen y la esencia de la cultura y la civilización se consideraron primordiales. La pérdida de autoridad de algunas concepciones tradicionales (por ejemplo, el esquema autoctonista de la etnogénesis de los eslavos) y la aparición de divergencias sustanciales en los tratados de material específico, basados en una metodología filosófica marxista, trajeron a reflexión que la raíz de las discrepancias se encontraba en la carencia de teorías arqueológicas. La reinstauración de la sociología en la familia de las ciencias sociales en la URSS fue provocada por la necesidad de conseguir soluciones científicas para las cuestiones sociales contemporáneas, y llevó a los científicos a reflexionar para comprender el hecho de que el materialismo histórico actúa en relación con determinadas ciencias como una teoría filosófica general, no concebida para la resolución de cuestiones concretas de una ciencia, sino que se necesita además una teoría científica particular para cada una. De nuevo se intensificaron las investigaciones teóricas en arqueología. Se reanimaron algunas viejas discusiones (por ejemplo, la referente a la «formación asiática» y el significado de diferencias locales para la construcción tipológica general) y sur-

gieron otras nuevas (por ejemplo, la referente a la cantidad y la radicalidad comparativa de los pasos en el camino del mono al hombre).

Cambió la relación hacia las teorías de los científicos occidentales no marxistas. Ahora, sus puntos de vista ya no se desechaban como si fuesen necesariamente erróneos, como si sólo existieran para ser «desenmascarados» o, en el mejor de los casos, refutados. En estos años ya era poco probable, y se consideraba un anacronismo, encontrar en la literatura arqueológica soviética declaraciones e infundadas advertencias para simplemente cambiar las «conjeturas» de los teóricos occidentales (por ejemplo, Judiakov, 1933). Cuando en 1968 publiqué en *Sovietskaya arjeologuia* un artículo donde mencionaba una antigua intervención de Mongayt haciendo referencia a la crisis de la arqueología burguesa (Mongayt, 1951), él me envió una carta pidiéndome eliminar la cita en cuestión. En esta petición expresó su pesar por haber escrito.

> en tono desagradable, con ofensas dirigidas a nuestros colegas extranjeros ... Es para mí vergonzoso rememorar este «pecado de juventud» —agregó—. Por entonces se acostumbraba a escribir así, y yo sin pensar lo hice, «como todos». Aunque mucho del contenido de este artículo es cierto, el mismo tono en que fue escrito lo despoja de cualquier valía y es poco probable que valga la pena ponerlo en conocimiento de nuestros lectores (carta personal del 19 de febrero de 1968).

Sí, a lo largo de quince o veinte años la situación cambió. En el orden del día entró un análisis serio, reflexivo y crítico. Salvaguardando esta aproximación, nosotros nos basamos en los enunciados leninistas que dicen que con frecuencia cada tendencia importante en la ciencia burguesa absolutiza e hiperboliza completamente las particularidades del fragmento del mundo que se estudia. Por consiguiente, en cada uno de estos estudios hay una base racional y una limitación; hay un reflejo de la realidad

y su tergiversación. La tarea de los críticos es mostrar esta base real, encontrar su puesto en el mundo y las fronteras de sus particularidades ocultas, establecer qué es lo propio de una teoría y cuáles son sus raíces sociales y gnoseológicas (Lenin, 1910-1961, pp. 65-66; 1914-1963, p. 161; 1915-1963, p. 322).

Los arqueólogos soviéticos ya no se avergonzaban en este periodo de reconocer la validez de una serie de métodos y posiciones teóricas elaboradas en Occidente, asimilarlas y aplicarlas. Esto no significó una suspensión de la lucha ideológica, pero le dio un nuevo carácter: se volvió menos agresiva de forma, pero más profunda en su contenido. Hasta los científicos occidentales la consideraron seriamente (ya he aportado ejemplos).

El crecimiento cuantitativo de los trabajos arqueológicos continuó, aunque con más lentitud que antes. En 1985 fueron llevadas a cabo unas 700 expediciones (contando con los grupos autónomos). La cifra de trabajos publicados en los años ochenta se estabilizó en 4.000 (según *Descubrimientos arqueológicos* y según los compendios bibliográficos de la filial de Leningrado del Instituto de Arqueología).

Con el transcurrir del tiempo —cuanto más, mejor—, el gobierno de Brezhnev adquirió rasgos de estancamiento y marasmo. La crítica al estalinismo, muy activa durante la época de Jruschev, ahora tenía que esperar. Lo heterodoxo, fruto del deshielo de los sesenta, se atragantó con el excesivo celo y se reactivaron las tendencias conservadoras y protectoras. Hallando siempre pretextos para el autoelogio y la autocondecoración, a las instituciones de Brezhnev les encantaba cualquier conmemoración. En los aniversarios del país o de acontecimientos importantes de organizaciones y personalidades aprovechaban la ocasión para proclamar decretos, listas de consignas, dar condecoraciones, hacer promesas, etc. La vida social discurría entre celebraciones. En vista de la crisis de los valores socialistas, de nuevo buscaron apoyo en la exacerbación del sentimiento patriótico y manifestaron su inclinación hacia el nacionalismo, tanto

en Rusia como en las otras repúblicas. Todo ello influyó también en la arqueología.

Durante más de 30 años el académico B. A. Ribakov, condecorado más tarde con Gertruda (con la estrella de Héroe del Trabajo Socialista), dirigió el Instituto de Arqueología de la Academia de las Ciencias de la URSS. Sus ideas sobre la existencia inmemorial (es decir, a lo largo de muchos milenios) de los eslavos en el territorio de la «Rusia de Kiev»,* sobre la antiquísima estructura de Estado de los eslavos orientales antes de la Rusia de Kiev, respecto a sus muy «conocidos» antepasados: escitas-escolotas, etc., se convirtieron en las concepciones más privilegiadas de la arqueología (aunque excluir a otras ya no era posible). Su hipótesis referente a que la Rusia de Kiev es unos cuantos siglos más antigua de lo que se considera normalmente, elaborada con mucho talento pero con razonamientos demasiado endebles, no fue muy difundida entre los arqueólogos, ya que los hechos (el estrato cultural) hablan en contra de ella. Sin embargo, todas las objeciones de sus oponentes tuvieron que silenciarse porque partiendo de las hipótesis del académico Ribakov, el gobierno de la URSS y el Buró Político del PCUS habían remitido ya un comunicado conjunto sobre la suntuosa celebración del 1.500 aniversario de la ciudad de Kiev, con invitaciones a delegaciones extranjeras, etc. Por supuesto aparecieron trabajos arqueológicos monumentales para celebrar el aniversario que «corroboraban» la muy honorable edad de la ciudad. Cierto es que no llega hasta la edad de Roma, pero algo hay que dejar para futuros investigadores...

La dirección de las instituciones arqueológicas no cambió en decenios. A veces, a la cabeza de museos y de institutos académicos, y en sus departamentos, se encontraban ancianos asidos tenazmente a sus puestos. (A una señora de estas uno de mis colegas, impertérrito, le dijo en una reunión: «Sostiene la mandíbula

* *Kievskaya Rus*: primer estado ruso en el siglo IX.

muy bien para ser un cadáver».) Ellos dormían tranquilamente en las presidencias, ensordecían ante la más leve mención de la posibilidad de jubilarse, pero estaban muy atentos a la menor indicación venida de arriba. En su dependencia no valoraban el talento, sino la discreción y la obsequiosidad. No eran los valientes pensadores quienes ascendían y reemplazaban a los jefes moribundos, sino trabajadores mediocres y no siempre honrados (aprovechando sus cargos en el partido dentro de los colectivos científicos). Alcanzar un grado científico y un título fue notablemente más fácil en cuanto a la administración y a la disposición de las autoridades.

A diferencia de periodos anteriores, en la época de Brezhnev las persecuciones de los heterodoxos no lograron acabar con los intentos de los investigadores (entre ellos los arqueólogos) de superar los límites impuestos por la ideología. En cualquier discusión científica se podían oír las voces de los que estaban en contra de los puntos de vista de la dirección, aunque les resultara difícil conseguir que se publicaran sus obras. A veces sucedía que entre las filas de los oponentes a la dirección se encontraban figuras de renombre, entonces no quedaba más remedio que aceptar, a regañadientes, uno o dos enfoques distintos. En Moscú, V. V. Sedov (1970) elaboró una concepción muy particular sobre el origen de los eslavos. En Leningrado, el Hermitage se convirtió en el centro de comprensión del verdadero papel de los godos en la historia de nuestro país (Shchukin, 1977, 1979), y en los años setenta un grupo universitario (el autor de estas líneas y sus estudiantes) defendía la importancia de la participación normanda en la composición del estado ruso (Klejn, Lebedev y Nazsarenko, 1970). En todas partes aparecieron ensayos teóricos e historiográficos que a veces llegaron a convertirse en revisiones críticas del pasado y presente de nuestra ciencia (Klejn, 1977a; Klejn, 1977d; Bulkin, Klejn, Lebedev, 1982).

En general, las ciencias como la arqueología, culturología, sociología, lingüística, folklorística, a pesar de este tiempo de

estancamiento, fueron áreas de fomento de la intelectualidad; en ellas, algo acontecía, y los especialistas de estas áreas del conocimiento sentían envidia de la juventud de las disciplinas auxiliares.

A mediados de los años ochenta, con la llegada de Gorbachov al poder, se iniciaron los cambios democráticos, cada vez más profundos: liberalización, revalorización de los valores ideológicos del socialismo, esclarecimiento de las manchas blancas (en realidad, «oscuras») de la historia nacional, abolición de la censura, desacreditación de muchos dogmas y pluralismo (libertad a puntos de vista políticos antes inadmisibles). Hay que reconocer que la arqueología no estaba preparada para estos cambios. Se desarrollaba poco a poco en condiciones de estancamiento general; la arqueología estaba preparada para pequeños avances, movimientos menudos, y se desconcertó completamente ante el abanico de problemas que se abría. El académico Ribakov, que sostenía, convencida e imperiosamente, a la arqueología en una posición dócil al servicio del partido, dejó su huella indeleble en su estructura y cuadros. Cuando fue sustituido por un nuevo director, el académico V. P. Alekseev, renombrado antropólogo, en torno suyo quedó el mismo equipo de trabajo y el mismo ambiente problemático. Por inercia todo ha quedado como estaba anteriormente, aunque todos esperan algo nuevo.

La arqueología no está preparada para los cambios. Pero muchos arqueólogos sí lo están; la base para esta preparación se la dio la misma ciencia, su larga fermentación en ella, así como la actividad de los partidarios de la subversión y de la política de desviación, difíciles de educar y librepensadores. No por casualidad los arqueólogos estaban a la cabeza de una serie de movimientos de liberación nacional y democráticos: en los países del Báltico, la sociedad de conservación de los monumentos culturales; en Bielorrusia, el arqueólogo Zsenon Pozsniak, director de la sociedad Martirolog Bielorrusia [Mártires de Bielorru-

sia], quien descubrió y excavó en Kuropati, el lugar donde se encontraban las víctimas del NKVD [Comisariado Nacional de Asuntos Internos]; en Leningrado, el arqueólogo G. S. Lebedev, en el grupo de los dirigentes de la sociedad Memorial, y el joven arqueólogo A. A. Kovalev, líder del grupo Spasienie [Salvación], que en la lucha contra la demolición de los edificios históricos de la ciudad (en concreto, el edificio Delvig y el hotel Angleterre), comenzó a llevar a cabo mítines masivos con piquetes. Ambos, Lebedev y Kovalev, entraron en el nuevo y democrático Lensoviet [Ayuntamiento de Leningrado] en calidad de dirigentes activistas (encabezando comisiones). Aún cinco arqueólogos más se presentaron como candidatos a diputados, en su mayoría de organizaciones democráticas...

Evidentemente, en el seno del estancamiento había crecido una generación ajena a él.

3. GENERACIONES Y ASPIRACIONES

> Ese pasado es pasado no porque pasó a otros, sino porque forma parte de nuestro presente, de lo que somos en la forma de haber sido; en suma, porque es *nuestro* pasado ... Si, pues, *hay* pasado, lo habrá como presente y actuando ahora en nosotros ... El pasado es el momento de identidad en el hombre, lo que tiene de cosa, lo inexorable y fatal.
>
> J. ORTEGA Y GASSET, *Historia como sistema*, en *Obras Completas*, tomo VI, Revista de Occidente, Madrid, 1947, pp. 13-50.

La historia en las tinieblas: sea pena, sea cerco.
La sangre ennegrece en las venas, sin dar fuerza.
La historia está en mí. Olvidada en su tiempo.
Y su deslizamiento me aplastó el corazón.
Se cocía en una tromba negra, en vasijas memorias de siglos.
No enriquece la genética con la esperanza del género.
¿Cómo erigir en uno el pasado del hombre?
La historia está sobre mí. La domino con dificultad.

M. AVVAKUMOVA, *El último renacimiento*
(Leningrado, 27 de septiembre de 1989)

Toda la historia de la arqueología soviética está representada hoy en nosotros. No ha desaparecido.

Dentro de la misma arqueología soviética existen diversas concepciones teóricas y diferentes vínculos con la arqueología teórica en general. En la base de esta diferenciación se encuentran las dificultades y contrariedades de los problemas científicos. El material arqueológico se caracteriza por la fragmentación y la existencia de lagunas; la pérdida de muchas partes o piezas nos conduce a que, ante una metodología única, se establezcan las posibilidades de diversas variantes de reconstrucción, así como la elección de éstas. Aun así la metodología no es completamente única. Se constata la presencia (como en cualquier medio social) de diversas tendencias para abordar los problemas (el radicalismo y el conservadurismo, el voluntarismo y la cuidadosa precisión, la reserva extremada y la disposición a los contactos, etc.). Según la educación (o información) de diferentes tradiciones familiares y contextos sociales, y según las diversas experiencias de la vida (en la sociedad), la gente se acerca a esta ciencia social o de la cultura que es la arqueología con diferentes expectativas y aspiraciones.

Pero a veces la diferenciación está relacionada también con el hecho de que en la ciencia viven e interactúan diversas generaciones, cuyos puntos de vista y conocimientos adquiridos por la práctica han formado en diferentes periodos de la historia la arqueología soviética. Estos montajes ideológicos se transformaron después de haber sido instaurados, pero conservaron mucho de la orientación inicial. A diferencia de Occidente, en la Unión Soviética los científicos de renombre no están obligados (aunque tienen derecho) a retirarse o jubilarse inmediatamente después de los sesenta años; y si las fuerzas se lo permiten, trabajan en sus puestos hasta la ancianidad. Ni siquiera las generaciones se presentan como una unidad compacta; todas tienen sus contradicciones internas.

¿Cómo, entonces, se agrupan las generaciones presentes por

su ideología y por el estilo en su pensamiento científico, y se forman en ellas cohortes de correligionarios?

La vieja generación: doctrinarios-unificadores

La vieja generación, aún activa hasta hace poco, incluía a los ex partidarios de la «teoría de las etapas». Éstos sobrevivieron con dificultad a su desmoronamiento en 1950, y tomaron partido por la sustitución de los cánones estalinistas, iniciada en los tiempos de Jruchev, volviendo a las ideas de su juventud, cuando el orden del día era la afirmación del marxismo en la arqueología, aunque simplificado. En las dos últimas décadas transcurridas (años setenta y ochenta) destacaban entre estos científicos el académico A. P. Okladnikov y B. B. Piotrovsky, y los catedráticos P. I. Boriskovsky y S. N. Bibikov (en la actualidad ninguno sigue vivo).

Los científicos de este grupo, por su modo de pensar, siguen siendo *doctrinarios-unificadores*: ellos intentaban uniformizar toda la variedad de los hechos y presentarlos bajo un esquema estricto (por ejemplo, Piotrovsky, 1961; Okladnikov, 1971; Boriskovsky, 1979).

Estas ideas no suenan tan arcaicas en el contexto del desarrollo de semejante complejo de ideas (afición a las leyes universales del desarrollo, al esquematismo...) en la «nueva arqueología». Lo único arcaico es la costumbre de argumentar de modo puramente filosófico las interpretaciones concretas del proceso histórico, es decir, pasar directamente del nivel filosófico a la interpretación del material arqueológico, dejando de lado la propia teoría arqueológica (en este esquema se movieron otros viejos arqueólogos, como por ejemplo, el fallecido A. N. Rogachev, quienes no fueron partidarios de la «teoría de las etapas»). En este sentido (pero sólo en este sentido) sus aproximaciones fueron dogmáticas; porque bautizarlos como «dogmáticos» hubiese

sido injusto, teniendo en cuenta la usual e inconveniente connotación de esta palabra (conservadurismo, obstinación, estrechez de criterios, etc.). En el sentido usual, a los dogmáticos se les encuentra entre los representantes de cualquier tendencia o incluso con dogmas más modernos. De esta manera se tiene en cuenta no cualquier afición especial a lo viejo o a la rigidez, sino a las formas de fundamentación científica, así que el término señalado se utiliza condicionalmente, por la carencia de otro menos polisémico.

Segundo grupo de la misma generación: autoctonistas y pragmáticos

El segundo grupo de científicos pertenece a la misma generación pero destacó un poco más tarde, en los años en que se impuso la atención especial hacia las tradiciones y la herencia cultural local; son los *autoctonistas* (el académico B. A. Ribakov, los hoy día fallecidos miembros-correspondientes de la Academia de Ciencias de la URSS, A. V. Artsikovsky y P. N. Tretiakov). Pero su autoctonismo era diferente al de los que estaban a favor de la «teoría de las etapas»: éste fue universal; el de los autoctonistas es por elección parcial reconocido sólo para el territorio de su pueblo (para otras zonas se aceptaba el origen migratorio).

El método de estos arqueólogos fue *pragmático*: estaban acostumbrados a relacionar la actualidad de las investigaciones arqueológicas con la posibilidad de poner sus conclusiones científicas al servicio de la política en curso (la formación del orgullo patriótico hacia la propia cultura, el apoyo de las actuales comunicaciones internacionales en antiguos precedentes, la refutación de las pretensiones territoriales de unos u otros agresores por medio del «derecho histórico», etc.). Mientras tanto, el principio del «derecho histórico», que es un arma de doble filo, ya

había sido desacreditado por K. Marx. En general, los clásicos del marxismo se pusieron en guardia contra la actualización ilegal de los hechos arqueológicos y vieron el significado político de la arqueología de otra forma: como posibilidad de contribuir a descubrir la marcha general de la historia y no como búsqueda de argumentos «de actualidad» (Klejn, 1968a).

Ante una insuficiente elaboración de criterios metodológicos exactos, la orientación pragmática lleva consigo el peligro de las aficiones tendenciosas a las conclusiones parciales, y puede provocar la pérdida de estrategias orientadas hacia objetivos definidos a causa de las peripecias coyunturales. Lo primero sucedió (y fue reconocido de inmediato por P. N. Tretiakov, 1966, p. 119), lo segundo en general se pudo evitar.

Además de por los mismos corifeos de la arqueología incluidos en este grupo, sus posiciones fueron compartidas por muchos de sus alumnos de la generación media y muchos arqueólogos de la periferia eslava (Ucrania, Bielorrusia).

Los representantes de estos dos grupos, sobre todo los del último, en virtud de la autoridad adquirida con la edad, estaban al mando de la arqueología soviética durante los últimos periodos de su historia aquí estudiados, o sea, desde mediados de los años cincuenta. Aplicando sus ideas, introdujeron un aporte completo a la ciencia. Además de una serie de estudios monográficos, se puede anotar en su haber la construcción de la arqueología, el desarrollo de las instituciones científicas y también el fortalecimiento de la protección de los monumentos, así como el grandioso ajuste de los códigos de fuentes arqueológicas. Sin embargo, el refuerzo de la tendencia hacia la investigación teórica, hacia las revisiones de las interpretaciones críticas y hacia la elaboración de rigurosos criterios metodológicos para llegar a conclusiones auténticas, no encontró en ellos ni respuesta entusiasta ni amplio apoyo, sino muy pronto todo lo contrario: encontró disconformidad.

TERCER GRUPO: SUBDIFUSIONISTAS O SUBMIGRACIONISTAS

El tercer grupo, no muy numeroso, pero muy destacado y dinámico, compartía con el segundo sus intereses, pero discrepaba con él en la valoración de los objetivos y sus consecuencias. Arqueólogos como M. I. Artamonov, ya fallecido (pertenece a la generación más antigua de fundadores de la arqueología soviética), V. V. Sedov y Y. V. Kujarenko (de la siguiente generación), V. A. Safronov y M. B. Shchukin (aún más joven), podrían ser considerados *subdifusionistas* o *submigracionistas* (si no se incluye al migracionismo en el difusionismo), o bien migracionistas en la práctica; ya que al no compartir las principales directrices del difusionismo-migracionismo (la particularidad de los descubrimientos, la inevitabilidad de las culturas *treguerstva*) consideran que las migraciones y las influencias son muy importantes para la historia y muestran cuidadosamente las raíces externas de los fenómenos arqueológicos locales.

Estos estudiosos rechazan las construcciones de los pragmáticos-autoctonistas no sólo por su supuesta tendenciosidad o por su utilidad obsesiva (al principio nadie pudo oponerles conclusiones más fiables obtenidas por una metodología más estricta). La percepción crítica de algunos rivales del autoctonismo ha sido estimulada por el temor de que un énfasis excesivo en el aislamiento inveterado conduzca a la infravalorización de las relaciones internacionales contemporáneas, de la experiencia extranjera en Rusia y de la experiencia rusa en otras regiones o países. En este sentido, el paso de los «subdifusionistas» o «submigracionistas» representa en sí, por decirlo de alguna manera, un pragmatismo al revés. (Cuando yo era estudiante, M. I. Artamonov fue mi tutor científico, y cuando yo ya impartía clases de arqueología, Safronov y Shchukin pasaron a formarse bajo mi tutela. Así que la influencia de este grupo llegó hasta mí y mis

alumnos, aunque con el transcurrir del tiempo comenzaron a manifestarse más, en nosotros, otras tradiciones.)

La posición intermedia entre este grupo y el precedente la ocuparon aquellos científicos que (como A. Y. Briusov y V. N. Danilenko) reconstruyeron libre e inspiradamente las lejanas migraciones, pero sólo desde el territorio de nuestro país hacia regiones vecinas y nunca al contrario; la población local se reconoce como autóctona. Estos científicos, aparentemente, por sus reconstrucciones concretas se incluían en el tercer grupo, pero por sus ideas, en el segundo.

Cuarto grupo: empiristas

Este grupo es muy numeroso, se compone de científicos de diferentes generaciones, que prefieren el principio *empírico* como directriz para la investigación. Algunos de los más viejos, muchos de ellos ya fallecidos (M. P. Griazsnov, O. N. Bader), preferían el empirismo, a veces temporal (A. V. Artsikovsky), como una reacción a la fantástica metamorfosis de la teoría de las etapas; en otros (I. I. Liapushkin, G. F. Korzsujina, M. A. Tijanova) era una reacción a la estructura etnogenética del autoctonismo. Y de hecho, hicieron mucho por la crítica a las falsas conclusiones, por las generalizaciones inductivas, por el establecimiento de temas importantes (por ejemplo, la monografía clásica de Liapushkin, 1968).

En los periodos de debilitamiento y descrédito de las concepciones teóricas dominantes (finales de los años treinta y finales de los años cincuenta), el empirismo adquirió ventaja; en calidad de la más respetable y honesta forma de investigación, reclutó a las jóvenes generaciones (respecto a su influencia, véase Klejn, 1977b). Y hoy son bastantes los seguidores de esta forma de trabajo tanto entre la vieja generación de reconocidos arqueólogos soviéticos (E. A. Shmidt, V. V. Yanin, S. A. Pletneva,

A. N. Kirpichnikov, D. B. Shelov y otros) como entre la generación media (D. B. Machinsky, N. E. Nosov y otros). Sus trabajos eran igual que los de los grandes empíricos en todo el mundo: detallistas, concienzudos, inestables en sus fundamentos metodológicos, sin pretensiones en cuanto a las principales innovaciones, y las conclusiones estructuradas inductivamente y con «buen sentido». ¿Acaso tienen interés sus conclusiones?, depende de la erudición (la riqueza de la «analogía») y el talento (la riqueza de la asociación). Lo uno y lo otro, naturalmente, depende de las cualidades del científico.

Quinto grupo: formalización y matematización de la investigación. Análisis técnicos

El quinto grupo es notable pero no numeroso; está formado por aquellos arqueólogos de las generaciones vieja y media que, compartiendo los ideales y antipatías de los adeptos del empirismo, y procurando por la objetividad a toda costa, apostaron por la *cientificación* en determinados aspectos de la arqueología, por la *formalización y matematización* del proceso de investigación (Y. A. Sher, B. I. Marshak, I. S. Kamenetsky, G. A. Fedorov-Davidov, D. V. Deopik, V. F. Guening). Su posición estaba muy próxima a la posición de O. Spolding y D. Clark. Otros apostaron por los *análisis técnicos* y los logros de las ciencias naturales (B. A. Kolchin, E. N. Chernij, A. A. Bobrinsky, N. V. Ryndina y otros). Los trabajos realizados en este plano fueron muy efectivos, con frecuencia las conclusiones eran escasas, pero sólidas y bien fundadas. Las etapas en que se formó este movimiento en la URSS están representadas en tres libros: Kolchin, 1965; Kolchin y Sher, 1970; Kamenetsky, Marshak, Sher, 1975 (véase la crítica de Klejn, 1977).

SEXTO GRUPO: IMITACIONISTAS

En el sexto grupo se pueden incluir a aquellos que están acostumbrados a trabajar según el modo tradicional, con los viejos métodos y a un nivel empírico, pero que aspiran a las amplias generalizaciones y utilizan gustosamente la fraseología cibernética y los resultados de los análisis técnicos para modernizarse. Se obtiene, entonces, una *imitación* de estructuras o construcciones lógicas, sociológicas, filosóficas y de las ciencias naturales. Este acercamiento *cosmético* se encuentra entre científicos de la vieja generación (Y. N. Zsajaruk, V. M. Masson, G. N. Matiushin) y a menudo deja perplejos a sus colegas en lugar de estimularlos. Una obra típica en este plano es el libro de Masson (1976).

Quiero resaltar que hablando de imitaciones no me refiero a una falsificación consciente bajo la capa de la cibernética, la sociología, etc. Los arqueólogos a quienes nos referimos aquí son importantes y meritorios especialistas en sus áreas (el nombre de V. M. Masson es glorificado por las investigaciones referentes a las civilizaciones de las primeras ciudades en Asia central). La actividad de estos científicos refleja la tradición hacia la modernización y el cientifismo, pero sobrepasan los límites de su especialidad sin la correspondiente preparación e, inevitablemente, sólo imitan o adoptan los esquemas de ciencias ajenas y los adecuan a su material.

SÉPTIMO GRUPO: COMPRENSIÓN MISIONERA. ARQUEOSEMIOTISMO

Finalmente, tenemos un séptimo grupo, formado por algunos arqueólogos de la generación vieja y media, que hace ya tiempo han llegado a la conclusión de que las dificultades en la práctica investigadora, divergencias e inestabilidad de los tratados,

radican en la debilidad de la propia metodología arqueológica. Estos arqueólogos encuentran que en Occidente (a pesar de la utilidad de muchos métodos y teorías) por ahora no hay una metodología acabada, ni tampoco en nuestro país. Es difícil incluso adoptar un esquema conceptual para esta metodología: ¿cuál elegir? En nuestro país existe una filosofía de la ciencia extraordinariamente elaborada: la marxista. ¿Cómo calificar este hecho? En estos arqueólogos existía alguna esperanza de que aún no se hubiera agotado la potencia creadora del marxismo como base filosófica para la metodología de las investigaciones arqueológicas. Siendo así, entonces en la arqueología soviética que se familiarizaba completamente con esta fuente radica la misión de desarrollar este potencial, y de esta forma proporcionar a la arqueología mundial una nueva visión.

Esa comprensión *misionera* de las particularidades y las tareas de la arqueología soviética caracterizó el pensamiento de este grupo, su aproximación a la elección de los objetivos de la investigación, y a la programación de los propios trabajos.

La firmeza y atractivo de aquel pensamiento proporcionaron a este grupo una comprensión del marxismo muy particular. El marxismo para estos arqueólogos se presentaba mucho más amplio, tolerante y abierto al desarrollo que aquel marxismo yerto, dogmático y coyunturalmente politizado, al cual se asió tradicionalmente la arqueología soviética, y más moderado y razonable que muchas tendencias radicales de los marxistas occidentales.

En la actualidad, el desencanto general de siete décadas de socialismo real ha hecho desaparecer la confianza en el marxismo como concepción científica. Sin embargo, en primer lugar, si bien es cierto que cayó el prestigio del sistema de los dogmas sociológicos en gran parte ligados por la fuerza a la ciencia y la sociedad, también sería muy triste que con este sistema se desecharan además todas las elaboraciones o estudios filosóficos, económicos y metodológicos, que, aunque hayan sido concebidos para reafirmar ese sistema, están completamente ligados a él.

En segundo lugar, para estos arqueólogos el marxismo no está cerrado a la interacción con otras doctrinas, no se cierra a la metodología de la *semiótica*, por ejemplo, o del *neokantismo*, o *de la teoría de la comunicación y de la orientación sistémica.*

Pueden hacernos sonreír el ardor misionero de este investigador y sus pretensiones, se puede considerar ingenua y parcial su valoración del potencial de su medio y de sus propias posibilidades. Pero al final lo que realmente importa no es la valoración subjetiva de su potencial y de sus posibilidades, sino su realización objetiva.

La vía de realización está marcada, en buena medida, por la comprensión de las dificultades importantes: no hay regularidades sencillas en el reflejo de antiguos acontecimientos en el material arqueológico, es decir, no hay una relación directa entre el contenido histórico de los artefactos y su forma material. Es una relación diferente.

Este es un problema de conocimiento de la esencia de los hechos, y la dialéctica materialista es capaz de resolverlo de forma más profunda y completa que el neopositivismo, el instrumentalismo y muchas otras metodologías filosóficas. También son problemas de razonamiento, de significado de la información, y una vez entendido así, los hechos, como la vieja tradición rusa de avance hacia la lingüística estructural (Potebna, Fortunatov y Sherba) y más tarde los éxitos pioneros de los científicos soviéticos en el desarrollo de la semiótica (comenzando con V. Y. Propp y B. A. Larina), enriquecen provechosamente el ambiente adecuado para el crecimiento de la arqueología teórica.

Estas son las fuentes de ideas y motivaciones de las actividades de este grupo y su estilo de pensamiento. El autor de estas líneas se sitúa en este grupo, así como sus colegas participantes en el seminario relacionado con esta problemática en la Universidad de Leningrado, V. S. Bochkariev, G. S. Lebedev y otros, y también de Y. A. Sher (actualmente en Kemerovo) y V. B. Kovalevskaya (Moscú).

Los arqueólogos de este grupo se ocupan de la elaboración y ensayo de nuevas subestructuras para la arqueología con la incorporación del acercamiento *sistémico-estructural* y del *informacional-semiótico*. Se puede denominar condicionalmente a este conjunto de ideas *arqueosemiótica*. Los típicos trabajos de esta tendencia son el artículo de Kovalevskaya (1969, 1970), los libros de Klejn (1978a, 1991, Bulkin *et al.*, 1982), el compendio *Tipos en la cultura* (Klejn, 1979a), y el libro de Sher (1980). Estos arqueólogos cuidadosa y críticamente estudian las concepciones teóricas de los arqueólogos occidentales y algunos sostienen una activa polémica con ellos. Por este motivo son, aparentemente, más famosos que otros en Occidente. Pero sería erróneo tomar sus posiciones, orientaciones y estilo de pensamiento, así como sus polémicas, como características de toda la arqueología soviética.

No vale la pena interpretar las diferencias de las principales aproximaciones aquí descritas como divergencias por motivos civiles, en el sentido que, por ejemplo, para algunos arqueólogos soviéticos es inherente el sentimiento patriótico y para otros no; o bien que unos aceptan el internacionalismo y otros no. O puede ser, exagerando un poco, que algunos sean propensos al chovinismo y otros al «cosmopolitismo desarraigado». Nos referimos sencillamente a cuáles de estos sentimientos e ideas existentes en uno u otro medio son interpretados por alguien (quizá de fama latente) como esferas de los trabajos arqueológicos; cuáles de ellos adquieren un acento especial en el momento de interpretar antiguos hallazgos, cuáles se convierten directamente en estímulo de una actividad y la programan en cierto modo.

Como se puede ver en este corto ensayo, las diferentes generaciones están intercomunicadas y su posición está entrelazada. En la arqueología soviética no hay esos agudos conflictos entre generaciones, como el que hace poco se destapó en la arqueología norteamericana. No existe ese áspero deslinde entre tendencia y grupos, como por ejemplo en Inglaterra (difusionismo,

orientación geográfica, materialismo cultural, indeterminismo). Todos los arqueólogos soviéticos se sostienen y apoyan, por lo menos en sus declaraciones, en la metodología de la filosofía marxista leninista. Más exactamente, así lo han hecho hasta la actualidad.

Sin embargo, a pesar de la imaginación de algunos críticos occidentales (respecto a esto, véase Klejn, 1968b) y el deseo de algunos arqueólogos soviéticos (a veces formándose ilusiones del posible monopolio de su escuela científica), no hay un completo conformismo. Existen divergencias importantes en las opiniones, diversas escuelas científicas y tradiciones, que se diferencian por la comprensión del objeto de la arqueología, por la forma de considerar distintos temas, vías de resolución y estilos de trabajo. Durante el cambio de la situación general en la ciencia, estos grupos de científicos con frecuencia conservan sus posiciones a nivel global. Así, aquellos que (como P. N. Tretiakov, B. A. Ribakov) defendían el autoctonismo de los eslavos orientales hasta 1950 (el año de la derrota de la «teoría de las etapas»), al igual que sus opositores, que afirmaban la procedencia occidental de los eslavos orientales (M. I. Artamonov), continuaron haciéndolo también después de 1950, cambiaron sólo la fraseología y los métodos de contrastación.

En el pasado y presente de la literatura arqueológica soviética, el lector occidental, para su admiración, encuentra no pocas concepciones arqueológicas diferentes y propias e interpretaciones concretas conocidas, cercanas a algunas teorías existentes en Occidente, así como otras nuevas de gran originalidad.

4. EL ESPECTRO DE LAS TENDENCIAS

Quién sigue el plan de la época,
quién sigue el ornamento,
quién las coronas,
y quién las raíces,
quién sigue el código genético,
quién con el abrigo de entretiempo...
Y en general, todos nosotros este método,
desde su aplicación, caído, arrugado,
marcado, único, atrevido, abrazado...

B. SLUTSKY, «Neva», 1988

Con las variantes metodológicas observadas, las orientaciones con finalidad especial y las exigencias sociales del estudio de la Antigüedad —es decir, con los cebos ideológicos— se condicionó en gran medida la cristalización de las orientaciones de la investigación en la arqueología soviética. Éstas se diferencian entre sí por el propio concepto que poseen del objeto de la arqueología, por su lugar en el sistema de las ciencias naturales, por su estructura y sus métodos; y, convenientemente, cada orientación tiene sus preferencias, en la elaboración de una temática determinada, con aspectos determinados, activando un área concreta de la arqueología. Establece a su manera relaciones con otras ciencias y posee su propio esquema de trabajo.

Pero no vale la pena esperar una correspondencia recíprocamente sinónima entre estas tendencias y las orientaciones anteriormente señaladas. En la formación de tendencias se manifiestan también otros factores, como las complicaciones ideológicas de las mismas tendencias, la heterogeneidad de sus partidarios, los marcos organizativos, las posibilidades de las instituciones y registros, las relaciones particulares de los científicos y las interrelaciones tradicionales de las escuelas científicas. En algunos casos, las diversas orientaciones metodológicas, que poseen intereses comunes y enfoques antagónicos, animan a sus partidarios en la elaboración de una misma temática (se deduce, en polémica); en otros casos, los partidarios de una misma orientación metodológica se distancian sustancialmente en sus intereses, áreas y formas de trabajo, resultando así diversas tendencias. En el desarrollo de una tendencia se pueden incluir investigadores de diversas orientaciones metodológicas. Por ello ahora tiene sentido observar al espectro de estas tendencias por separado.

En la arqueología soviética contemporánea se destacan determinadas tendencias en la investigación, que se agrupan en dos grandes áreas: en una ubicaremos tres tendencias y cuatro en la otra, denominándolas *trivy* y *kvadrivy* respectivamente. El común denominador para todas ellas es que conciben el progresivo curso de la historia como sucesión de formaciones socioeconómicas únicas para toda la humanidad. En este movimiento, el progreso de las fuerzas de producción acumula las contradicciones internas en la cultura y llama, aunque no de forma inmediata, a reformas cualitativas de la estructura social, el modo de vida y las ideas de la sociedad humana. La primacía de la producción, el cambio regular de las formaciones, el desarrollo dialéctico con cambios cualitativos y escalonados, son los principios fundamentales del materialismo histórico, base de todas las tendencias teóricas e investigaciones históricas específicas de los arqueólogos soviéticos. Por lo menos actualmente.

La aplicación de estos principios en el estudio de los mate-

riales arqueológicos se lleva a cabo de diversas formas. Las numerosas discusiones que se produjeron en los años setenta sobre los problemas teóricos en la arqueología soviética se reducen, a fin de cuentas, a la cuestión primordial sobre el lugar que ocupa la arqueología y sus funciones en el sistema de las ciencias históricas, tópico aún discutido a finales de los años ochenta. Esta cuestión está relacionada con la representación de las características cualitativas del objeto y objetivos de la arqueología, de la naturaleza y composición de las fuentes arqueológicas, de la forma del procedimiento en la investigación arqueológica y de su estructura de comprensión.

«Trivy»

Historia arqueológica

Un numeroso grupo de arqueólogos soviéticos ve la arqueología como una historia especializada («la historia armada de una pala», según la libre expresión de A. V. Artsikovsky) que persigue exactamente los mismos fines que el cuerpo principal de la ciencia histórica: la reconstrucción del pasado histórico en todos sus aspectos. Lo específico de la arqueología, según su opinión, se encuentra solamente en que utiliza una variedad de fuentes muy particulares: las del mundo material antiguo. Pero ya que estas antigüedades son el producto de la actividad cotidiana de la sociedad antigua, según estos científicos aportan en sí mismas una información histórica determinada, que se puede obtener utilizando el buen juicio y el concepto teórico general de la ciencia histórica.

Con la creación de la versión arqueológica de la historia, los partidarios de esta tendencia no consideran necesaria la elaboración especial de una estructura particular e inteligible para la arqueología, que la separe metodológicamente del tronco princi-

pal de la historia. Las funciones de esta estructura implican frecuentemente representaciones históricas concretas respecto al contenido del proceso histórico en una sociedad específica. Estas representaciones, en definitiva, se obtienen de áreas del conocimiento emparentadas con la historia, en general de las fuentes escritas y particularmente de la etnografía.

Los fundadores de esta tendencia fueron los autoctonistas. Pero, paradójicamente, esta tendencia ya había sido preparada por la tradición difusionista del pasado prerrevolucionario de la arqueología nacional (Spitsyn, Gorodtsov). Es sabido por todos que los difusionistas (como orientación migracionista, así como adeptos de la teoría de las influencias) siempre fueron benevolentes con la historia y formaron «escuelas de historia» en la arqueología y en la etnografía. En los últimos días de su vida, Spitsyn confesó: «Si no me hubiese marchado a la provincia ... no hubiese llegado a ser un arqueólogo, sino un historiador debido a mi especial propensión hacia esta ciencia» (Spitsyn, 1928, p. 342).

En el periodo de innovaciones propiciadas por el marxismo —los moscovitas, y luego los de Leningrado (de la «teoría de las etapas»)—, la desobjetivización (el alejamiento del objeto) de la arqueología y la lucha con el «estudio burgués de los materiales» aún simplificó más el apoyo a la historia, y el académico Zhebelev ya consideró las imperfecciones de Spitsyn, pues éste, dedicándose a la arqueología, «se servía de ella como arqueólogo y no como historiador» (Zhebelev, 1948, p. 11). Ya en los años veinte el joven Artsikovsky, alumno de Gorodtsov, desarrolló la idea de que solamente con los datos arqueológicos, actuando con el «método escalonado» (desde la base hacia las superestructuras), se pueden reconstruir todos los aspectos de la vida de una sociedad y su historia.

No es extraño que apoyara inmediatamente la idea de Bikovsky (1932) referente a que en las fuentes arqueológicas la realidad se refleja exactamente como en las fuentes escritas, sin

ningún tipo de especificidad; por eso la particular metodología arqueológica no necesita ser interpretativa y para sus investigaciones no hace falta una ciencia autónoma (Artsikovsky, Kiselev y Smirnov, 1932).

Esta tendencia se formó de manera definitiva a mediados de los años treinta entre los estudiantes de Gorodtsov, que estaban traumatizados por las extremadas discusiones en el GAIMK (*Informes GAIMK*, n.ºs 1-2, 1932), que buscaban en la historia (tras los confines de la propia arqueología) un punto de apoyo en la lucha contra los esquemas socializadores de la «teoría de las etapas» (Yanin, 1973, p. 6). Esta tendencia fue apoyada, a la vez que era condenada la escuela socializadora de M. Pokrovsky. En los años de preguerra y, sobre todo en los de posguerra, a partir de esta estructura se formó en Moscú la prestigiosa escuela de Artsikovsky, desplegando amplias investigaciones en diversas áreas de la arqueología y en diferentes regiones de la Unión Soviética.

Entre los más notables de sus representantes se encuentra el académico Ribakov, formador o educador del historiador Gautier y del arqueólogo Gorodtsov, quien suministró una amplia serie de trabajos sobre la arqueología de los eslavos, sobre la cultura material y espiritual de la «Rusia de Kiev». Desde mediados de los años cincuenta la dirección de esta escuela pasó a sus manos. En medio de una creciente oposición a la historización de la arqueología, en 1977 organizó una conferencia especial dedicada al método histórico en la arqueología, en donde participó con un discurso de apertura muy corto: «El método histórico de la arqueología» (Ribakov, 1978). Las posiciones teóricas generales de «la orientación histórica y arqueológica» en la segunda mitad de los años sesenta y los setenta están formuladas en una serie de trabajos de Zsajaruk (1978a, 1978b, 1983, 1989 y otros) y Guening (1982, 1989). Este último es tan riguroso en la defensa de la pureza «histórica y social» del objeto de la arqueología, que incluso considera un gran error el empleo

de las concepciones «culturológicas» (por ejemplo, «cultura») (1982, p. 195).

Sin embargo, hasta los herederos de la «teoría de las etapas» volvieron a esa misma corriente. «El principio de complejidad», que ellos mismos explicaban o como integración de las ciencias para la reconstrucción de la prehistoria (Nikolsky, 1923), o bien como exigencia de considerar los objetos en conjunto *in situ*, había recibido una nueva interpretación por parte de Bernshtam. Condenando «las viejas clasificaciones burguesas» como herencia de la «tendencia burguesa al estudio de los materiales», Bernshtam ratificó que «en cualquier etapa del estudio de un yacimiento arqueológico corresponde partir de la totalidad de los datos históricos», utilizando los arqueológicos «junto con una serie de datos de la historia escrita, la etnografía, la lengua, el arte, el folklore». En otras palabras, corresponde utilizar como base una observación compleja de los hechos históricos y, entre ellos, la observación del material arqueológico (Bernshtam, 1949, pp. 18-21). Con más claridad no se puede decir. ¡«En cualquier etapa»!, ninguna anticipación de la síntesis en el análisis. En lugar de un severo escalonamiento, un sincretismo intuitivo.

Sin embargo, Bernshtam en los años treinta y cuarenta, como corresponde al «estadialismo», despreció el empirismo, que era para él la forma burguesa del estudio de los materiales. Ribakov y Zsajaruk ven el asunto de otra manera durante los años sesenta a ochenta.

Los «arqueólogos de la historia», por sus ideas, estaban en contra de la forma empírica del estudio de los materiales, pero coincidiendo con la tradición empirista en la indiferencia hacia la concepción teórica y en la fidelidad hacia la generalización inductiva, estaban preparados para incorporar la tradición empírica en su tendencia. Para ellos, el «empirismo» fue solamente una etapa de acumulación y regulación de las fuentes, y ahora, mediante la generalización, permite hacer una reconstrucción de pleno valor histórico-arqueológico con ayuda del pensamiento

histórico (Ribakov, citado por Pavlovskaya, 1967, p. 199; Zsajaruk, 1970, p. 10).

La actividad de esta tendencia —la «historia arqueológica»— estuvo relacionada con los sustanciales logros alcanzados en el estudio de un material concreto relacionado con una amplia problemática: desde el paleolítico hasta la Edad Media. Sobre todo se llevó muy intensamente por esta vía la elaboración de investigaciones regionales, relacionada con la creación de trabajos generalizadores de historia de los pueblos de la URSS. Es un aporte valioso de esta tendencia la codificación de las fuentes arqueológicas y *Arqueología de la URSS* editada en varios tomos, edición que, como ya se mencionó, se llevó a cabo por iniciativa del académico Ribakov.

Los éxitos y alcances de esta tendencia fueron en gran parte debidos al desarrollo extensivo de la arqueología soviética desde los años treinta hasta comienzos de los sesenta. En las periferias —en Siberia, en Asia central, en el Cáucaso— surgió ante los arqueólogos la *terra incognita*, donde las primeras investigaciones sistemáticas descubrieron nuevos mundos históricos. En la construcción de la historia de los pueblos que no tenían escritura surgieron nuevas posibilidades de utilización de los datos arqueológicos, que parecieron ilimitados. El paleolítico de la URSS resultó ser más rico de lo que esperaban los arqueólogos. La inmensa pluralidad de culturas de todas las épocas y de diferentes tipos posibilitaron recursos arqueológicos no vistos por su variedad y riqueza en otros países. Se consideró como un paraíso para las investigaciones históricas a gran escala, elaboradas casi exclusivamente o en gran medida a través de datos arqueológicos.

Hacia mediados de los años sesenta aparecieron los primeros tomos de *Historia universal* (Moscú, 1956-1957), *Historia de la URSS* (Moscú, 1964), y más tarde *Historia de la URSS en 12 tomos* (Moscú, 1966). Estos trabajos estaban dedicados a las épocas más antiguas y absorbieron la totalidad fundamental de

las investigaciones en el territorio de la URSS. Apareció también *Arqueología de la República de Ucrania* en tres tomos. Para entonces la etapa de «asimilación primaria» del pasado más remoto de los pueblos de nuestro país se podía considerar concluida. Esto preparó y parcialmente condicionó un nuevo interés hacia la metodología y teoría de la arqueología. Otro estímulo fue el cambio de posición en la conciencia social, las aspiraciones de alejarse de las pautas ideológicas condicionadas apriorísticamente, ir hacia la investigación objetiva, hacia su surtido arsenal de métodos. El crecimiento cuantitativo de la información cesó de compensar su exclusivismo y fragilidad.

A medida que se profundizaba en las investigaciones histórico-arqueológicas, se tomaba muy claramente conciencia de la especificidad de las fuentes arqueológicas. Sus «diferencias específicas» con las fuentes propiamente históricas, escritas, cuestionaron la legitimidad de un sencillo traslado de principios y métodos de la investigación histórica a los datos arqueológicos. La multiplicidad de significados y lo fragmentario de los hechos arqueológicos crearon dificultades para su interpretación histórica. Estos hechos, o bien se reducen a sencillas ilustraciones de unas u otras conclusiones históricas, o bien admiten interpretaciones demasiado diferentes que llegan a excluirse mutuamente. La arqueología «como historia» resulta omnívora y amorfa.

La comprensión de la arqueología como variedad de la historia conlleva no sólo la presentación de lo innecesario de una teoría arqueológica propia, sino la negligencia de los propios métodos arqueológicos, de la crítica de las fuentes, de lo severo de los principios de los métodos tipológico y cartográfico, así como los criterios de demostrabilidad de las sucesivas comunicaciones, etc. (Formosov, 1977; Klejn, 1978a). Como resultado de esta tendencia, según la observación de Formosov (1961, pp. 120-121), «el método abandonó los artículos de los arqueólogos. Los métodos biológicos no se reemplazaron por los históricos, sino

que dejaron paso a simples impresiones de los hallazgos, a veces interesantes, pero bastante subjetivas».

En los trabajos de una serie de arqueólogos importantes (I. E. Krupnov, D. A. Kraynov, B. N. Grakov) y de sus discípulos (I. I. Artemenko, V. I. Markovin y otros) se manifiesta una amplia experiencia de campo, un importante y escrupuloso conocimiento de los hechos, sobre todo locales; su esmerada elaboración se une con la porosidad y fragilidad de la metodología de las relaciones y estructuras en los materiales arqueológicos (véase crítica en Berezsanskaya, 1970; Formosov, 1969; Häusler, 1970, y otros). En otras palabras, la amplia historización de la arqueología se alcanza con el debilitamiento del profesionalismo de escuelas completas.

Dos fenómenos en la arqueología soviética impiden que esta tendencia se apague: en primer lugar, la afluencia de historiadores hacia los cuadros de arqueólogos, es decir, la irrupción de diletantes instruidos, impacientes y dispuestos a tratar los problemas más complicados como si fueran las cuestiones más fáciles; y en segundo lugar, la demanda de la sociedad y del poder para que se aportaran soluciones y se liberalizaran de las limitaciones metodológicas para los casos necesarios.

Todo ello caracterizó un periodo determinado en la historia de la arqueología soviética. Ahora caracteriza a todo un estrato, en la totalidad de sus cuadros, que se separa de este periodo de la arqueología soviética contemporánea.

Los intentos por superar la fragilidad de esta tendencia tenían un carácter diferente: desde la utilización de los datos arqueológicos para la resolución de un aspecto elegido de un tema histórico (como en la *Artesanía de la antigua Rusia* de B. A. Ribakov), hasta la combinación equilibrada de los datos arqueológicos y los de las fuentes escritas, la numismática, la sigilografía y otras «disciplinas históricas auxiliares» (Yanin, 1977). Ante esto, sin embargo, quedaba un desordenado panorama de la propia finalidad de la arqueología, su función, y sus, por así decir-

lo, derechos y obligaciones (cf. Klejn, 1977b; 1978a; 1986). Los logros particulares no reemplazan a los principios metodológicos, pero se equilibran con fracasos, particulares pero bastante frecuentes, ocasionando largas e improductivas discusiones.

Etnogenética arqueológica

En el seno de la «historia arqueológica» se formó, y prácticamente se separó de ella, una tendencia completamente autónoma, que se puede denominar «etnogenética arqueológica». Esta tendencia se formó sobre todo en torno al estudio de la problemática de la etnogénesis de los escitas (M. I. Artamonov, B. N. Grakov) y los eslavos (M. I. Artamonov, P. N. Tretiakov, I. I. Liapushkin, V. V. Sedov). Los activistas de la «historia arqueológica» participaron con investigaciones sobre este tema —con trabajos de etnogénesis (B. A. Ribakov) y teóricos sobre los principios de interpretación étnica (Y. N. Zsajaruk). En torno a esta tendencia se reunieron (ininterrumpidas discusiones sobre reconstrucciones concretas) autoctonistas, subdifusionistas y muchos empíricos, todos aquellos que partieron de la identidad irreprochable de la cultura arqueológica hacia el etnos antiguo (Artamonov, 1971), de la representación sobre la existencia y estabilidad de «indicios étnicos» y del postulado sobre la significación étnica de las semejanzas culturales: «la condición infalible para llegar a conclusiones sobre la unidad de la etnia debería ser la herencia genética, durante el cambio de una cultura arqueológica a otra» (Sedov, 1979, p. 39). El principio de partida de estos investigadores lo expresó aforísticamente el arqueólogo de Kiev Y. M. Braichevsky (1965, p. 31): «Por cultura arqueológica entendemos aquellas asociaciones de hechos arqueológicos que indudablemente corresponden a determinadas unidades étnicas. Nosotros no reconocemos como cultura a aquella que no responde sino a una y solamente una comunidad étnica de personas».

La identidad «cultura = *etnos*» parecía haber colocado un sólido puente entre el sujeto colectivo de la historia étnica (es decir, el proceso histórico, tomado sólo en un aspecto, pero suficientemente amplio) y la unidad principal de «la investigación arqueológica pura», es decir, la cultura arqueológica. En la división y caracterización de los últimos arqueólogos de la tendencia empírica casi no se experimentaron dificultades ni dudas. La pura «historia arqueológica» apenas necesitaba la elaboración del concepto de «cultura arqueológica», y se conformaba perfectamente con la caracterización empírica de las diversas partes de la vida antigua (tales como producción, vivienda, objetos de culto, asentamientos, ceremonias funerarias), trasladando de inmediato estas características al contexto de los propios trabajos históricos. En comparación con éstos, la práctica de los «arqueólogos de la etnogénesis» fue un paso hacia la fundación de la metodología arqueológica propia. Surgió con gran fuerza el problema de la definición de la cultura arqueológica y sus relaciones con el *etnos*, la problemática del origen de culturas arqueológicas concretas, las relaciones genéticas y los cambios de culturas. Los partidarios de la «etnogenética arqueológica» obtuvieron resultados muy interesantes en el análisis de culturas concretas, en su desmembramiento en componentes básicos, comprendidos como «rasgos étnicos», y en la relación de diversas culturas a través de estos rasgos.

Sin embargo, la identidad «cultura = *etnos*» (indudable según Y. N. Zsajaruk) resultó vulnerable desde muchos ángulos y aspectos. Molestaba el hecho de que esta identidad tuviera su origen en el chovinista alemán Kossina, y que desde los tiempos de éste hubiera sido postulada aunque jamás demostrada. Mientras tanto la etnografía destruyó la confianza hacia este postulado, lo que llevó a largas y duras discusiones sobre la problemática de la cultura y el etnos.

Ahora una parte de los arqueólogos considera que tras la cultura arqueológica no necesariamente está el *etnos* (aunque puede estar en algunas situaciones). Ellos proponen que la ar-

queología no tiene el derecho de resolver la problemática de la etnogénesis; este sería un asunto, ante todo, de los lingüistas (si por etnogénesis se comprendiera el origen del parentesco idiomático), o de historiadores y etnógrafos (si se tuviera en cuenta la formación de los pueblos contemporáneos con su autoconciencia y sus denominaciones propias). La arqueología solamente les proporciona información sobre los territorios, tiempo y carácter de los procesos que se han postulado (Klejn, 1978b, 1981c, 1988). En los trabajos de los propios activistas de la «etnogenética arqueológica», los indicadores indirectos de su crisis fueron las declaraciones cada vez más frecuentes de la «polietnicidad» de una serie de culturas (que a veces desempeñan un papel decisivo en las concepciones concretas de la etnogénesis, como por ejemplo el papel de la cultura *cherniajovskaya* en la concepción autoctonista del origen de los eslavos).

Llevando a un primer plano el concepto de «cultura arqueológica», pero limitándolo por su contenido exclusivamente étnico, los partidarios de esta tendencia no pudieron dar a conocer la riqueza de la información arqueológica. Al igual que los representantes de la «historia arqueológica», éstos también intentaron explicar los hechos o fenómenos arqueológicos mediante los procedimientos nacidos fuera de la arqueología (en este caso en la lingüística) y no destinados a la especificidad de esta ciencia. Fuera del campo visual de los «arqueólogos etnogenetistas» quedaron las preguntas sobre producción y estructura social, las cuales, sin duda, determinan en gran parte la configuración e interrelación de los datos arqueológicos.

Sociología arqueológica

Esta tendencia fue una división generacional de la «historia arqueológica», muy ligada al renacimiento en la URSS de la sociología. Se formó, generalmente, a partir del estudio de las ricas,

dinámicas y brillantes culturas del sur y sureste de la Unión Soviética (el Cáucaso, Asia central), con sus antiquísimas civilizaciones agrícolas, las primeras dentro del territorio de la URSS con ciudades y estados. Los investigadores de este círculo —V. M. Masson, V. I. Guliaev, T. N. Chubinishvily, O. M. Djaparidze, I. G. Narimanov, V. A. Alekshin y otros— utilizan ampliamente la experiencia de la arqueología occidental, los esquemas generales del «materialismo cultural» (desde Childe hasta Braidwood y Adams) y el diccionario de la «nueva arqueología». Aquí resultaron estar juntos unos cuantos corifeos del estadialismo (teoría de las etapas), los partidarios de la herencia local y maestros de la modernización «cosmética» de la arqueología. Lo esencial de la orientación consiste en extremar la correlación entre diferentes categorías de materiales arqueológicos y las características sistematizadas de la economía, de la estructura social, de la organización política y de la ideología de las sociedades primitivas.

Los representantes de esta tendencia reconocen la ilegitimidad de la inclusión directa de los datos arqueológicos en el contexto de investigaciones históricas concretas; es necesario reglamentarlos e introducirlos en el sistema.

Sin embargo, aquí el centro de gravedad de las representaciones teóricas está fuera de la arqueología. Lo constituye algún modelo sociológico de la sociedad primitiva, sistema cuyos componentes están relacionados entre sí. El propio material antiguo actúa como un reflejo directo y regular de estas características sistémicas. Se sobreentiende que la interrelación de los hechos arqueológicos refleja de una manera isomorfa (que se cristaliza en el mismo sistema) esta estructura y que la información sobre las sociedades antiguas llega hasta nosotros clara y completa, no mezclada. Pero de hecho es una ilusión. El arqueólogo traslada las características de los modelos sociológicos directamente a la totalidad de los artefactos. Proyecta un modelo dado *a priori* al material arqueológico.

Queda sin resolver el problema de la formulación de una

teoría propiamente arqueológica. No por casualidad conceptos tales como «cultura arqueológica», «tipo», son utilizados en la práctica por arqueólogos de todas las tendencias; en el instrumental teóriço de los arqueólogos de este círculo no aparecen: estos conceptos nacen sólo por el movimiento «interno» de la arqueología, no del desarrollo social en ellos reflejado sino de las características objetivas de las propias fuentes materiales.

Los arqueólogos de este círculo proponen (en la persona de su representante V. M. Masson) denominar a su actividad «arqueología sociológica». En este término incluyen toda la interpretación de los materiales arqueológicos (Masson, 1974, p. 3), y la reconstrucción de «las estructuras económicas, sociales e ideológicas de las antiguas sociedades ... a partir de materiales arqueológicos tanto en la determinación de regularidades generales, como en la de procesos y hechos particulares» (Masson, 1976, p. 12). Sin embargo, en realidad esta tendencia centra la atención en las regularidades del desarrollo de las estructuras mencionadas y en los procesos concretos de este desarrollo, y se ignoran las leyes de reflexión de estos procesos en el material arqueológico. Naturalmente no puede elaborar métodos concretos de reconstrucción, reemplazando sus fórmulas comunes. La autodenominación elegida por este grupo resulta falsa. En ellos no se da una «arqueología sociológica» (véase Renfrew, 1973; Gjessing, 1975), sino una «sociología arqueológica», como continuación de una «sociología histórica» (parte de la historia de la cultura, parte de la historia política y económica, etc.) inmersa en el tiempo a partir de un tipo de fuentes que de ningún modo es universal.

La observación de tres tendencias en la arqueología soviética contemporánea (*trivy*) reúne una característica general: todas ellas buscan el fundamento del aparato teórico (no un modelo, sino el fundamento) en los confines de la arqueología: en la historia, la lingüística, la sociología. Es una arqueología amplia y flexible, dicho de otro modo, no arqueológica. Ésta, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, niega la tarea

de fundación de un aparato teórico especial arqueológico, el cual sirva de puente entre el material y su interpretación histórica. Esta posición naturalmente proviene de la identificación de los objetos de la arqueología e historia y de la convicción de que las fuentes arqueológicas cualitativamente, en principio, en nada se diferencian de las fuentes históricas escritas (como las etnográficas, lingüísticas, etc.), y que «la información histórica» en ellas vertida puede ser extraída directamente, pero con la aplicación del material concreto de las ciencias afines (en vista de las lagunas de los datos). Si se considera que el objeto de todas estas ciencias es el mismo, la sociedad antigua, la apropiación de ideas de estos científicos es legítima y debería ser efectiva. Estas expectativas no se justifican.

La misma diferenciación es un indicador que llevó a la formación de diversas orientaciones que, en su conjunto, intentaban abarcar todos los aspectos de la antigua realidad y realizar los diversos supuestos del potencial de las fuentes arqueológicas. Cuanto más multifacética se hacía la interpretación de estas fuentes, es decir, desde fuera, con la proyección en ellas del aparato de la historia, lingüística, sociología, etnografía, antropología y otras, más se concienciaban de la necesidad de una estricta determinación de la especificidad de las propias fuentes arqueológicas y por consiguiente del fin, los medios y los procedimientos de un exacto aparato de investigación arqueológica.

«Kvadrivy»

Arqueología descriptiva

En busca de una arqueología exacta y autónoma, se forma una segunda y amplia área en la ciencia soviética para el estudio de los materiales (*kvadrivy*), que comienza a desarrollarse a principios de los años sesenta.

Junto con las tres tendencias de los *trivy*, que apelaban a los «puntos de apoyo» exteriores, se determinó una cuarta tendencia, la cual consideró prioritaria la tarea de realizar una estricta caracterización del material arqueológico y reveló la amplia preparación necesaria para comprender, dirigiendo su actividad hacia esta tarea, el concepto de «arqueología descriptiva»: descriptiva no sólo como descripción, limitando en sí la descripción, sino como estrictamente objetiva, partiendo del material. En este nivel de calidad se antepone a la «reglamentación», las normas dispuestas, de las interpretaciones apriorísticas del material (Marshak, citado por Bochkariev y Raspopova, 1971, p. 304).

Esta formulación de tareas y prácticas, y algunos principios de esta tendencia, se asemejan a la «arqueología descriptiva» francesa de Gardin y Borio, a la arqueología noreuropea y a la «arqueología analítica» británica de D. Clark. Igual que allí, aquí se elabora una terminología especial para la descripción estricta. Y como en Occidente, esto estuvo muy relacionado con la perspectiva de utilización de ordenadores y la consecuente implantación de métodos matemáticos para el estudio de grandes cantidades de material arqueológico —métodos estadísticos y de combinación.

Las necesidades creadas por la elaboración según la descripción formal del mundo material antiguo llevaron a los científicos de esta tendencia a la comprensión de la independencia del objeto de estudio de la arqueología, separándose ésta del resto de las ciencias sociohistóricas.

> La particularidad más importante que determina la independencia de la arqueología como ciencia histórica son las fuentes del mundo material. A diferencia de cualquier otra fuente histórica, la fuente del mundo material no contiene la información expresada por medios lingüísticos. Junto con ello, esas fuentes materiales conservan y traen hasta nosotros información histórica. Por lo tanto, objetivamente existe un determinado «idioma» de las fuentes materiales, el cual es comprensible para el arqueólogo (Kamenetsky, Marshak y Sher, 1975, p. 4).

La elaboración y formalización de este idioma exigía el inmediato giro hacia los principales conceptos instrumentales de la arqueología, tales como «artefacto», «símbolo», «tipo», «clase», «complejo», «cultura arqueológica» y otros. Pertenece a los entusiastas de la orientación descriptiva en la arqueología la iniciativa de la elaboración en nuestro país de definiciones concretas y exactas, algoritmos de sistematización arqueológica, el aparato de cronología relativa de complejos y una serie de otras valiosas iniciativas de carácter metodológico.

La tradición de esta estricta orientación se remonta a los años veinte (Efimenko, 1926; Griazsnov, 1941). En el periodo de posguerra, los centros de «arqueología descriptiva» se ubicaron ante todo en las universidades más importantes —Universidad de Moscú (G. A. Fedorov-Davidov, D. V. Deopik), Universidad de los Urales en Sverdlovsk (V. F. Guening,[1] D. V. Victorova), Universidad de Irkutsk (G. I. Medvedev)— y en los museos —Museo Estatal de Historia de Moscú (M. V. Fejner, V. A. Malm, V. P. Levasheva), Hermitage en Leningrado (B. I. Marshak, Y. A. Sher). En los museos la premisa natural era la constante necesidad de la catalogación reglamentada de grandes colecciones de material; en las universidades, la posibilidad de colaboración con las ciencias exactas, con biólogos, lingüistas que ya habían asimilado los métodos matemáticos, y con programadores profesionales.

Sin embargo, hasta hoy no ha sido posible fundar un centro de «arqueología descriptiva» para toda la URSS. Los principales colaboradores de los institutos académicos de arqueología que desarrollaron esta tendencia (I. S. Kamenetsky, V. B. Kovalevskaya, Y. M. Braichevsky y otros) se unían frecuentemente a los grupos de investigación de las universidades. La pluralidad de estos grupos, la ausencia de una base central de formaliza-

1. Más tarde, con la llegada de Guening, el centro de los Urales se reubicó en Kiev (concretamente se fundó de nuevo en el Instituto de Arqueología de la URSS).

ción en los institutos arqueológicos, hicieron que la fundación de un idioma formal universal de arqueología quedara aún como un asunto del futuro.

Los adversarios de esta tendencia la inculpan de la limitación de las tareas, de sobrevalorar la conexión de las particularidades del material con el contenido histórico y, por lo tanto, de exagerar las posibilidades de juzgar este contenido histórico a través de la elaboración del material estricta, formal y llevada hasta el automatismo. Los representantes más ilustres de la «arqueología descriptiva» reconocen su precaria posición y tratan de ampliar su comprensión de las tareas de la arqueología y perfilar más concretamente la aplicabilidad de sus métodos (al menos esto es lo que ellos declaran).

Arqueotecnología

En los años sesenta y setenta, las posibilidades técnicas y organizativas de los institutos de la Academia de Ciencias de la URSS se utilizaron en otro sentido, también muy fructíferamente. Si para los descriptivistas el centro de interés era la descripción formal de los artefactos, los laboratorios académicos incidían en el estudio profundo de los mismos artefactos, los materiales y las huellas o rastros de uso, lo cual estaba íntimamente relacionado con la tecnología y el funcionamiento técnico. Esta tendencia se puede definir como «arqueotecnología».

De manera amplia, e incluyendo datos de petrografía, metalografía, dendrología, y otras ciencias naturales y disciplinas técnicas (y junto a esto la utilización intensiva de aparatos matemáticos e instrumentos técnicos para el estudio de los artefactos), esta tendencia cumple una de las tareas de la revolución científico-técnica en la arqueología soviética. El análisis traceológico-funcional de S. A. Semenov (1957) ayuda a descubrir el contenido histórico concreto del mundo material de la Antigüe-

dad, y describe estos datos en estrictos términos de criminología, ciencias naturales y exactas.

Esta tendencia se contrapone fuertemente a la vaguedad humanitarista de la interpretación «histórico-arqueológica» de los artefactos, débilmente separada del subjetivismo. Los entusiastas de esta tendencia (la escuela de S. A. Semenov, E. N. Chernij) se relacionan escépticamente con el método tradicional de la «estricta arqueología» en cuya formalización se concentran los esfuerzos de los descriptivistas. «Con ayuda de la tipología y la cartografía pueden proponerse hipótesis y conjeturas más o menos verosímiles. Su comprobación es posible con ayuda de un verdadero y objetivo método de investigación» (Chernij, 1966, p. 3), he aquí la típica, para esta determinada posición, apología de estos métodos verdaderamente objetivos, como el espectroanálisis, la radioscopia, la datación radiocarbónica y arqueomagnética, etc.

Los «nuevos métodos en arqueología» (el típico nombre de los manuales de esta tendencia) se adaptaron con éxito a las investigaciones del material lítico (S. A. Semenov y G. F. Korobkova), la antigua metalurgia (E. N. Chernij, B. A. Kolchin y N. V. Ryndina), la cerámica (A. A. Bobrinsky), etc.

Sin embargo, a diferencia de los «nuevos métodos» de los años veinte, los actuales (el radiocarbono, el espectral, el metalográfico y otros) son métodos exclusivamente técnicos, científicos, no arqueológicos, basados en las teorías y logros de otras ciencias (física, química, criminología, entre otras), que solamente fueron adaptados a la arqueología. Cierto que Kolchin (1970, pp. 38-39) anunció que estos métodos ya eran propiamente arqueológicos, al igual que el método evolucionista-tipológico; pero en este caso se apropiaron sólo de la idea procedente de la biología.

Todos ellos son métodos para investigaciones concretas, y aún hacía falta la síntesis y la traducción al lenguaje de la historia. Los representantes de esta tendencia se acercaron a la inves-

tigación de síntesis, a la puesta en escena de la cuestión sobre las comunicaciones funcionales de los componentes que están tras los datos arqueológicos (Semenov, 1968; 1971). Pero no pudieron avanzar radicalmente en las decisiones de estas tareas: esto no era posible con las limitaciones de los medios de la tendencia descrita.

Arqueología ecológica

La sexta tendencia, la «arqueología ecológica», se encuentra más próxima a la realización de estas tareas. La sociedad primitiva, y la totalidad de los artefactos pertenecientes a ella, es observada como un sistema completo que se encuentra en una interrelación dinámica con el medio que la rodea (Dolujanov, 1979). Los «arqueoecólogos» consideran que el estudio de estas interacciones es la condición decisiva para reconstruir las principales etapas del pasado más remoto de la humanidad. El inspirador de esta tendencia es el filósofo de Erevan, E. S. Markarian, con su concepción adaptacionista de la cultura.

En la preparación de esta tendencia desempeñaron un papel importante la escuela moscovita de «paleoetnología» de B. S. Zhukov y, en Leningrado, los intereses geográficos de S. I. Rudenko. Actualmente esta tradición es seguida, cada vez más consecuentemente, por el alumno de este último, L. N. Gumilev, cuya obra ha desatado fuertes polémicas. Los opositores reprochan a Gumilev el excesivo determinismo geográfico y el renacimiento de la «teoría de los héroes y la multitud». Gumilev insiste en las profundas relaciones orgánicas (que para un místico sobrio son místicas) del *etnos* con el paisaje, relaciones que según Gumilev provocan explosiones apasionadas. En los últimos tiempos las tesis de Gumilev han atraído a muchos adeptos entre los jóvenes. Pero también es cierto que es más popular entre los aficionados.

La afición de los arqueólogos soviéticos, sobre todo de los paleolitistas, a utilizar informaciones procedentes de la geología histórica, la paleontología, la climatología, y a la cooperación con estas disciplinas, contribuyó a la preparación del lugar, los datos y los cuadros de esta tendencia. La base para ésta se fundó a mediados del siglo XX con el desarrollo de la ecología y una orientación sistemática. La construcción de modelos de funcionamiento y desarrollo de ecosistemas con la participación de las culturas arqueológicas llama la atención por su proporcionalidad, firmeza y rigurosidad y por la integración de distintas ciencias. La tendencia soviética se diferencia completamente (con algunas excepciones) de los modelos análogos de los arqueólogos occidentales (G. Clark, C. Renfrew, etc.), en los que la fuente de desarrollo se sitúa en la producción social y no en la naturaleza ni en los subsistemas (por ejemplo Dolujanov, 1978). Pero al igual que la «nueva arqueología» y la «sociología arqueológica», nuestra «arqueoecología» no escapó de la simplificación: la cultura arqueológica en sus modelos se coloca en lugar de la cultura viva del pasado sin las complicadas correcciones que son imprescindibles.

En la arqueología soviética, la «arqueoecología» fue la que llevó a cabo la cooperación más activa con las investigaciones geológicas, la coordinación de los datos arqueológicos con los de la geomorfología, paleobiología, climatología (I. G. Pidoplichka, P. M. Dolujanov, A. M. Miklaev, V. I. Timifieev y otros). Estos medios de investigación acercan los «arqueoecólogos» a los «arqueotecnólogos» (con los entusiastas de los «nuevos métodos»), y la comunidad de los lenguajes científico-naturalista y matemático a los «descriptivistas». Pero, al igual que estas dos corrientes, la «arqueoecología» conserva también mucho de la orientación metodológica externa, extrayendo su surtido teórico de la geografía, la ecología y, en parte, de la sociología y la economía política.

De esta manera, diferenciándose de los científicos del primer

bloque —*trivy* (la «amplia arqueología») por el reconocimiento de lo específico y de lo autónomo de las fuentes arqueológicas—, los partidarios de las tres últimas tendencias se aproximan a los *trivy* cuando se refieren a la necesidad de una estructura teórica. Ellos tampoco la buscan en la arqueología ni en la historia ni en la lingüística ni en la sociología, sino en la estructura teórica y en los métodos de las ciencias naturales y exactas. Sin embargo, lo fecundo en los resultados analíticos, en este giro, aún no resuelve la tarea más importante: la fundación de un estricto aparato teórico, adecuado a este objeto.

Arqueología escalonada

La séptima tendencia (a la cual pertenece el autor de estas líneas, así como sus colegas de seminario en la Universidad de Leningrado, G. S. Lebedev, M. B. Shchukin, V. S. Bochkariev y otros) se propone fundar una estructura teórica a gran escala, que permita coordinar un estricto sistema de deducción por medio de las características formales materiales de los artefactos (parámetros, estructura, relaciones dentro de la comunidad arqueológica, dinámica de sus cambios, etc.), con la vida de las personas reflejada en este material, con el desarrollo histórico de las antiguas sociedades, su economía, la estructura social, ideas, etc. La vía para la resolución de estas tareas va desde la estricta determinación de la fuente arqueológica y su especificidad mediante la elaboración de un sistema necesario de conceptos y principios, hasta el establecimiento de un procedimiento pluriescalonado de investigación arqueológica. De esta manera deberían descubrirse los fundamentos de la arqueología y sus propias tareas investigadoras, fines y medios.

Los arqueólogos de esta tendencia ven la especificidad de las fuentes arqueológicas —el mundo material antiguo— ante todo en que la realidad histórica está reflejada muchas veces de for-

ma indirecta, unilateral, y no isomorfa en este material. La información en las fuentes arqueológicas aparece como si estuviese cifrada con un código complicado (a causa de la ruptura en el tiempo, la clave está olvidada, perdida). La comprensión intuitiva del «idioma de los objetos» es engañosa, y el simple y formal conocimiento de un «alfabeto» y «paradigmas» no es suficiente. Tenemos por delante la traducción del «idioma de los objetos», e incluso el desciframiento de la olvidada escritura de este idioma (Klejn, 1978a, 1979b, 1981).

Los arqueólogos de esta tendencia (en parte de acuerdo con G. P. Grigoriev) proponen que las fuentes históricas por ellas mismas y de inmediato no aportan información histórica de forma clara y hace falta transformar su información del pasado en información histórica, aplicando procedimientos especiales de investigación; el pasado histórico se muestra al arqueólogo en forma de realidad especial, *sui generis*, de calidad, que algunos definen con los conceptos de «universo arqueológico» y «proceso arqueológico» (V. S. Bochkariev, 1975, pp. 39-40). La aplicación en la arqueología de los «nuevos métodos» aún no la hace una «ciencia rigurosa» si la representación teórica respecto al «proceso arqueológico» y el correspondiente procedimiento quedan sin elaborar.

Desde el punto de vista de los partidarios de esta tendencia, el conocimiento del pasado debería ser profundo y escalonado, y presentado estrictamente como un procedimiento de muchas etapas en la investigación, en la que la arqueología abarcaría muchas, pero no todas. Cada una de las tendencias anteriormente descritas, según la opinión de estos arqueólogos, prioriza una de las etapas (al mismo tiempo, en los *trivy* estas etapas son parte del procedimiento no arqueológico) y la difunde a toda la arqueología. La elaboración de una arqueología teórica es el medio para la revelación de la diversidad de etapas y para la determinación del lugar de cada una de ellas. He aquí el motivo de

que los partidarios de esta tendencia le presten una atención especial.

Los esfuerzos de los partidarios de esta tendencia se centran en la reelaboración de conceptos tradicionales y fundamentales de la arqueología: «cultura», «tipo», «símbolo», «artefacto», y en la reposición en este sistema de nuevos conceptos. La innovación más significativa está relacionada con la presentación del mecanismo de cambio de las culturas. Para la investigación de este mecanismo fue propuesta la concepción de las secuencias (Klejn, 1973, 1975a; Shchukin, 1979). De acuerdo con esta concepción, el material se muestra al arqueólogo en forma de «secuencia de columnas», de secuencia de culturas, que se sustituyen cronológicamente las unas a las otras en un mismo territorio y como formando una columna estratigráfica generalizadora. La tarea de los arqueólogos es transformar la totalidad de las «secuencias de columnas» en un sistema de «secuencias de trazos», mostrando y disolviendo en sucesiones de parentesco culturas genéticas relacionadas, las cuales podrían encontrarse en diversas «secuencias de columnas». El sentido de esta teoría está en la liberalización de la ilusión de los autoctonistas, en un escalonamiento profundo del proceso de investigación que transforma empíricamente el material dado en una base para reconstruir un proceso histórico y cultural real. Sólo después de esto se puede estudiar este proceso real del pasado, sus regularidades, sus causas y su sentido. Pero esto ya se encuentra (dicho estrictamente) fuera de los límites de competencia del arqueólogo. Esta esfera es propia de la paleohistoria, la prehistoria, la protohistoria y la historia antigua. También pertenece a la esfera de intereses de la paleosociología y de la paleoetnología.

Las transformaciones de las secuencias de columnas en secuencias de trazos se llevan a cabo con ayuda de la *teoría de la comunicación* (Klejn, 1972, 1981b). El mecanismo de la herencia cultural y el cambio de culturas se especifica mediante la red de comunicaciones a través de la cual se transmitió la informa-

ción cultural de generación a generación. Los procesos de «subsistemas de producción» han resultado determinantes para el desarrollo, ya que es sobre todo aquí donde se fundan y acumulan los estímulos y medios de desarrollo. Pero la estabilidad de la cultura se determina por el estado de las redes de comunicación en general, su estabilidad en el tiempo y en el espacio. La alteración de la estabilidad de las redes de comunicación conduce hacia el desencadenamiento, en el límite, hacia el cambio de las culturas; ahora ya se ha realizado un esbozo de sistematización del tipo de estas infracciones de las redes y se han recogido sus posibilidades de realización históricas y culturales. Estas realizaciones, concretas e históricas por su carácter, de hecho están determinadas por las regularidades históricas generales.

Esta concepción pone de nuevo ante los arqueólogos el problema casi clave en la historia contemporánea: la participación en la *síntesis de las fuentes* (Klejn, 1978a). Se sobreentiende que la síntesis tiene un mínimo de dos etapas: inicialmente la de disciplina interna (la superación de la fragmentación, la construcción de un sistema arqueológico), luego la interdisciplinar (la superación de la unilateralidad). Sólo después de que los arqueólogos, tras haber construido el «sistema de la antigüedad», creen una fuente prácticamente nueva expresada en un texto verbal (y en forma de signos), este resultado entrará, junto con las fuentes escritas, en el laboratorio mental de *síntesis histórica* (Lebedev, 1973, p. 57).

En investigaciones concretas para la realización de estas ideas se proponen nuevas hipótesis (en su mayoría migracionistas) sobre el origen de una serie de culturas del paleolítico, neolítico y de la edad del bronce (G. P. Grigoriev, L. S. Klejn, V. A. Safronov, N. N. Nikolaeva); se plantea la observación crítica antes de la resolución del problema del origen de los eslavos (Klejn, 1955, 1969; Machinsky, 1976); se propuso una nueva identificación de los indoarios (con las culturas de catacumbas) (Klejn, 1980); se resuelve el «problema de los godos» por los materiales

de la cultura *cherniajovskaya* de la época romana (Shchukin, 1977). La metodología de investigación elaborada en la cuestión de los varegos, según los datos de los arqueólogos (Klejn, Lebedev y Nazsarenko, 1970; Bulkin, 1970), apartó las alteraciones existentes que embrollaban la cuestión (Artamonov, 1967, p. 66), y permitió el avance notable de las investigaciones, que rebasaron el marco de la cuestión de los varegos (Kirpichnikov y otros, 1980).

Los opositores de esta tendencia sostienen que «la arqueología teórica» en la ciencia marxista es ilícita y no es necesaria (Brentjes, 1978), y que, además, su división en áreas específicas, con la especialización de científicos (Ribakov, 1979, p. 341), es también ilícita. Esta tendencia se considera la moda más contemporánea, contraria a la tradición de la ciencia soviética, carente de raíz y relacionada con la orientación teoretizadora de moda en Occidente y con las normas occidentales de división entre arqueología y prehistoria (que casualmente ahora en Occidente es una rareza).

Sin embargo, esta tendencia tiene profundas raíces en la ciencia soviética.

Las fuentes lejanas de algunas ideas de esta tendencia se pueden observar en la posición de aquellos líderes del estadialismo que actuaron contra las ideas de Bikovsky, Artsikovsky y otros, de suprimir la arqueología y juntar todas las disciplinas históricas, sin diferenciación por el tipo de fuentes. Ravdonikas (1930, pp. 20-23, 28) defendía la especificidad de las fuentes arqueológicas y la importancia de las tareas de estudio de dichas fuentes. Él concebía la arqueología como una de las disciplinas (junto con la etnografía, paleoantropología y otras) cuyos datos dan cohesión a la historia (Ravdonikas, 1939). De esta manera, la arqueología, según él, no tomaba para sí las funciones de la historia.

Con otras ideas esta tendencia continúa la tradición de Artamonov (interés y atención hacia los contactos remotos y cruces,

migraciones e influencias, hacia fuentes adicionales del enriquecimiento cultural en la Antigüedad).

En el arsenal teórico de esta tendencia, destinado a la investigación del «lenguaje de las cosas», también entran ideas de lingüística estructural y la orientación semiótica del extraordinario folklorista soviético V. Y. Propp. Las posturas ante algunas preguntas de esta tendencia serían similares a las de los «descriptivistas» (en la comprensión del objeto de la arqueología) y de los «tecnólogos» (en la limpieza de la periodización arqueológica del sincretismo sociohistórico (véase Chernij, 1965).

Siete colores-siete yo [*siemia* = «familia»; *siem ya* = «siete yo»]

Los siete «colores del espectro» aquí caracterizados de la arqueología soviética contemporánea no siempre se manifiestan en su pureza.

Por supuesto, estas tendencias, sobre todo las de las áreas antagónicas, discuten entre sí, a veces muy encarnizadamente. Los representantes de los *trivy* (con una concepción amplia de la arqueología) denominan a la concepción contraria (con una concepción limitada del objeto) la arqueología «decadente». Ellos sostienen que limitando las funciones de la arqueología, ésta convierte en una «añadidura» la historia (Ribakov, 1979, p. 338), o se excluye de la historia (Bashilov, 1978, p. 110). Los inculpados (miembros de los *kvadrivy*) objetan que las operaciones de estudio de las fuentes no son un «trozo para completar», sino la base de la historia, y no limitan a la arqueología exclusivamente las tareas de estudio de las fuentes. La separación de la arqueología, necesaria para el suministro de una estricta correspondencia de los métodos con las características del material y tareas, y en general una investigación profunda y escalonada, no significa normalmente la ruptura entre las etapas, en particular entre la arqueología y la historia o la prehistoria. Los *kvadrivy* analizan

la concepción de los *trivy* y les recriminan «el alejamiento del objeto» (desobjetivización) de la arqueología (Klejn, 1977b, 1978a, pp. 23-24; 1986), la ausencia de métodos estrictos y garantías de objetividad, el deslizamiento desde la arbitrariedad metodológica hacia «el modelo» de interpretación (Kamenetsky y otros, 1975).

En la intercreación de las tendencias, como ya se ha dicho, con frecuencia surge una cooperación creativa y fructífera, un acercamiento, una unificación e incluso una confluencia de posiciones, hasta que las divergencias quedan eliminadas o restringidas (por ejemplo, Kolchin y Sher, 1970). A veces, sin embargo, se constituyen bloques poco sólidos a partir del compromiso en trabajos colectivos. Así, con estos intentos incondicionales de unir decisiones difícilmente unificables, puntos de vista y simpatías, se obtiene un extraño abigarramiento y una mezcla mecanizada (por ejemplo, Kirpichnikov y otros, 1978); y lo mismo sucede con el interés por rechazar las cuestiones polémicas y concentrarse en lo reconocido por todos (por ejemplo, Guening y otros, 1973); con semejante coautoría no se obtienen ideas elaboradas, sino su sustracción, quedando como resultado una banalidad penosa conocida por todos como el abecé.

A veces estas ideas contradictorias se dan en el trabajo de un científico, el cual se esmera en la generalización teórica a partir de un compromiso y de un balance. Así, Y. N. Zsajaruk intenta unir orgánicamente situaciones incompatibles: «la historicidad de la arqueología» (entendiéndose como la inclusión de la arqueología en la historia) y la necesidad de elaboración de una teoría propia para la arqueología. Se obtiene una construcción ecléctica de contradicciones internas, que propicia no tanto el acuerdo como los ataques de ambos flancos.

Con frecuencia, algunas orientaciones y tendencias, en ocasiones suficientemente distantes entre sí, se unifican en los trabajos concretos de un determinado arqueólogo, y llegan a convivir pacíficamente.

En la ciencia hay incluso tendencias distintas que conviven conjuntamente. Por supuesto, la diversidad de tendencias presupone animación y agudeza en las discusiones, y al mismo tiempo se dice que son simples disputas entre colegas (excluyendo, por supuesto, las surgidas en cualquier discusión en caso de una enojosa incomprensión recíproca). Teóricamente, no sólo los principios iniciales, sino los fines de los arqueólogos soviéticos de todas las generaciones y tendencias deberían estar unificados, viviendo en una única familia. Pero cada vez está más claro que la familia consta de «siete yo». Que no existe una unidad monolítica.

Pero lo histórico se ha constituido de modo que en este pluralismo domina la tendencia de manera organizada, y esta dominación se expresa en la selección de los directivos (desde 1956 hasta 1988, Ribakov fue director del principal instituto; desde 1956 hasta 1978, Artsikovsky redactó la revista más importante). Esto deja una huella sobre muchas cosas. Esta huella se encuentra en las empresas más importantes de la arqueología soviética, en la composición del consejo de redacción y de la redacción periódica, en la representación en las conferencias internacionales, en los manuales y en los programas de estudio y en unas cuantas particularidades del pensamiento arqueológico. Vale la pena examinarlo.

5. BAJO EL EMBLEMA DE LA HISTORIA

Para el hombre
destruir y construir son por igual un placer.
¡Él inventó la historia, él es feliz!

V. JODASEVICH, *La casa*

En la Unión Soviética, la palabra «historia» posee una fuerza mágica, en gran medida gracias a su connotación ideológica. No por casualidad Lenin reconoció en la palabra «historia» el nombre de la principal institución arqueológica, antepuesta a la frase «cultura material».

> La historia es para nosotros todo —dijo Engels—, y ella es valorada por nosotros más que por cualquier otro, más que cualquier otra doctrina filosófica anterior ... (Engels, 1884-1954, p. 592).

La filosofía marxista para las ciencias sociales se denomina «materialismo histórico». En su base se encuentra el «principio del historicismo», comprensible en el espíritu de la dialéctica materialista, como principio de estudio de los fenómenos en su desarrollo, en su condicionalidad concreta y sus relaciones causa-efecto.

Naturalmente se considera que la historia es fundamental en el sistema de las ciencias sociales, se puede decir que hace la función de líder. Es necesario asimismo tener en cuenta que en la tradición científica rusa no existe esa marcada división, reforzada por la lengua, entre disciplinas humanistas y exactas, como en los países anglosajones; la historia aquí no está aislada del marco de las humanidades y su influencia se propaga masivamente a todas las ciencias sociales. En relación con esto, entre las ciencias sociales en la URSS en el transcurrir del medio siglo no existió independientemente la sociología, que podría haber pretendido esa función de líder. No existe aquí la tradición de dividir en un complejo particular las ciencias antropológicas. La prehistoria no se considera una disciplina independiente entre la historia natural y la historia social, sino la historia de la comunidad primitiva, parte inseparable e indivisible de la historia general; en un mismo plano que la historia antigua (clásica) y otras áreas de conocimiento de la historia.

Por eso aquí la arqueología no está fraccionada en áreas de conocimiento separadas e independientes, la prehistórica y la histórica, representada ante todo por la clásica, como ocurre por ejemplo en Alemania. Y a diferencia de la situación en los países anglosajones, sencillamente está relacionada con la historia, orientada hacia ella y sólo hacia ella. Los departamentos de arqueología, que reúnen la arqueología prehistórica con la clásica, la oriental y la medieval, se encuentran en las facultades de historia y no en las de filosofía como en Escandinavia; en aquellas academias de ciencias de las repúblicas donde no hay institutos de arqueología, existen departamentos de arqueología en los institutos de historia y los arqueólogos reciben la titulación o grado de doctores en historia.

Esto en muchos aspectos es positivo. La orientación hacia la historia define un círculo de tareas de la arqueología para la reconstrucción del pasado, elimina la necesidad de proyectarse en la búsqueda de ideales inalcanzables (equiparación a la físi-

ca, etc.) y permite utilizar todas las posibilidades específicas del material desarrollado en el tiempo. Esta orientación, asimismo, evita que los arqueólogos consideren las investigaciones etnográficas contemporáneas sobre pueblos atrasados en calidad de «fósiles vivientes»; evita un paralelismo directo de los materiales arqueológicos con los etnográficos. La unificación de las áreas de conocimiento de la arqueología, estimulada por las relaciones de todas ellas con la historia y conducidas a la raíz principal de la historia, mejora, sin duda alguna, las posibilidades de conocimiento del proceso histórico-cultural (evolución de la cultura y la sociedad) en una perspectiva integrada.

Sin embargo, estas connotaciones del término preparan el terreno para la absolutización de su denotado, para la exageración del lugar y volumen de la historia como disciplina científica, y en algunas ocasiones para realizar especulaciones demagógicas. Los científicos de mayor autoridad con mucha frecuencia citan y se basan en la frase de Marx y Engels referente a que «hay solamente una ciencia: la ciencia de la historia», sin advertir que, de acuerdo con la observación de los editores (Marx y Engels, 1955, p. 16), ¡esta frase se publica en un texto que fue tachado por los autores!

Muchos científicos tergiversan el principio del historicismo en el sentido de que éste exige una relación muy estrecha de la mayor parte de las ciencias con la historia como disciplina científica —abarcándola, incluyéndolas hasta su parcial disolución en ella. Este destino lo proponen incluso para la arqueología (*Istorizsm*, 1976; Ribakov, 1978; Zsajaruk, 1978a). Esta aberración no cautiva ni maravilla a todos (véanse Klejn y otros, 1970; Bulkin y otros, 1982), pero aumenta notablemente la influencia de la panhistoria en la arqueología soviética, condiciona la impresionante influencia de su argumentación en lo social y explica la vitalidad de la tendencia historizadora. Esto permite hacer-

se una idea de las dificultades con las que chocan sus críticas, y de las dificultades de su refutación y superación.

Ya se ha hablado sobre las consecuencias de la «historización» de la arqueología en las áreas de relación de las escuelas científicas con la teoría y metodología. Ahora veremos cómo se manifestó en algunas de las particularidades más generales de la arqueología soviética.

Apartándose de la base del estudio de las fuentes

Las editoriales están sedientas de historia, están preparadas para editar libros referentes a las antiguas tribus; las publicaciones arqueológicas, materiales e investigaciones no les interesan. Y así cuando la maravillosa colección *Materiales e investigaciones arqueológicas de la URSS* (conocida como *MIA*), fundada por M. I. Artamonov en 1940, publica el tomo 30, su nivel disminuye, se la priva del formato estándar, de las cubiertas de la colección, y luego vergonzosamente se retira el nombre de la colección de las cubiertas y la lista de títulos en la última página y oculta su sentido en una abreviatura indescifrable (ya para el *MIA*, n.° 129, 1965), y al fin, sin llegar a los 200 tomos, desaparece silenciosamente. La investigación e interpretación de tres sepulturas, llevadas a cabo por V. P. Shilov, por entonces director de la filial de Leningrado del Instituto de Arqueología, y destinadas a ser publicadas en *MIA*, aparecen fuera de *MIA* con el título de *Compendio de historia de las antiguas tribus del bajo Volga* (Shilov, 1975). Muchas otras publicaciones similares no fueron editadas por completo.

Los arqueólogos se agrupaban en torno a un estilo similar de pensamiento. La principal base ideológica la formuló el fundador de la serie, Artamonov, en uno de sus tomos, diciendo que hacía falta publicar los materiales tratados y estudiados junto con sus interpretaciones (Artamonov, 1959; para una argu-

mentación más concreta, véase Holubowicz, 1961). Por muchas razones (el temor al «estudio de los materiales», un déficit crónico de papel, etc.), la fórmula «conclusiones junto con los materiales» se convierte en la fórmula «conclusiones en lugar de los materiales».

En un apasionado y amargo artículo, A. A. Formosov (1977) mostró con una serie de ejemplos cómo sucede todo esto. Algunas veces tras la fachada de las conclusiones se esconden fuentes míseras y de no muy buena calidad. El ejemplo más demostrativo es la monografía de V. N. Danilenko, *El neolítico en Ucrania. Capítulos de la historia antigua del sureste de Europa* (1969), en la que la periodización mediante muchas etapas está dada sin reservas, está construida sin estratigrafía y sin excavaciones, sobre todo con materiales de superficie, y sin emplear métodos rigurosos de seriación.

Formosov hace notar que esta es una

> tendencia general en la ciencia. Hay alguien que considera que el aparente alejamiento de la arqueología de la problemática actual, su carencia de actualidad, sólo se puede compensar con la amplitud de los problemas tratados, una brillantez superficial y un tratamiento valiente de los más difíciles problemas. Por eso frecuentemente no se da preferencia a un esmerado informe sobre las excavaciones, ni al análisis escrupuloso de la cerámica o de los utensilios de sílex, ni a las publicaciones, sino a las generalizaciones, a las conclusiones sensacionales, al esclarecimiento de los problemas de la etnogénesis de los pueblos de la URSS, a las monografías, a los títulos de «historia antigua». Con frecuencia esas monografías aparecen, sobre todo, como resúmenes tanto de los informes como de las publicaciones y de la clasificación del material, pero a veces salen a la luz sin esto y sin ningún apoyo documental. Mediante estos libros el lector no especializado puede advertir con satisfacción que todos los problemas de la historia antigua de su pueblo han sido bien resueltos. El lector arqueólogo ojea estos tomos en vano, con la esperanza de encontrar una base seria en las conclusiones (Formosov, 1977, p. 10).

Formosov constata lo negativo «de la tendencia a editar ... esquemas de trabajo sin reserva alguna y sin argumentación detallada», y «citar colecciones no publicadas» sin descifrar su situación y carácter.

> Nosotros de ninguna manera nos hemos topado con hechos sencillos —escribe—. Nosotros hemos nombrado a una serie de arqueólogos, tanto del centro como de la periferia, tanto los que han comenzado su camino como los que ya lo han acabado y han quedado como clásicos de nuestra ciencia. Este rasgo pertenece no sólo a un pequeño número de científicos, sino a una gran cantidad de ellos. A todos ellos les une la convicción de que ante la inexistencia de hechos sólidos se debe utilizar cualquiera, aunque sean los más dudosos (Formosov, 1977, p. 9).

Formosov pone el ejemplo de cómo la revisión crítica de las conclusiones y sus bases se repudian desde el principio con la teoría de que hace falta un «aporte positivo a la ciencia» y no practicar la «criticomanía»:

> Allí mismo se confirma que mi anhelo de ver inicialmente la publicación de los materiales, luego su clasificación y sistematización, y sólo después «la historia antigua», empuja a nuestra ciencia hacia atrás, hacia el viejo estudio burgués de los materiales. Esta repercusión no es casual (Formosov, 1977, p. 13).

Y resume Formosov:

> Así, la ambición de publicar no tanto los hechos e informes sobre las excavaciones como la generalización histórica, defender en calidad de disertación no la clasificación del material sino «los capítulos de historia antigua», ha originado un peligroso fenómeno. Se ha quebrantado la base de estudio de las fuentes de nuestras investigaciones. La farsa se infiltra en la ciencia. Lo más triste de todo esto es que muchos arqueólogos no tienen plena conciencia de la esencia de la cuestión (Formosov, 1977, p. 11).

Sin embargo este artículo se publicó en la revista *Sovietskaya arjeologuia* y Formosov fue elegido miembro del consejo de redacción (hace poco lo abandonó), y esto es un buen síntoma.

Dejando a un lado la cronología relativa

Otra consecuencia del acercamiento apresurado de las fuentes arqueológicas hacia la historia se puede ver en la relación *sui generis* de los arqueólogos soviéticos con la cuestión de la cronología. Ello es tan general y se presenta tan natural que se puede considerar una de las particularidades de nuestro pensamiento arqueológico, o incluso (por su relación con el nivel teórico) como fenómeno de la esfera de la subconciencia científica.

Cuando se encuentra un representante de la arqueología centroeuropea, sea alemán, polaco o checo, con un arqueólogo soviético, incluso si ambos tienen un notable dominio de lenguas extranjeras y un buen nivel de comunicación personal, queda claro desde las primeras palabras que en la temática cronológica hablan diferentes idiomas. El interlocutor centroeuropeo operará con conceptos tales como La Tène C2, La Tène D, periodo B1a, B2 y C1 de la época romana, como las etapas media y tardía de la «época prerromana tardía», etc. Hablará sobre las fíbulas Almgren 67 y Almgren 236, sobre las fíbulas Kostshevsky A, J, B/H, M/N, sobre cuencos Eggers 142 y 144, sobre los vasos de vidrio Eggers 238, sobre peines Thomas B y Thomas 11, etc. Su interlocutor soviético empleará los nombres descriptivos de esos mismos materiales: «fíbula con resorte alto», «con pedúnculo atado». Hablará de los siglos I-II, de finales del siglo II, de principios del III, de los siglos IV, V, etc.

Con el esfuerzo de muchos años por parte de cronólogos investigadores, se fundó un único sistema de cronología relativa para Europa. El sistema se basa en la observación de la evolución de los materiales en el tiempo en concordancia con el mé-

todo tipológico de O. Montelius, en la estratigrafía horizontal de los grandes cementerios (con cientos de cadáveres en cada uno), en las combinaciones de materiales agrupados en conjuntos. Para el arqueólogo europeo está claro, hoy, que la sucesión de fases en una cronología relativa tiene significación paneuropea. Cada nivel o fase proporciona una cantidad precisa de materiales interregionales e internacionales. Esto es como la vieja historia del grupo de amigos repitiendo los chistes numerados con anterioridad: era suficiente con decir sólo el número del chiste para que todos estallaran en una ruidosa carcajada.

Pero si la sucesión de las fases de la cronología relativa es suficientemente clara, en cambio los límites entre estas fases en la escala del cálculo absoluto del tiempo son más difusos. La red de la cronología relativa aún puede estrecharse y ensancharse. En este aspecto, la cronología relativa es absoluta, y la absoluta es relativa.

La discusión sobre la cronología del *oppidum* de Manching en Baviera es un ejemplo vivo de ello. Antes se consideraba que este *oppidum* desapareció en el año 15 d.C., durante la ocupación de Retsii por los romanos, y esta fecha sirvió a Kremer, Philip, Werner y otros como punto de partida para los cálculos cronológicos; pero en los últimos años han aparecido una serie de trabajos (Jristlein, Gliusnig, Rikgof, Godlovsky y otros) que impugnan esta tesis y proponen una fecha anterior, los años 50-60 a.C., con lo cual debería desplazarse todo el sistema de la cronología absoluta del La Tène tardío.

En los últimos años ha quedado claro que el comienzo de cada fase en diversas regiones de Europa no sucede en un mismo momento. Por ejemplo, la fase B de la época romana en Bohemia, en Pomerania occidental, en Eslovaquia y en la cultura *psevorskaya* de Polonia se inicia con intervalos de 20-30 años. Por ello la mayoría de los arqueólogos europeos se dan cuenta de que la instauración de fechas absolutas es una parte secundaria de la determinación cronológica y no la más importante. Así,

R. Hachmann nunca intenta determinar con fechas absolutas los límites entre los estadios antiguo, medio y tardío de su «época prerromana tardía» (Hachmann, 1961).

Los más sorprendentes y dramáticos cambios fueron los que el método radiocarbónico introdujo en la cronología del neolítico, el eneolítico y el bronce antiguo de Europa. Incluso G. Childe reconoció abiertamente que nuestra elección entre la cronología alta y baja de Europa fue arbitraria, y él mismo prefiere utilizar la cronología baja ya que es más cómoda para la concepción difusionista. Más tarde, Miloichich creó una cronología baja teniendo en cuenta la rigurosidad de sus principios metodológicos, y en ella creyeron firmemente muchos arqueólogos (y yo entre ellos). Cuando las dataciones del método radiocarbónico comenzaron a tener fuertes divergencias con respecto a la cronología baja, comenzamos a sospechar de la falta de objetividad de este método. Y sólo más tarde encontramos errores en la estructura de Miloichich, en su sincronización de las regiones del bajo Danubio y la Hélade con Troya. Pero la escala radiocarbónica tampoco es definitiva (quedan los problemas de calibración)...

Si para los arqueólogos occidentales y centroeuropeos la determinación de la cronología se descompone tajantemente en dos partes: relativa y absoluta, los arqueólogos soviéticos, temiendo caer en el pecado de estudiar los materiales, intentaban a toda prisa evitar la primera e inmediatamente ir a la segunda, directamente hacia la historia. Aunque en realidad, también ellos, en la mayoría de los casos, trabajan con categorías de relación de los materiales en conjuntos, pero esto no siempre se tiene en cuenta, por lo que las etapas separadas se incluyen rápidamente en la categoría «absoluta», frecuentemente con una desviación de dos o tres siglos. Por eso resulta que el cambio de las culturas se produce a menudo en el límite de los siglos.

¿Qué se obtiene entonces? Con la finalidad de dar a las investigaciones un carácter histórico, nosotros evitamos la etapa

del estudio formal tipológico (la ropa sucia se lava en casa), y el resultado lo expresamos inmediatamente en categorías de cronología absoluta. Dos procedimientos convergen en uno. Como resultado, al no prestar gran atención a la parte formal, y no obtener una cronología fraccionada y relativa, sino sólo datos absolutos, convencionales, aproximados e inestables, eliminamos la posibilidad real de confrontar los cambios observados en la esfera de la cultura material con la fijación de los acontecimientos históricos, es decir, nos alejamos de la búsqueda de la historicidad.

Los ejes estructurales verticales sin horizontales

El sistema de pensamiento con amplios horizontes cronológicos generales para toda Europa, propio de los arqueólogos centroeuropeos, es ajeno a los arqueólogos soviéticos. En su base se encuentra un sistema no elaborado de cronología relativa y un interés preponderante por «la historia antigua» de cada país por separado y no por horizontes cronológicos que relacionen diversas regiones. Sin embargo, esto se explica parcialmente por la especificidad del material: las estructuras y ritmos de desarrollo de la zona boscosa y esteparia del Cáucaso y Ucrania, los Urales y Asia central, son demasiado diferentes. Sin embargo, se pueden establecer las series de materiales interregionales de un mismo tipo (por ejemplo, Bokovenko, 1977), aunque sólo en categorías separadas, fuera del sistema. El único intento de superar esta situación y configurar un sistema único de la antigüedad de la Alta Edad Media fue el trabajo de S. K. Ambrosz (1971). Pero el primer intento no resultó un éxito completo y por algunos errores no se obtuvo el reconocimiento de los especialistas (Szasetskaya, Marshak; Shchukin, 1979).

En determinadas culturas de la parte europea de la URSS, por ejemplo las culturas *zsarubinetskaya* y *cherniajovskaya*, se hubie-

ra podido aplicar totalmente el sistema cronológico europeo. Ellas se han insertado bien en el ritmo de las culturas europeas, formando una de sus partes. Pero esto no sucede siempre. Lo impide la falta de experiencia en el desmembramiento cronológico intermitente, que se plasma en hábitos del pensamiento cronológico, así como la barrera idiomática y la ausencia de una escuela correspondiente. Todo aquello que el arqueólogo europeo asimila desde los escaños estudiantiles, en nuestro país, por norma, no se imparte en los cursos universitarios. Aprender, pues, el abecé por cuenta propia resulta, con frecuencia, difícil e incluso imposible. Para la determinación de la cronología del sistema europeo se utilizan uno o dos hallazgos análogos; no se comparan dos sistemas —el europeo oriental y el centroeuropeo—, sino objetos sueltos. Esta orientación frena la creación de amplios trabajos históricos y arqueológicos.

En los últimos años se ha perfilado un avance determinado, ha comenzado un cambio en los paradigmas del pensamiento cronológico. Se utilizan más ampliamente los métodos de estratigrafía comparada, aparecen tablas donde se correlacionan sincrónicamente algunas categorías de objetos o incluso de todo un conjunto (Kasparova, 1976; Afanasiev, 1979; Goldina, 1979). Y, por consiguiente, todo queda más claro, internamente se reconocen las diferencias operativas en la determinación de la cronología relativa y absoluta. Pero este proceso no funciona regularmente, ya que la metodología no está generalizada. El punto de vista cronológico de los arqueólogos soviéticos sigue siendo «vertical», sumergido en la columna cronológica de su región, sea el Pricamie, el norte del Cáucaso o Crimea. La discusión en el simposio de 1976 en Leningrado («La problemática de la cronología de los yacimientos de Eurasia en la Alta Edad Media») mostró todo esto con claridad. En las comparaciones de columnas cronológicas, expresadas con dataciones absolutas, inevitablemente surgieron contradicciones. El punto de vista «horizontalista» de los europeos a lo largo de un estrato completo de

cronología relativa, que tiene significados diferenciadores regionales absolutos, nos resulta ajeno. Por otra parte, se perfila la superación de este defecto. Así, V. S. Bochkariev saca a la luz amplios estratos de cronología relativa para la edad del bronce.

Las investigaciones a nivel «atómico» y «molecular»

La arqueología piensa pocas veces en cuestiones estratégicas a la hora de clasificar el material arqueológico: ¿reunirlo o no en grandes grupos, o dividirlos? Los investigadores dejan que el subconsciente guíe su forma de actuar. Según la terminología norteamericana, los arqueólogos soviéticos no se relacionan en general con los «rompedores» (*splitters*), sino con la denominada «gente del montón» (*lumpers*). Formosov (1959, p. 8) habla de esta predilección con una referencia a la interpretación histórica: «Nosotros no podemos seguir las huellas del destino histórico de cada pequeño grupo humano prehistórico», y además no es necesario. Existen opiniones contrarias (Klejn, Miniaev y otros, 1970), pero predomina la tendencia formulada por Formosov. La cuestión no se limita a la clasificación, se trata de toda la visión investigadora de los arqueólogos soviéticos.

El tejido de la cultura reconstruida del pasado en las investigaciones arqueológicas soviéticas es más burdo, ordinario, que el de las investigaciones centroeuropeas. Aquí las rejillas de la red son para grano grueso, allá para grano fino (Shchukin, 1974). Esta particularidad del pensamiento arqueológico de los arqueólogos soviéticos se puede explicar no sólo por el miedo a la generalización histórica, sino por el aislamiento territorial de los trabajos, por la extensión del país, por la escasez de especialistas en algunas regiones. Es suficiente comparar los mapas arqueológicos de Europa oriental y Europa central para convencerse de que la red de yacimientos en Occidente es, sin comparación, más densa.

Así, comparando las culturas del mismo tipo: enterramientos en fosas, catacumbas de la época del bronce de las estepas pontocaspias y las culturas neolíticas tardías de enterramientos individuales de Jutlandia, obtenemos las siguientes cifras (Klejn, 1978, pp. 229-230): en Dinamarca (territorio de 43.000 km²), a principio de los años cuarenta se habían excavado 1.800 complejos, eso significa una media de 27,4 complejos por 1.000 km² (de ellos en 1972 fueron publicados cerca de 850, o sea 1,7 por 1.000 km²). Esta diferencia es aún más notable si tenemos en cuenta que la cultura de Jutlandia en ningún caso supera más de cinco siglos, y los enterramientos en fosas y catacumbas en algunos lugares se dieron a lo largo de mil o dos mil años. Y aunque en algunas regiones de la estepa (equivalentes a Dinamarca por su tamaño) los yacimientos excavados son significativamente más abundantes, sin embargo en otras zonas (comparables por su tamaño con Francia) son bastante menos frecuentes que la media observada.

Ahora las excavaciones en esas mismas estepas producen anualmente unos 800 complejos nuevos de catacumbas y fosas, pero en nuestro espacio territorial esto significa que, si se conserva este ritmo, sólo en la primera década del próximo siglo la densidad de la red alcanzará el nivel de Dinamarca en los años cuarenta del siglo XX. ¡Y eso que las culturas pontocaspias de la edad del bronce son una de las partes de nuestra herencia arqueológica más intensamente investigada! A los daneses o a los franceses, por supuesto, les es mucho más sencillo cumplir con su pequeño territorio arqueológico, que a nosotros con nuestro inmenso territorio. En efecto, la densidad de yacimientos allá y aquí es aproximadamente igual, pero la actual densidad de población y el número de arqueólogos allá es notablemente superior.

Como resultado, los arqueólogos centroeuropeos han chocado en los últimos años con problemas que para nosotros aún son cosa del futuro. Ahora, allá, se observa una compacta dis-

tribución de sepulcros y asentamientos de una época, lo que refleja no sólo la intensidad en que han sido estudiados los diferentes territorios a nivel arqueológico, sino el cuadro real aproximado del poblamiento primitivo.

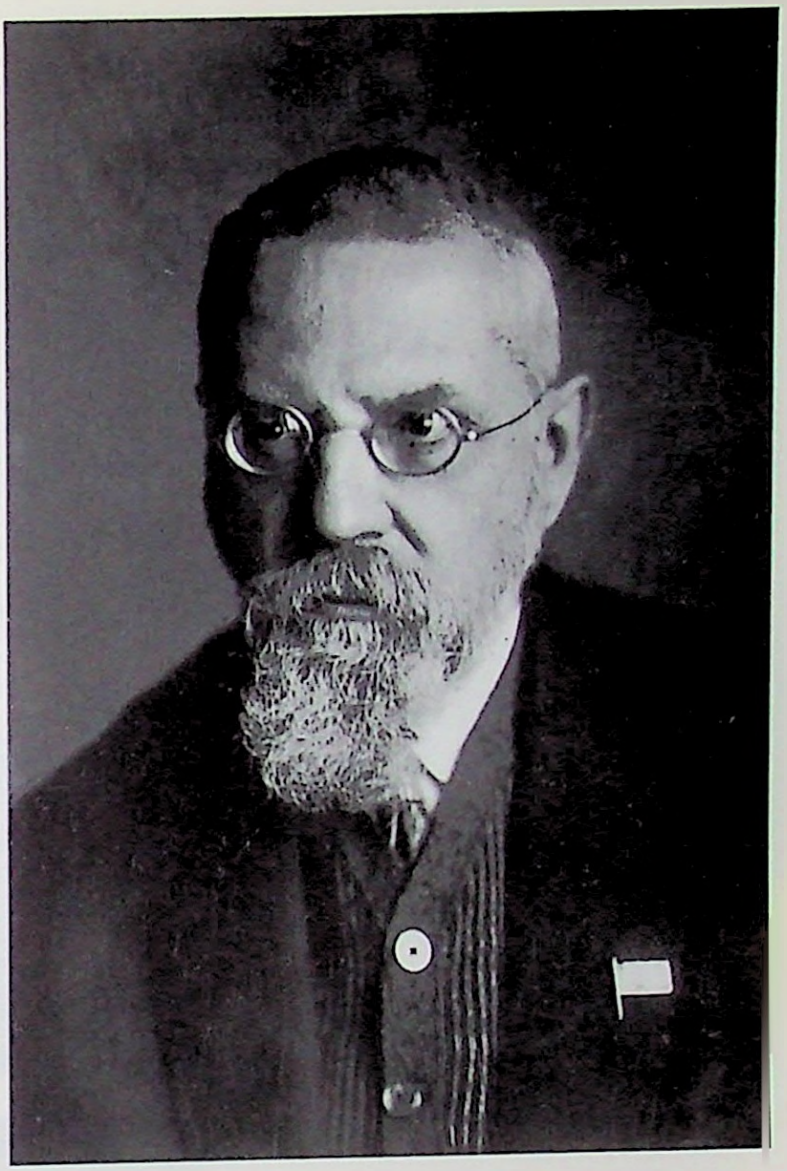
Las culturas arqueológicas que quedan como unidades taxonómicas básicas para los arqueólogos soviéticos, en Europa central comenzaron a disgregarse comparativamente en pequeños grupos de yacimientos, en la *skupienia*, como dicen los polacos, o en *Siedlungskammern*, como dicen los alemanes. Se distribuyen con frecuencia en los límites de una microrregión geográfica y están separados por zonas vacías. Se lleva a cabo la transición del nivel de investigación «molecular» al «atómico». La investigación en el nivel «atómico» conduce a la conclusión de que no todas las «cámaras» están en los límites de una cultura al mismo tiempo; su mosaico constantemente cambia. Incluso se descubrieron diferencias en la fisonomía de la cultura material de las «cámaras». Las fronteras entre las culturas resultaban imprecisas, y reconstruido en el nivel «atómico», el cuadro histórico es representativamente más dinámico y complicado (Okulicz, 1970; Wologiewicz, 1970). Probablemente esta es una de las razones por las cuales a la arqueología soviética aún no han llegado las investigaciones ecológicas y detallistas de las microrregiones, que guiaban, hace ya unas décadas, a los colegas ingleses y norteamericanos. No llegaron hasta nosotros tampoco con suficiente impulso los análisis minuciosos de la fina red de correlaciones territoriales entre asentamientos, etc. («análisis espacial», «arqueología espacial»).

La acumulación de materiales, en el futuro, debe conducir también a los arqueólogos soviéticos al nivel «atómico» (con esto están de acuerdo los investigadores de la cultura de Tripolje y de los primeros eslavos), y entonces muchos de los problemas discutidos en la actualidad respecto al origen y evolución de diversas culturas arqueológicas pueden adquirir un matiz completamente nuevo.

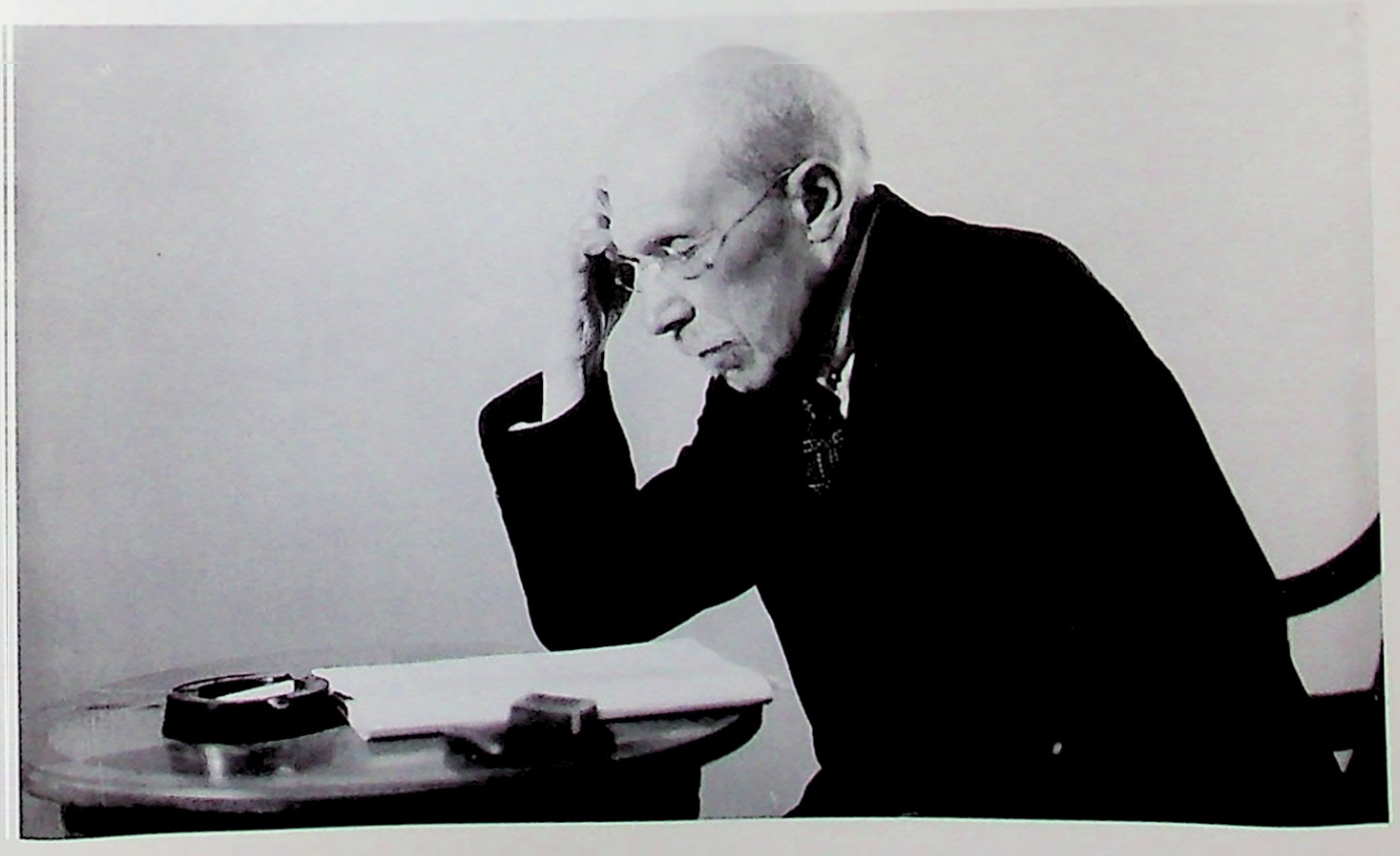
Estas son algunas de las consecuencias generales de la «historización» de la arqueología. El autor de las presentes líneas y sus correligionarios están lejos de consentir que la arqueología se aleje de la historia (Klejn, 1973). No somos partidarios de apartar la arqueología del historicismo. Pero hay historicismos e historicismos. A diferencia de nuestros contrarios, nosotros no hablamos del historicismo de la arqueología, sino del historicismo en la arqueología. Nosotros intentamos reflejar este principio en la formulación de los problemas importantes (el problema de la herencia y los cambios de las culturas), en la elaboración de conceptos capaces de caracterizar el desarrollo (concepción de las secuencias), en la representación de las mismas concepciones que se desarrollan (por ejemplo, «antigüedad», «yacimiento», «artefacto», «fuente»), etc. Nosotros pensamos que tal aplicación del principio del historicismo no aleja a la arqueología de la historia, sino que la acerca a ella.

Además, hay otras ciencias cuya orientación no hay que menospreciar: sociología, culturología. Hace veinte años, dirigiéndome a los norteamericanos, les reproché que ignorasen la historia: la arqueología norteamericana hace mucho «creció en el seno de la antropología» y colabora única y exclusivamente con disciplinas antropológicas, con la antropología cultural y física, psicología, etc. La historia no está incluida en esta enumeración. «¿Por qué no la historia?», pregunté (Klejn, 1971b), y argumenté mis reproches. Pero el extremo opuesto es para mí igualmente inadmisible. ¿Por qué sólo la historia?

1. M. N. Pokrovsky.



2. S. A. Zhebelev (San Petersburgo).



3. V. A. Gorodtsov (1860-1945) (Moscú).

4. A. A. Spitsyn (1858-1931) (San Petersburgo).

5. Condesa P. S. Uvarova.

6. A. A. Miller (1875-1935) (San Petersburgo).

7. M. M. Rostovtsev (1870-1952).

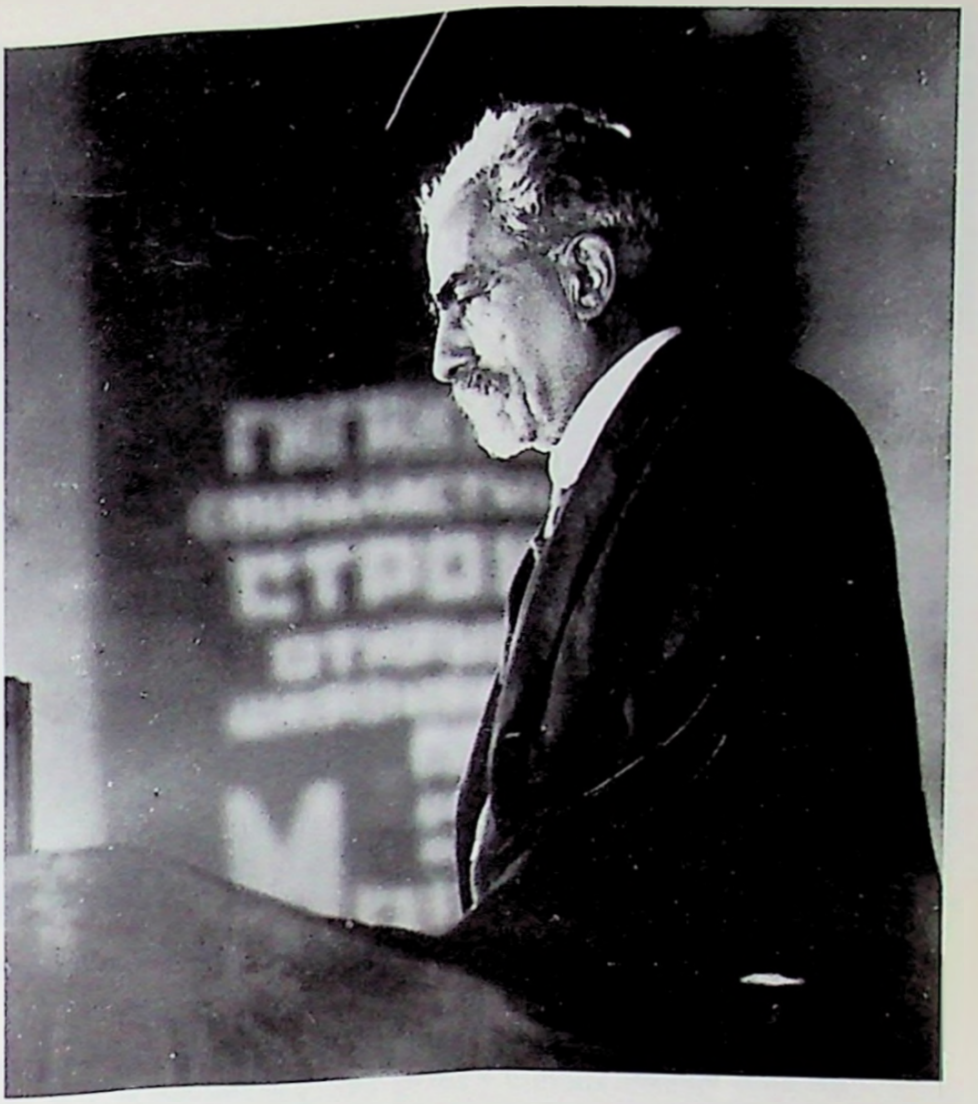
8. S. A. Kiselev (Moscú).

9. M. P. Griazsnov (Siberia).

10. A. N. Bernshtam.

11. B. V. Farmakovsky en 1925.

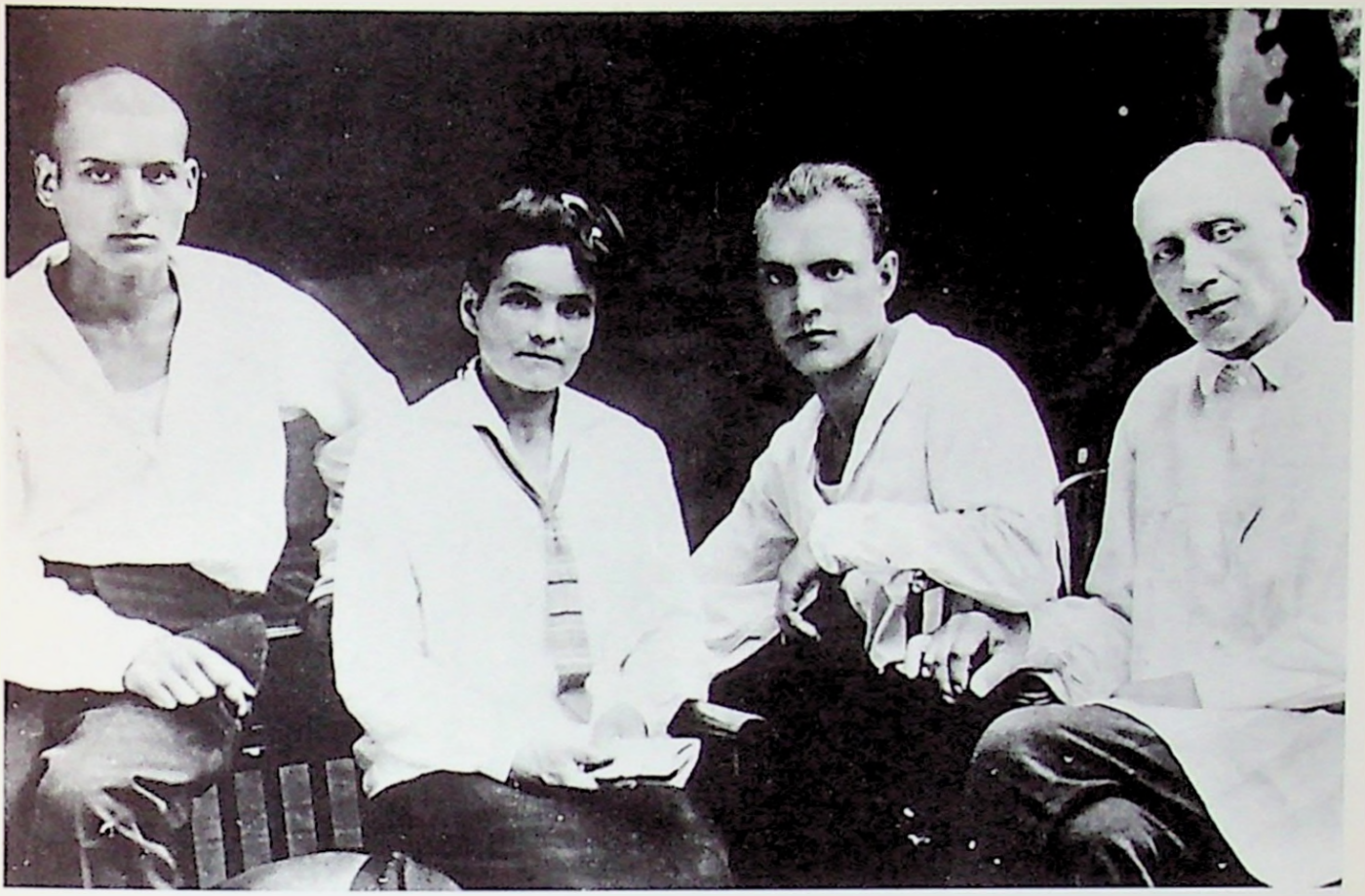
12. N. I. Marr (1865-1934) hablando ante el Congreso soviético.



13. Funeral de N. I. Marr (1934).

14. S. N. Zamiatnin (de espaldas) y P. N. Tretiakov en Konstienki, en 1927.

15. P. P. Efimenko (centro) y P. I. Boriskovsky (derecha) en Konstienki, a finales de los años veinte.



16. P. N. Tretiakov en los años veinte (el segundo por la derecha).

17. Arriba, a la izquierda, Boriskovsky; abajo, sentados, Y. Krichevsky (1910-1942), Karguer, M. I. Artamonov, V. I. Ravdonikas (1894-1976) y Gaidukievich.

18. Sesión de arqueólogos en San Petersburgo; a la izquierda, Efimenko, y de frente, sonriendo, Boriskovsky.

19. Manifestación de la Academia de Historia y Cultura Material en la avenida 25 de Octubre de Leningrado (1 de mayo de 1931).

20. S. A. Semenov y A. P. Okladnikov.

21. A. N. Rogachev y N. Prazlov en Konstienki, a mediados de los años sesenta.

22. M. I. Artamonov, director del Hermitage, en los años setenta.

23. B. B. Piotrovsky, sucesor de Artamonov en la dirección del Hermitage.

24. V. F. Guening (Kiev).

25. V. M. Masson, director del Instituto de Historia de la Cultura Material de San Petersburgo.

26. M. P. Griazsnov en los años setenta.

27. L. S. Klejn.

28. Tipo de exposición con carga ideológica (1933). Sección de Metodología Marxista-leninista del Departamento de Culturas Antiguas de la Región del Mar Negro.

29. Arqueología callejera. Exposición de temas prehistóricos en una papelería de Leningrado (1934).

6. LA ARQUEOLOGÍA DE LA GRAN POTENCIA: DIFICULTADES DE COMPOSICIÓN

> La historia ... el producto más peligroso, elaborado con la química del intelecto ... Ella llama a los sueños, embriaga pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, aumenta sus reflexiones, irrita sus viejas llagas, perturba su tranquilidad, les conduce a la manía de grandeza o a las persecuciones y hace a las naciones amargas, arrogantes, insufribles y vanas ...
>
> PAUL VALÉRY, *Comentarios sobre la grandeza y declive de Europa*

El imperio soviético, mirándose al espejo con ideología propia, se veía a sí mismo no como un imperio, sino como una federación libre, una reunión de estados con igualdad de derechos. Y tomó una serie de medidas para que todos lo vieran del mismo modo. Pero frente a esto se erguía el Estado unitario plurinacional, es decir, el imperio. Su centralismo nunca visto y sin precedentes tenía también el mismo aspecto; el centro se personificaba en la capital. Y muchas periferias eran provincias nacionales, muy parecidas a una colonia.

Y éstas no eran del todo colonias, porque una ideología que pretendía ser internacional no podía prever ese estatus. Y como

la URSS era un Estado ideológico, casi teocrático, se hizo lo posible para que las provincias nacionales —las repúblicas unidas y las autónomas— se diferenciaran de las colonias. Pero no podían renunciar del todo a las ambiciones imperiales: por una parte, por el vínculo con la antigua tradición, y por otra, porque las nuevas tareas de mecenas exigían el poder de la potencia, pero centralizada, ya que de otra forma, como sistema de equipo administrativo, esta potencia no se hubiera podido mantener.

Y he aquí que vivía un imperio que, avergonzado de serlo, se engalanaba con la vestimenta del federalismo. Y las repúblicas nacionales se vieron a sí mismas desempeñando unas veces el papel de estados soberanos, y otras el de colonias. En esta contradicción se encontraban y vivían las periferias nacionales.

Por un lado, el centro favoreció el desarrollo de las culturas nacionales: creó academias nacionales, teatros, imprentas, literatura, ciencia; amplió el crecimiento de los cuadros nacionales, creó para ellos proteccionismos, frecuentemente condiciones de invernadero (ventajas para entrar en los institutos de educación superior, críticas suaves, concesiones a gente mal preparada).

Por otro lado, prohibió la independencia socavando la economía nacional, destruyendo los medios de subsistencia propios, implantando, en determinados sitios, una administración rusa o control ruso (con nomenclatura nacional) y estimulando la migración desde el centro. Para esto también se esperaba y exigía un constante elogio a sus servicios y un interminable reconocimiento al «hermano mayor», que humillaba a los habitantes locales. En algunas repúblicas se produjo una rusificación total (a raíz de la mezcla masiva de la población, de la distribución centralizada de todo y de todos, etc.). La lengua rusa rápidamente desplazó a las lenguas locales en Bielorrusia, Ucrania oriental, Letonia, Estonia, Moldavia, Kazajstán, Tartaria. Las repúblicas de la Unión, tan diferentes en sus costumbres y en su nivel de desarrollo, en su religión y en su extensión, se adaptaron a un esquema único de dirección y transformación, se nivelaron.

Esto trajo como consecuencia una insatisfacción natural de la población local. La insatisfacción fue reprimida inflexible y operativamente; se tomaron medidas preventivas: se cambió a la dirección local, se deportó a la intelectualidad y se llevó a cabo un trabajo educacional. Y no quiero hablar de la destrucción y liquidación de repúblicas completas con la deportación de todo el pueblo.

La arqueología en estos estados con gobiernos marionetas era muy variada. En unos (por ejemplo, en Asia central, Kazajstán y Moldavia) fue creada y desarrollada por los colegas rusos; los cuadros nacionales se formaron en universidades rusas o en la tierra natal, con catedráticos rusos. En otros (por ejemplo, en Ucrania y en el Transcáucaso) tenía fortísimas tradiciones locales. Y en otros (particularmente en los bálticos y Ucrania occidental), las escuelas nacionales se estructuraron en épocas de independencia y luego fueron preparadas para ser incluidas en la ciencia nacional.

Pero todos ellos se topaban con el mismo problema: a todos les tocó desarrollarse maniobrando entre acusaciones de nacionalismo y acusaciones de rusificación, entre Escila y Caribdis.

La rusificación directa no se estimuló desde el centro: podía dar lugar a protestas abiertas, y además no ligaba con su declaración de principios. Por ello a los gobiernos locales se les concedió la posibilidad de realizar algunas iniciativas para complacer el amor propio nacional: enaltecer a los antiguos héroes nacionales, restaurar las reliquias nacionales, editar literatura arqueológica en las lenguas nacionales, etc. Pero la inclinación hacia el nacionalismo se observaba como si fuera aún más peligrosa que la rusificación: amenazaba con llegar a la separación. Por eso se castigaba rigurosamente cualquier intento de declarar la verdadera independencia; se condenaba la simpatía hacia los héroes nacionales relacionados con la lucha de liberación contra Rusia (Shamil, Manas); y los alfabetos tradicionales (árabe en Asia central y en el bajo Volga, y latino en Moldavia) se sustituyeron por el cirílico.

A los profesionales locales, o se les cuidaba muy bien, o cuando levantaban la cabeza eran exterminados cruelmente. Un terrible golpe a las escuelas arqueológicas locales fue la destrucción de la *kraieviedienie* en 1929-1934. La *kraieviedienie*, y con ella las escuelas arqueológicas locales, fueron eliminadas por completo en muchas regiones. En Ucrania se eligió un nuevo colectivo de arqueólogos, y gran parte de ellos eran rusos. Durante mucho tiempo después los arqueólogos más destacados de Kiev procedían de Leningrado: L. M. Slavin, P. P. Efimenko (aunque es de origen ucraniano), S. N. Bibikov (de Asia central), A. I. Terenozhkin (de los Urales) y V. F. Guening. Por supuesto, no es el hecho de su llegada lo que está mal, sino las razones, condiciones, los acontecimientos precedentes.

Pero para los arqueólogos rusos esta situación tampoco era agradable. Con el aumento de profesionales locales, los arqueólogos del centro de pronto comenzaron a sentirse incómodos con una incompetencia indeseada. Se les desplazó imperceptiblemente de las diferentes regiones, no se les concedieron más permisos para excavar en las *repúblicas*, no se les permitió utilizar los materiales de los museos (además, ni en el centro resultaba siempre fácil el acceso a los museos). La carrera científica de muchos de ellos se desarrolló con imprevistos e indeseables zigzags; de repente hacía falta migrar desde el centro a un medio de lengua extranjera, adaptándose o sometiéndose a los profesionales locales con una perspectiva no muy clara. Y más tarde, después de unos cuantos años, era necesario volver al lugar de procedencia, a la capital, y en vista de la privación de materiales cambiar de especialización.

Al mismo tiempo, en las nacionalidades periféricas los arqueólogos del centro se expusieron al riesgo de ser acusados bien de rusificación y no respeto a la población local, bien de nacionalismo local. Incluso el leningradense A. N. Bernshtam, judío rusificado especializado en arqueología de Asia central, cuando en los años cincuenta conjeturó que la invasión de los hunos no

había sido devastadora, fue etiquetado por la prensa de nacionalista turcoburgués.

Esta situación resultó nefasta y perniciosa para los arqueólogos locales. En una situación de condena del nacionalismo, una parte de ellos, desengañados de la capacidad de las fuerzas de la periferia para competir con los arqueólogos del centro, por los que sentían una profunda y sincera admiración, se asimilaron a ellos con presteza y cambiaron su lengua por la lengua rusa, convirtiéndose en arqueólogos rusos. La otra parte, por el contrario, desembocó en ambiciones nacionalistas.

Sus manifestaciones más sencillas eran el separatismo idiomático. Movidas por el orgullo nacionalista, las repúblicas (sobre todo las de Transcaucasia, las bálticas y también Ucrania) publican una parte significativa de literatura científica en sus respectivas lenguas nacionales. Ucrania edita incluso una revista científica de arqueología en ucraniano (*Arjeologuia*, con una tirada de 2.500 ejemplares).

A primera vista todo está en orden, todo perfecto, en la república se forma un idioma nacional para la ciencia y la cultura, se facilita el crecimiento de los profesionales locales.

Pero pensemos: ¿cuál es la finalidad de estas publicaciones?, ¿a quién van dirigidas? Cuando se publica literatura científico-popular de arqueología en la lengua nacional, o manuales para la difusión de diversas disciplinas, como matemáticas, medicina, literatura, queda claro que serán leídos por una cantidad determinada de población local. Pero ¿cuántos arqueólogos hay en la república? Unas cuantas decenas, con certeza no más de un centenar. Aunque el libro se edite en pequeñas tiradas, algunos cientos de ejemplares (y sin ningún beneficio), el tiraje queda como peso muerto o maculatura para reciclaje de papel. Mientras tanto, miles de lectores del centro y otras repúblicas esperan en vano información sobre los descubrimientos, materiales e investigaciones de los arqueólogos de esta región. ¡En realidad a

quien van dirigidos es a una gran masa potencial de lectores! Pero para la mayoría el idioma local es una barrera.

El argumento «a quien le haga falta, que estudie nuestro idioma» es ingenuo. Lo estudian una o dos personas, especializadas en la arqueología de la región, o bien empresas, que como máximo leerán dos o tres artículos. El argumento de los ucranianos «nuestros hermanos eslavos nos comprenderán» es erróneo. No se comprenden. Recuerdo cuando se dirigió a mí un estudiante ruso, perplejo por una duda referente a las publicaciones ucranianas: «se afirma que hay una persona enterrada, pero el sexo no se especifica»; «se informa que hallaron tres esferas, y en el dibujo no aparece ninguna» (la palabra ucraniana para «hombre» es *cholovik*, que en ruso significa «persona», ya que «hombre» en ruso es *mujchina*; la palabra *shar* en ruso significa «esfera», y, sin embargo, esta misma palabra en ucraniano significa «estrato», «capa-nivel»). ¡No hablemos, pues, de otros idiomas! Este problema no existiría si no se hubiese herido el amor propio nacional. Los noruegos y finlandeses editan excelentes revistas arqueológicas en inglés.

El amor propio herido a veces empuja a nuestros colegas de las repúblicas a una oposición mucho más radical. Convirtiéndose en rehenes del orgullo nacional, son capaces de reconciliarse con el atraso profesional, con la caída en el diletantismo, pero no aceptan inclinarse hacia el centro. En este contexto aparecen tres de las manifestaciones más características del síndrome de la ofensa nacional en las investigaciones arqueológicas.

La primera manifestación consiste en demostrar por todos los medios su gran antigüedad y la ocupación desde siempre de su actual territorio. Con esta idea de la gran antigüedad del pueblo y sus raíces locales, todos los yacimientos del mencionado territorio se inscriben en él, todas las culturas se anuncian como peldaños en el proceso de su formación cultural. En la base semántica de esta idea se encuentra el tan cacareado «derecho histórico». Las hipótesis sobre el autoctonismo tienen un atractivo

extraordinario para los arqueólogos locales de esta tendencia, así como para los aficionados. Para la elaboración de tales concepciones utilizan los mismos métodos que los autores de la concepción autoctonista del origen de los eslavos. Imitan al académico Ribakov, pero sustituyen a los eslavos por otro pueblo, moldavos o azeríes, negando de todas las formas posibles la existencia de antiguos asentamientos eslavos en Moldavia, o en el caso de Azerbaiyán, negando la existencia de asentamientos no azerbaiyanos.

La segunda manifestación del síndrome de la ofensa nacional es la búsqueda «de los nobles antepasados»; este origen puede ensalzar al pueblo ofendido ante él mismo y ante los ojos de los vecinos. Los osetes, a través de sus arqueólogos, resaltan, de todas las formas habidas y por haber, su descendencia de los escitas, aunque de hecho están relacionados con unos parientes de los escitas, los sármatas. Para los moldavos serían los dacios; para los azeríes, los albanos (aunque los albanos nunca fueron turcos como los azeríes), y para los armenios, los urartu (aunque éstos no eran indoeuropeos como los armenios).

La tercera manifestación es la guerra en los mapas arqueológicos. Los representantes de cada pueblo ofendido hacen todo lo posible por situar el territorio de su pueblo en la más remota Antigüedad o representar la tierra de sus «nobles antepasados» de la forma más amplia posible, cubriendo hasta los territorios de sus actuales vecinos (especialmente si estas tierras son objeto de cualquier pretensión por parte de los gobiernos vecinos de dichos pueblos). También en los vecinos se da este expansionismo ilusorio. Existe una disputa por los territorios en los mapas que amenaza con convertirse (y ya se ha convertido) en choques reales. Cada bando niega la presencia en su territorio de yacimientos pertenecientes al pueblo del otro bando rival. Así, hace algunas décadas que existe una guerra entre los arqueólogos armenios y georgianos por la herencia del estado de Urartu, y en la actualidad, entre los armenios y azerbaiyanos, por la herencia cultural y territorial de Artsaj-Karabaj.

De esta forma, la arqueología toma parte en la demarcación de líneas divisorias de los territorios, que se incorporaban a la Unión (actualmente ya incorporados), e incluso llega a avivar estos conflictos. Y, ciertamente, allí donde fue posible, las investigaciones arqueológicas se utilizaron para negar los antecedentes eslavos y rusos fuera de las fronteras de Rusia y Ucrania, aunque hubiera población eslava, viviera e incluso influyera verdaderamente en la población local (como en Moldavia).

El centro, ante estos reflejos de sus pecados, reaccionó de diversas maneras. Se había roto el agradable cuadro de la amistad de los pueblos. Las primeras señales del centro fueron desde el primer momento radicales: la teoría de las etapas reconoció el autoctonismo, pero no reconoció la presencia de raíces étnicas particulares, y con ello se puso punto final a la discusión. Cuando fueron reconocidas cada una de las etnias y aparecieron opiniones diversas, hubo que tomar algunas medidas capaces de acabar con la segregación. Así, en las recopilaciones de la Unión en los años cincuenta y sesenta, según una graciosa invención de B. B. Piotrovsky, el conflicto entre georgianos y armenios por Urartu se resolvió de manera muy sencilla: unos y otros tenían su origen en Urartu y, por tanto, antepasados comunes (aunque estos pueblos pertenecen a diferentes familias lingüísticas); más tarde también esta línea de reconciliación resultó insuficiente.

Habría sido necesario desaprobar categóricamente el mismo principio del «derecho histórico». Pero entonces se hubiera tenido que sacrificar el «derecho histórico» de los eslavos en el territorio ocupado por ellos (y hasta la superioridad de los eslavos ante los «forasteros»), y esto no agradaba del todo. ¡Como si los pueblos contemporáneos ocupasen una u otra tierra precisamente por el «derecho histórico»! ¡Como si la revisión del «derecho histórico» condujese al indispensable reparto de las tierras (y no al contrario: el reparto a la revisión)! ¡Como si las fronteras de la patria y su población se determinaran por la antigüedad de los asentamientos, por el «derecho histórico»! Y enton-

ces, ¿qué hacer con Siberia, Leningrado y Vladivostok? ¿Cómo han de sentirse los húngaros, que figuran en los manuales de historia como «el periodo de ocupación de la patria»?

Nuestra gran patria, ¿o acaso no es tan grande en relación a su tamaño? ¿Sólo tenemos una patria, o cada escuela arqueológica nacional tiene la suya? Estas preguntas son nuevas para nosotros, pero en esencia siempre estuvieron latentes en la arqueología.

Tenemos la esperanza de que nuestro país haya llegado a una revisión estricta de las interrelaciones entre los pueblos que lo componen y que esta revisión normalice la cooperación científica entre las comunidades arqueológicas nacionales.

Las disposiciones presentes y pasadas parecen indicar que la arqueología estaba preparada para esta normalización desde hace tiempo. A pesar de todas las contradicciones, las relaciones de las estructuras políticas con los arqueólogos de todo el país, de todas sus repúblicas, apoyaban en general las relaciones amistosas. Los arqueólogos del centro encontraron en las otras repúblicas cordialidad y hospitalidad. Con frecuencia en las expediciones trabajaban, entonces y ahora, grupos mezclados de diversas nacionalidades sin ningún problema. En Leningrado hasta hoy se puede observar una conmovedora inquietud de los arqueólogos ilustres respecto a sus jóvenes pupilos llegados de diferentes repúblicas. Y cuando salía la conversación sobre las manifestaciones xenófobas de los rusos o bien sobre el nacionalismo aduanero local, entonces tanto los arqueólogos rusos como sus colegas desde las repúblicas nacionales decían: éste no es de los nuestros...

Podemos estar convencidos de que la desintegración de la antigua Unión, la conversión de sus repúblicas en estados soberanos independientes, no destruye las tradicionales relaciones culturales y científicas. Ahora, cuando Rusia entra en la familia de los pueblos civilizados, los arqueólogos de Moldavia o Armenia no serán tomados aquí por foráneos, como tampoco los arqueó-

logos de Polonia o Francia. Pero los moldavos y armenios además conocen muy bien la lengua rusa y conservan la experiencia de una fuerte cooperación. Ellos están mejor preparados para su continuación.

¿Internacionalismo?, ¿la amistad de los pueblos?, ¿y por qué no? Esta es la norma. Puede que nosotros, con nuestra personalidad, estemos más cerca de esto de lo que parece.

7. LA ARQUEOLOGÍA BAJO LA BANDERA ROJA

> Ellos aman siempre a su maestro,
> pero más muerto que vivo.
> Cuando el maestro vive, él puede preguntar
> la lección, y entonces les sentará mal.
> Pero cuando el maestro muere, ellos mismos llegan
> a ser maestros, y ahora el mal se hace a otros.
>
> L. ANDREEV, *Judas Iscariote*

A finales de los años veinte, cuando en el orden del día figuraba la tarea de convertir a la joven arqueología soviética en marxista, A. Y. Briusov inicialmente consideró que esta tarea no era muy difícil, sino más bien simple: «La arqueología fue y es, por contenido y método, una ciencia marxista. Casi todos los arqueólogos tuvieron que basarse en las fuerzas de producción, en los instrumentos de trabajo ... De la base hacia la superestructura, el marxismo ha sido siempre el eslogan inconsciente de los arqueólogos» (1928, pp. 10-12). Pero la intensa campaña de finales de los años veinte hasta comienzos de los treinta muestra que la tarea no resultó ser tan fácil.

Cuando los arqueólogos soviéticos se dejaron arrastrar por la desobjetivización de la arqueología, uno de ellos, el catedrático y director del GAIMK de Leningrado, S. N. Bikovsky, en

la convención nacional de toda Rusia, intervino con el informe: «¿Es posible una arqueología marxista?» (1932a). Los jóvenes moscovitas criticados en este artículo se defendieron con otro cuyo título resultaba arbitrario y con doble sentido: «Origen, desarrollo y desaparición de la arqueología marxista» (Artsikovsky, Kiselev, Smirnov, 1932). El doble sentido y la arbitrariedad consistían en que los autores se referían a la injusticia de separar precisamente a la arqueología del nuevo sistema marxista de las ciencias, mientras que el lector podía interpretarlo a su manera: como la liberación de la arqueología soviética del marxismo. Los autores hacían alarde de su valentía (absolutamente sin sentido unos años después) y de lo paradójico de la formulación: se sobreentiende que si la arqueología es soviética, está por supuesto inseparablemente relacionada con el marxismo, y cuestionar esto resulta ridículo. La indivisibilidad de estas relaciones no se pone en duda, ni en la ciencia soviética, ni fuera del entorno soviético.

Por cierto, y esto no es una paradoja, la arqueología soviética en esencia nunca fue estrictamente marxista. No era rigurosamente marxista, ni sólo marxista. Con frecuencia se encontraba muy lejana al marxismo, en muchos aspectos no tenía necesidad de él, en otras afirmaciones lo contradecía o no extraía de él ninguna conclusión.

A una opinión análoga llegó algunos años antes el arqueólogo de la RDA, G. Behrens, quien trabajaba como director de un importante museo en Alemania Democrática y tras su jubilación marchó a la RFA (el libro llegó a mis manos después del envío de este trabajo a la editorial, así que esta cita y comentario son una adición). Behrens escribe:

> En su esfuerzo por aplicar a la interpretación de la arqueología prehistórica y protohistórica los puntos de vista marxistas (no nos detendremos a profundizar si han sido siempre marxistas), los miembros del partido comunista pretenden que su arqueolo-

> gía es marxista, y que ellos mismos son arqueólogos marxistas. Al respecto se puede decir, simple y claramente, que no hay ninguna arqueología marxista, sólo existe la arqueología con aspectos marxistas [en alemán significa «con puntos de vista», «con interpretación». L. K.]. Pues si se toma como medida de juicio no las pretensiones sino la realidad de aquellos arqueólogos que se autodenominan marxistas, vemos que trabajan con métodos conocidos desde hace tiempo, que fueron elaborados durante el desarrollo histórico de la ciencia arqueológica ... No hay una arqueología marxista prehistórica ni protohistórica ... (pero hay arqueólogos estrictamente marxistas, y hay arqueólogos que sostienen los puntos de vista marxistas) (Behrens, 1984, pp. 57-58).

Subrayo solamente que la división señalada por Behrens de marxistas y no marxistas de acuerdo con el principio de ser miembro o no del partido, es posible y significativa en las condiciones de la República Democrática Alemana entre los años cincuenta y setenta, pero no es un ejemplo válido para nuestro país. Cuando, por las condiciones dadas, la cifra de miembros del partido pasó a decenas de millones y los otros partidos no estaban permitidos, la militancia partidista, a menudo, era sencillamente una prueba o constancia de la actividad social de las personas o un medio para hacer carrera, y no una característica de las convicciones filosóficas o políticas. El luchador incondicional por la reafirmación del marxismo en la arqueología, V. I. Ravdonikas, no era miembro del partido, y A. N. Rogachev, muy alejado de los estereotipos del marxismo en la arqueología, era un empedernido comunista.

Y añadiré algo más (también después de haber acabado este trabajo): el arqueólogo de Leningrado M. P. Anicovich me informó que él también había preparado un trabajo cuya conclusión general concuerda con aquella a la que llegamos Behrens y yo: la arqueología soviética no era marxista. Por lo visto, esta no es sólo mi impresión particular y subjetiva, sino un ponderado punto de vista accesible para diversas personas ante una situación real.

El marxismo se diferencia de las otras doctrinas socialistas en que éstas son utópicas y él no. El marxismo es la representación científica de la futura organización igualitaria de la sociedad, de la prosperidad general y de los caminos para su logro. Su cientificidad, y por consiguiente su realidad, se observa en dos de sus pilares. El primero es la argumentación político-económica del carácter transitorio de la propiedad y, como consecuencia, la inevitabilidad del cambio del capitalismo por el comunismo. El segundo es el concepto de la lucha de clases y de la misión histórica de la clase obrera como natural y exclusiva, útil para la lucha por el poder y para la reorganización revolucionaria de la sociedad. Como cualquier factor cultural y biológico, geográfico u otro puede debilitar la significación de la argumentación político-económica, el marxismo prefiere ver la sociedad exclusivamente como una red de comunicaciones económicas y contradicciones, y al hombre como punto central, su núcleo.

Gracias al carácter convincente de esta argumentación se exige reforzar en lo posible la significación de la economía. En el marxismo se introduce la filosofía materialista; y otra doctrina filosófica, la dialéctica, se utiliza para argumentar la inevitabilidad de la transición revolucionaria hacia la nueva estructura. Las tareas de preparación de los obreros para la intransigente lucha de clases y la lucha partidista exigen la renuncia a la religión cristiana. Para el partido comunista, esto, junto con el materialismo, conduce a la necesidad del ateísmo. Y, por fin, reconociendo la división de la sociedad en clases sociales antagónicas, y apoyando la solidaridad de clases a nivel mundial, los marxistas, naturalmente, despreciaban las divergencias nacionalistas, difundían el principio del internacionalismo y tenían como objetivo la revolución mundial. En los movimientos de liberación nacional, así como en los movimientos democráticos, vieron la posibilidad de tener aliados para la revolución comunista. Teniendo en cuenta los éxitos de los movimientos democráticos, el crecimiento de la influencia de los parlamentos y la amplia-

ción de los derechos electorales, el marxismo no excluyó la transición pacífica al poder de los partidos obreros: en efecto, según la teoría marxista, el proletariado está formado por la mayoría oprimida del pueblo en sociedades con un capitalismo desarrollado. Desde esta perspectiva, los partidos obreros, dirigidos por el marxismo, comenzaron a autodenominarse socialdemócratas.

De esta manera se formó el marxismo en el siglo XIX.

Lenin consideró la aparición de los monopolios capitalistas como signo de que el capitalismo ya estaba maduro para una rápida socialización de los medios de producción, y vio en las guerras por el nuevo reparto del mundo la manera más cómoda de hacer circular las armas dentro de la sociedad. Sin embargo, actuaba en un país campesino atrasado, en donde la clase obrera no constituía la mayoría de la población, por lo que tuvo que introducir en el marxismo algunas innovaciones: la alianza con el campesinado (y con los movimientos nacionalistas), y asimismo la exigencia de instaurar durante un periodo de transición la dictadura del proletariado, la dictadura de la minoría de la población sobre la mayoría. Para toda esta actividad revolucionaria hacía falta un nuevo partido: disciplinado, formado profesionalmente, preparado para la lucha y para la ocupación armada del poder y su mantenimiento. Para diferenciarse de los marxistas que no reconocían estos nuevos principios, los seguidores de Lenin comenzaron a autodenominarse comunistas, retomando la autodenominación original. (Más tarde, en la sociedad futura comenzaron a diferenciarse dos estadios: la perspectiva real, el socialismo; y el lejano y confuso ideal, el comunismo.)

Lenin también introdujo en el marxismo un programa concreto de construcción de una nueva estructura y, haciendo piruetas en la política práctica, frecuentemente cambiaba los principios iniciales aplicándolos a las circunstancias reales. No funcionó bien con la socialización de las propiedades. Al eliminar los intereses individuales, la gente fue dejando de trabajar, y hubo que coaccionar a todos los niveles para que volviesen al trabajo.

Tampoco funcionó la propagación de la revolución mundial; se tuvo que construir el socialismo en un solo país y aisladamente, y debido al atraso en que se encontraba, se mantuvo durante muchísimo tiempo no sólo la dictadura, sino también el ejército. La producción centralizada y planificada necesitaba de un aparato burocrático enorme, y éste, «haciéndose cada vez más incontrolable» (según la expresión de Lenin), concentraba cada vez más en sus manos el poder real, convirtiéndose de hecho en el propietario de los medios de producción. Se obtuvo no un socialismo, sino una estructura de cuartel, militar-feudal, semejante a la organización de los asentamientos Arakcheiev («socialismo real») [Arakcheiev, general y ministro de Alejandro I, implantó un régimen despótico y de disciplina prusiana]. Al encontrarse con revueltas y levantamientos, Lenin solucionó el asunto con la NEP [Nueva Política Económica], una evidente desviación de los antiguos ideales: la propiedad privada restaurada compaginaba con el capitalismo de Estado. Pero Stalin, de nuevo, lo dirigió todo hacia las relaciones de cuartel, relaciones feudales, con evidentes componentes propios de la estructura esclavista (campos de concentración, etc.).

Este no es el lugar para sopesar la actitud del marxismo, valorar su realidad y acciones favorables. Actualmente, nosotros, los ciudadanos soviéticos, no estamos tan convencidos de ello como antes. De hecho no estamos nada convencidos, e incluso podemos decir, por propia y amarga experiencia, que estamos convencidos de lo contrario: después de siete décadas del «gran experimento», todo ha acabado en un gran fracaso. La economía del país ha sido destruida, el pueblo vive sin saciar el hambre, la gente ha vuelto al salvajismo moral. En cualquier país en el que el partido comunista haya llegado al poder, la realización de sus ideas conduce a la formación de regímenes totalitarios y a un brusco descenso en el nivel de vida de las masas populares. El marxismo resultó ser tan utópico como las demás doctrinas socialistas. Pero el análisis de sus errores no entra en las tareas de este libro.

No hay sitio aquí para determinar si el leninismo surgió necesariamente del marxismo, y el estalinismo del leninismo. Para nuestro tema lo importante es otra cosa: determinar cómo las situaciones enumeradas se reflejaron en la arqueología y cómo debieron haberlo hecho.

Si tomamos el leninismo como desarrollo y continuación del marxismo, vemos de inmediato que no lo utilizamos en absoluto en la arqueología, en el estudio de la prehistoria y la Antigüedad, ni en el análisis de los materiales de los yacimientos. Su pensamiento no se refería a esto, no tiene la menor relación con la arqueología (por cierto, en la época de la instauración de la arqueología soviética no se hablaba de leninismo); sin embargo, en 1970, el Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de la URSS editó el compendio *Las ideas leninistas en el estudio de la historia de la sociedad primitiva, el esclavismo y el feudalismo* (véase Zsajaruk, 1970). En la arqueología no hay sitio para las ideas leninistas como estructura, determinantes de la fisonomía de todas las áreas del conocimiento y comprensión de la sociedad primitiva (aunque algunas observaciones aisladas de Lenin acerca de la metodología general de investigación pueden ser útiles; véase, por ejemplo, Klejn, 1970).

Otra cosa es el marxismo. Su interés por la confrontación de la sociedad sin clases con la de clases, por la metodología materialista y las ideas ateas, por las transiciones dialécticas y las revoluciones sociales, no puede dejar de manifestarse en la arqueología soviética. El marxismo determinó no sólo la esfera de intereses de los arqueólogos marxistas, su aparato ideológico y el carácter general de las ideas, sino que exigía la elaboración concreta de determinadas concepciones. Los propios fundadores del marxismo se basaron en los conocimientos científicos de las comunidades primitivas y en los datos arqueológicos (Klejn, 1968a). En una palabra, era totalmente legítimo el intento de los arqueólogos por descubrir en su material huellas de aquellos hechos ya citados en las enseñanzas marxistas, comprobar su exis-

tencia y, partiendo de la metodología dialéctica-materialista, reconstruir estos hechos: la sociedad sin clases (preclasista), el surgimiento de las clases, la irregularidad del proceso cultural, la primacía de la producción, etc. Este intento podría considerarse arqueología marxista, y forma una parte indispensable del sistema marxista del conocimiento.

Sin embargo, en el curso del desarrollo de la arqueología soviética, los científicos que se consideraban marxistas siempre pretendían más: una elaboración más concreta y detallada de las ideas, una estrecha y total coincidencia con los dogmas, diferenciar con más precisión las concepciones marxistas de las no marxistas.

Ciertamente, está claro que cuando ya están delimitadas las doctrinas, es más fácil caer en el sectarismo. En el transcurso de los años, Marx se quejaba de que hasta sus yernos y cuñados le interpretaban erróneamente. «Si esto es el marxismo, entonces yo, desde luego, no soy marxista», exclamó (Marx, 1884/1954, p. 588). ¡Como si vislumbrase la realización estalinista de las ideas marxistas!

Se dogmatizaron incluso las tesis que de algún modo estaban unidas al marxismo, debido a la dirección que tomaba la historia de la ciencia, pero que se habían formulado anteriormente o fuera del marxismo, por ejemplo, la periodización de Morgan. Además, se dogmatizaron los hechos que, en algún momento, alguien había demostrado con una determinada idea marxista, e incluso las hipótesis sobre los hechos, por ejemplo, la consideración del matriarcado como estadio general del desarrollo. ¡Y pobre de aquel que dudase de este dogma! Todas estas situaciones, hechos e hipótesis se establecieron como normas marxistas. Cualquier desviación de estas estrechas normas era tratada como herejía, como apostasía.

En el marxismo existían y existen algunas tendencias importantes (la socialdemócrata o menchevique, el trotskismo, el neomarxismo de Frankfurt y otras escuelas), pero en la ciencia so-

viética sólo una era reconocida como válida: el leninismo. Todas las restantes se consideraban falsas, erróneas, nocivas, y no era posible basar los hechos en ellas. Formaban parte de estas doctrinas heréticas los puntos de vista de los científicos que apoyaban a los desviacionistas. De esta manera muchos dogmas fueron canonizados y se propuso a los científicos que se apartaran de los puntos de vista contrarios al marxismo, incluso de los claramente relacionados con él si no coincidían con el dogma elegido.

Era sorprendente, por decirlo de algún modo, el efecto de la deriva de los dogmas. Los marcos de la canonización no eran inmóviles: el marxismo que, en principio, no negaba el desarrollo (exigido por un cambio de situación), debió, con el cambio de dirigente, recolocar los límites entre las concepciones imperantes y las herejías. Todo lo que hasta entonces entraba en el texto canónico, si ahora quedaba fuera de los marcos establecidos, inmediatamente se tildaba de herejía. Así, a principios de los años treinta, reconocer la existencia de etnias era reprochable, pero durante los años cuarenta era necesaria la investigación de la etnogénesis. La pasión por la sociología, acaecida a finales de los años veinte y comienzos de los treinta, fue un rasgo imprescindible para la arqueología marxista; dicho de otra manera, constituyó el billete de entrada al marxismo. A mediados de los años treinta todo esto fue discutido y rechazado, y hasta los años sesenta y setenta no se permitió de nuevo la sociología. He aquí que lo que ayer se consideraban ideas profundas, hoy ya están catalogadas como simplismos, una vulgarización del marxismo, consignas primitivas. Y para mañana se esperaban nuevas instrucciones.

Como los clásicos del marxismo fueron convertidos en santos, y sus obras, en algo similar a la Biblia, para la administración científica resultaba más cómodo asirse no al espíritu, sino a las letras de los textos sagrados: la lealtad aquí se demostraba fácilmente. Por eso la investigación profunda de las principales

posiciones del marxismo se convirtió inevitablemente en una manipulación de citas «a causa» del dogmatismo y del talmudismo. Se editaban compendios de citas (*Marx y Engels sobre la Antigüedad*, 1932; *Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la sociedad primitiva*, 1935), y muchos se maravillaron con E. Y. Krichevsky: él podía recordar no sólo las citas, sino todos los demás datos (tomo y página).

Aquí aparece en primera línea otra particularidad de la arqueología soviética: su sometimiento ante la coyuntura de la política en curso, ya que la finalidad más importante del partido era fortalecer la estructura del Estado socialista (como base para la futura victoria mundial del comunismo). Esta finalidad se valoraba más que cualquier objetivo teórico, por más marxista que fuera. Así pues, tan pronto surgía la tarea de llevar a cabo la campaña de turno: la colectivización, la industrialización o el desenmascaramiento de los cosmopolitas, aparecían las investigaciones arqueológicas consideradas necesarias: sobre lo beneficioso de lo comunitario para la antigua economía agraria, o sobre las antiguas tradiciones de la metalurgia, o sobre la profundidad de las raíces de un pueblo en un territorio específico. Apenas la diplomacia soviética establecía lazos de amistad con cualquier país extranjero, inmediatamente aparecían las investigaciones de los arqueólogos sobre antiguas relaciones culturales con este país (con la India, con Grecia, etc.). Cuando apenas nuestras tropas entraban (en misiones de ayuda, se sobreentiende) en la región vecina correspondiente, de inmediato los arqueólogos descubrían que esta región pertenecía desde hacía muchos años a los eslavos orientales (o estaba relacionada de una u otra manera con los pueblos de nuestro país) y, por consiguiente, no formaba parte de la Unión Soviética con anterioridad sencillamente por equivocación.

Por supuesto, todos estos zigzags eran apoyados con citas de los clásicos; encontrar las deseadas no es difícil (¡de qué no habrán hablado los clásicos en tantos tomos!), aunque el marxis-

mo no había previsto semejantes enfoques étnicos y a menudo eran contradichos por su aspecto internacionalista. Además, si cualquier enunciado, e incluso trabajos completos, de los clásicos del marxismo no estaba en concordancia con el curso de la política del partido, quedaba prohibido. Así fue aumentando una propaganda del patriotismo que contradecía los enunciados de Marx sobre Rusia; su *Diplomacia secreta* no se tradujo al ruso ni se publicó; no apareció, ni aparece, en las obras completas de Marx y Engels, ni en la época de Stalin ni más tarde.

Y aun me falta enumerar una circunstancia. El sistema de equipo administrativo (expresión de G. J. Popov) abarcaba la ciencia soviética centralizada y otras áreas del conocimiento. En esta ciencia, el monopolio sobre la verdad pertenece a los dirigentes (a veces de un almacén gerontológico). Por eso, para el predominio de una u otra idea era importante no tanto su conformidad con los principios del marxismo, como el rango jerárquico de su autor, su autoridad dentro del poder. Esto introdujo un elemento de arbitrariedad en la resolución de la cuestión: ¿hay o no marxismo en la arqueología? La dirección afirma que lo hay. Durante la guerra, los académicos Grekov y Ribakov lanzaron la idea de que el sistema estatal ruso tiene sus raíces en la cultura de Tripolje, y a lo largo de mucho tiempo esto fue considerado como encarnación del principio marxista (las raíces internas del Estado en la sociedad). La absurda tesis de «la reencarnación estadialista» no se consideraría un «útil férreo del marxismo» (expresión de M. N. Pokrovsky) si el académico Marr no hubiese sido director del GAIMK.

Entonces ¿por qué la arqueología soviética siempre se esfuerza no sólo en concretar detalladamente la concepción marxista en la arqueología, sino también en disminuir al máximo sus fronteras y demarcarlas con precisión, aumentando así claramente la inestabilidad de las características marxistas en esta concepción? ¿Quizá porque partían de la orientación clasista, de la contraposición de dos mundos, dos ciencias? Sí, también por eso. Pero es sobre todo

porque notaban alguna insuficiencia en la amplia determinación del complejo de ideas marxistas en la arqueología: si el complejo es amplio, ¿es acaso marxista? Y es lógico que dudaran.

Esta amplia concepción del marxismo en la arqueología es sana, racional, sin embargo su esencia marxista es mejor tomarla bajo ciertas condiciones. En el libro de Behrens ya citado el autor escribe:

> Cuando «el materialismo dialéctico e histórico» destaca como sistema de pensamiento de los marxistas, entonces aquellos a quienes esto atemorizaba por razones políticas no se percatan de que este sistema de pensamiento está compuesto por muchas ideas, que no tienen que ser en su totalidad específicamente marxistas, y parten de la experiencia de toda la humanidad. Esto, tal vez, se relaciona con la dialéctica materialista. Pero hasta el materialismo filosófico marxista sostiene una tesis que las personas que no están profundamente oprimidas por la religión pueden asumir. Aún más, a las ideas centrales del materialismo histórico marxista se las relaciona, con base sólida, con la idea de que la forma de vida del hombre determina su pensamiento, y que la historia de la humanidad es particularmente la historia de los trabajadores, es decir, de la persona que se preocupa por su subsistencia.

Behrens también cree que esta idea es aceptable. Más adelante especifica qué es el marxismo limitado y sectarista:

> El materialismo dialéctico e histórico se convierte en falso e infiel cuando plantea su tipología histórica y proclama que la historia de la humanidad transcurre desde la comunidad primitiva tribal, a través de la sociedad esclavista, la feudal y la capitalista, hasta llevar directamente a la sociedad socialista-comunista (Behrens, 1984, p. 56).

Supongamos que muchos partidarios del progreso en la historia admitimos casi todos estos estadios, aunque no siempre exactamente en estas formas. La existencia de estos estadios su-

pone un motivo de discusión, pero esto no separa a los marxistas, particularmente a los comunistas, de otros socialistas. La línea divisoria pasa por las formas de llegar a estos estadios superiores de desarrollo y sus argumentos. Sin embargo, el problema no consistía sólo en la amplia comprensión del marxismo que socava su especificidad, sino también en que el reflejo intenso del marxismo, de forma amplia o limitada, en las investigaciones de la prehistoria, en la composición de una determinada concepción de la sociedad primitiva (con la descomposición del clan, el surgimiento de las clases, etc.), apenas puede justificar la pretensión de la arqueología soviética de llamarse marxista.

En primer lugar porque la elección de esta concepción prehistórica no conduce, irrevocablemente, a la reafirmación de los ideales marxistas; puede ser reconocida (y se reconoce) hasta por las escuelas no marxistas. Al fin y al cabo, se trata de una discusión sobre la presencia o ausencia de ciertos hechos, y su interpretación es importante para el marxismo.

En segundo lugar, todo esto no es tanto arqueología como prehistoria y protohistoria. Si la arqueología es una disciplina del estudio de las fuentes, y hay base para pensar que es así (Klejn, 1978a, 1986), entonces, en general, es poco probable que sus escuelas se puedan dividir sin reservas en campos ideológico-políticos, incluso con la férrea dicotomía: marxista-no marxista. No dividimos así la numismática o, digamos, la textología, ni tampoco la física o la biología (por cierto, hace poco se intentó dividirla).

Sería más exacto hablar de la arqueología que es próxima e interesante para el marxismo, y de la que se encuentra bajo la influencia del marxismo. Cuán lejos puede llegar esta influencia sin destruir la ciencia es otra cuestión.

Por ello llegamos muy lejos cuando intentamos fundar una arqueología precisamente marxista, profundamente marxista, vista como una parte integral de la ideología marxista.

Sólo ahora, cuando aquí ha sido posible un desarrollo teóri-

co libre de la arqueología, ha aparecido la necesidad real de construir una arqueología marxista no sectaria, no dogmática, no coyuntural, no caprichosamente despótica. Pero precisamente ahora, cuando esto está prácticamente permitido, cuando es posible trabajar la arqueología en la amplia concepción del marxismo, en el gran complejo de ideas marxistas, aparece de nuevo la duda, ¿es posible o no una arqueología marxista? Y si es posible, ¿necesitamos una arqueología específicamente marxista, o aunque sólo se halle bajo la influencia del marxismo? En la última formulación, la pregunta, en cualquier caso, es correcta.

A ella se puede contestar sólo con una respuesta: haga falta o no, la arqueología soviética es realmente esa. Nosotros no podemos huir por mucho tiempo de nuestra historia y del estado de nuestra sociedad. La esfera de los intereses sociales nos planteará, aún por mucho tiempo, cuestiones relacionadas con la comprensión marxista del pasado. Nosotros, inevitablemente, utilizaremos un sistema de comprensión condicionado por nuestra preparación marxista; este es nuestro lenguaje. Por cierto, este sistema de comprensión es muy utilizado hasta en Occidente, y este lenguaje está muy difundido allí. Y nosotros, aunque no lo notemos, vamos a generar ideas afines al materialismo dialéctico o histórico. Porque incluso cuando criticamos el marxismo, normalmente utilizamos categorías marxistas.

¿Es esto bueno o malo? El marxismo-leninismo, digámoslo francamente, sufrió una derrota como programa concreto político y económico. Pero nosotros, los arqueólogos, no trabajamos con ese marxismo. El marxismo en calidad de ideología estatal, monopolista, atrae el odio de los pueblos. Pero esto no cambia la posibilidad de aplicación del marxismo visto como método de investigación (o programa metodológico), ya que es en el camino desde el método de investigación a la política e ideología donde se manifiestan otros factores. El marxismo como método de investigación, adaptado cautelosamente, con los debidos límites y en unión con otros métodos, de ninguna manera

está contraindicado en las ciencias sociales. La arqueología pertenece a las ciencias sociales, hay que tener esto en cuenta.

Así, el marxismo redujo al hombre a un conjunto de las relaciones sociales. Es una simplificación evidente, y en ello está lo dañino del marxismo. El ser humano es también un ser biológico, y muchas de sus particularidades, entre ellas las sociales, son inexplicables sin la comprensión de este hecho (aspectos psicológicos de la agresión, la territorialidad de la conducta, el carácter del colectivismo, etc.). Las políticas marxistas cayeron en un error fatal al no contar con este aspecto de lo humano. Pero las relaciones sociales se manifiestan también en la humanidad, así como los intereses económicos y la orientación de clases. No hay que menospreciar la experiencia del marxismo en el análisis de estas cuestiones. Sólo hace falta dirigirla al lugar indicado, limitarla a su forma conveniente, unirla con otros tipos de análisis.

Al final de sus observaciones a mi artículo, publicado hace veinte años en *Antiquity* (la redacción lo tituló «La arqueología en Bretaña a los ojos de un marxista»; Klejn, 1970), M. Thompson exclamó:

> Sí, yo niego que el marxismo sea un método aplicable en la arqueología; esto son sólo dogmas del siglo XIX, que usted puede ignorar o tomar, como usted quiera. El buen arqueólogo puede inclinarse hacia el marxismo, como el difunto Childe, o ser un preste romanocatólico, como el difunto abad Breuil. No hay relación entre las convicciones personales del arqueólogo y la calidad de su trabajo (Thompson, 1970, p. 302).

Ciertamente no hay relación con la calidad. Pero la hay con el contenido. Y las convicciones católicas son tan manifiestas en las investigaciones de Breuil como las marxistas en los trabajos de Childe. Se reflejaban al mismo tiempo no sólo en sus errores, en sus limitaciones, sino incluso en sus brillantes descubrimientos. Breuil descubrió la pintura paleolítica precisamente porque,

como católico convencido, no creía en las leyes de la evolución, y su fe no permitía a los evolucionistas reconocer la aparición del alma humana con anterioridad. Childe creó la concepción de las tres revoluciones —instrumental, neolítica y urbana— porque se esmeraba según su criterio en aplicar a la arqueología las doctrinas marxistas de la primacía de la producción y de las revoluciones sociales. Aplicarlas libremente, no como dogmas.

Cualquier doctrina filosófica puede ser utilizada en beneficio de la arqueología, ¡incluso las que son parcialmente erróneas! Gracias a Dios, existen numerosas doctrinas. Esto nos ayuda a conocer la diversidad del mundo. Ya que el marxismo existe, y nosotros lo manejamos, pensemos cómo podríamos obtener de él un beneficio para la arqueología. Como señaló Behrens, «el valor del marxismo para las investigaciones de la prehistoria y protohistoria se encuentra en los estímulos que origina, ni más ni menos» (Behrens, 1984, p. 61). Sí, ni más ni menos. Reflexionemos sobre las ventajas que puede proporcionar si se utiliza libre, inteligente y cuidadosamente, no cerrando los ojos ante sus errores, sino denunciándolos, y recordando que, como cualquier otra concepción, tiene sus limitaciones.

Nosotros ahora no tenemos razón alguna para anteponer el marxismo a otras metodologías; todas ellas pueden ser complementarias. Pero no hay por qué tacharlo completamente. Sólo hay que limitarlo y asimilar otras metodologías. El mundo es rico para aquellos que tienen los ojos abiertos.

8. LECTURA ENTRE LÍNEAS

Poeta, sólo tú eres único en fuerza
para concebir aquella lengua fantástica,
a quienes las esfinges hablaban
en el círculo de señores draconianos.

N. GUMILEV, *Natura*

Escúchense en las tenues y apenas perceptibles voces del silencio.

SVAMI SHIVANANDA, *Semadji-Yiuga*

La implantación de la ideología del partido en la ciencia discurrió por diversas vías: a través de la saturación ideológica en la educación, en las escuelas y centros de educación superior, a través de la red de educación político-partidista (cursos de marxismo-leninismo para trabajadores, etc.), con ayuda de la propaganda en la prensa de masas, y a través de las organizaciones del partido en la misma ciencia.

Los que mostraban aplicación y obediencia fueron estimulados y avanzaron. Los que no se sometían, los que oponían resistencia, los que deseaban tener un pensamiento propio, sufrieron en «su propia carne» represiones, expulsiones y todo tipo de represalias. Esto trajo consigo los resultados planeados. La ciencia se niveló.

La resistencia a esta cruel y humillante nivelación no desapareció. La alimentaron los desastres reales de las masas populares bajo el yugo del sistema del equipo administrativo, la atracción natural por la libertad de pensamiento y el sentido común de los intelectuales. He aquí que latente y furtivamente, poco a poco, la resistencia a la penosa opresión ideológica, incluso en la época de Stalin, se desarrolló y se extendió.

En la ciencia esto tomó un carácter específico. De una u otra forma los científicos tenían algunas ventajas ante la burocracia del partido-Estado. Ellos siempre y en todo lugar se diferenciaron por la inteligencia, por la picardía, por la solidaridad y por un sentimiento oculto de superioridad sobre la administración. Y aprendieron a relacionarse a través de las cabezas de los cancerberos ideológicos, aprendieron a utilizar los textos impuestos desde arriba. Aprendieron a expresar el contenido de sus ideas entre líneas y a leer entre líneas.

Nació un extraño lenguaje comprensible sólo para los iniciados, y éstos eran prácticamente todos en la ciencia. Este lenguaje era accesible también para los enemigos, pero éstos no podían hacer nada contra este lenguaje absurdo. Era un código fácil de descifrar, pero desvelar la clave era muy difícil.

A lo largo de medio siglo, aproximadamente, nos valimos de este lenguaje. Cuando escribíamos con él nuestros trabajos nos agradaba su lectura. Mostrábamos a los amigos las partes elegidas y se entusiasmaban con la maestría y la imaginación de los autores. Pero fuera de las fronteras del país, por lo visto nadie podía comprender los textos escritos como era debido, y actualmente en nuestro país ha aparecido una generación que no puede entender este lenguaje. Lo desprecian: todo esto era propaganda, todo era reciclaje. ¿Todo? Unos y otros se encuentran en un callejón sin salida ante la crítica soviética a insignificantes autores occidentales, o a las figuras prerrevolucionarias. El sentido se les escapa de las manos.

Y temo que pronto llegará el día en que esta literatura cien-

tífica no será comprendida por nadie. Para que esto no suceda, para que no desaparezca el arte de la lectura entre líneas de los textos arqueológicos de finales de esta época, intentaré formular algunos de sus procedimientos —elementos del código. Para ilustrarlo utilizaré con frecuencia mis propios trabajos, no porque yo sea más osado o pícaro que los demás, sino porque, sencillamente, los tengo a mano, además así no me veré obligado a hacer suposiciones respecto a las ideas de otros.

1. *La figura del silencio.** Nosotros ya hace tiempo que hemos aprendido a leer de los periódicos soviéticos no sólo lo que declaran, sino también todo aquello que callan. Por eso sabíamos quién era arrestado o quién caía en desgracia, etc. Pues hasta en los trabajos de los colegas comprendíamos qué es lo que representaba su silencio sobre uno u otro tema. Y nosotros comprendíamos que callar significa no poder decir lo que se quiere y no querer decir lo que se puede. Aquí, en nuestro país, callar de ninguna manera es un signo de conformidad, sino lo contrario, un símbolo de negación. Así, A. V. Artsikovsky, en los años de vigencia de la teoría de las etapas, no recordó a N. Y. Marr ni a su teoría. Por no basarse en ellos, calló con despecho. Comprendieron que él no reconocía las doctrinas del estadialismo, pero no pudo decir nada porque se hubiera visto expulsado de la ciencia. Sólo se manifestó cuando pudo criticarse la teoría de las etapas. De la misma manera, S. I. Rudenko calló, durante toda la vida, acerca del marxismo. No se manifestó antes del exilio, ni en el exilio, ni después de su regreso, aunque por entonces ya tuviera publicadas muchas obras. Otros también callaron al respecto: M. P. Griazsnov, I. I. Liapushkin, M. A. Tijanova, G. F. Korzsujina, B. N. Grakov, A. A. Formosov (la lista podría continuar).

* Expresión que hace referencia a la figura retórica de la elipsis (*N. del ed.*)

2. *El pago del tributo.* (*Al César lo que es del César*, o bien *Las moscas y las albóndigas separadas.*) Algunos científicos consideraron mejor no arriesgarse una vez declarada con citas, etc., su fidelidad a los clásicos del marxismo. Pero el orden y respeto a la ciencia no les permitían mezclar todo lo que para ellos era incompatible. Así que practicaron una separación muy palpable: al comienzo de la publicación (o al final) había una o dos citas reverenciando al régimen, y en seguida (sin ninguna relación con ellas), el contenido invariable del trabajo. No hace falta traer a la memoria la legión de ejemplos. Me limito a los recuerdos de los años estudiantiles. Uno de nuestros profesores empezaba sus clases de la siguiente manera: «Marx decía sobre nuestro tema esto y eso, Lenin decía esto otro. Y ahora pasemos al tema ...».

Como no es de extrañar, un ejemplo de esto lo encontramos en el artículo de Ribakov (1953), más tarde dirigente de la arqueología soviética. Al comienzo del artículo hay algunos pasajes sobre las formidables revelaciones lingüísticas del jefe y maestro, y luego, sin ninguna relación, las propias ideas del autor respecto a los problemas de la arqueología. ¿Es posible que las primeras figuras de la arqueología soviética sólo imitaran al marxismo? ¡Qué descubrimientos se hacen con el estudio atento de la literatura arqueológica de estas siete décadas...!

3. *Lagunas inesperadas.* Este procedimiento es parecido a los anteriores, sin embargo, por un lado es menos brusco, y por otro, algo peligroso. El autor que lo emplea no huye de la temática ideológica, particularmente habla sobre el marxismo en la arqueología, pero en este discurso el experto lector pronto nota las lagunas en el contenido, los fallos, que le dan un matiz muy fresco e interesante. Si en la polémica con los científicos occidentales se exponían sólo argumentos originales, sin utilizar los argumentos estándares de nuestra propaganda, se dejaban de lado los esquemas ideológicos, y entonces se podía decir que el autor no creía en ellos, y realmente no creía.

Después de la publicación en la URSS y en el extranjero de algunos de mis trabajos sobre el marxismo en la arqueología, aunque no soy miembro del partido, me llamó el secretario de la organización del partido de la facultad, especialista en historia moderna, y me formuló una pregunta capciosa: «Dime, por favor, ¿por qué tú siempre mencionas a nuestra ideología sólo como marxista? Ni una sola vez has utilizado el término compuesto: marxismo-leninismo». Como contestación yo hubiera podido alegar algunos ejemplos; cuando por mis artículos se cruzaba este tándem sacramental, hubiera sido sencillo hacer constar que la corrección correspondía a la redacción. Por eso expliqué mi forma de utilizar las palabras de la siguiente manera: el marxismo es una concepción muy amplia, hasta el leninismo se incluye en él; en la época de Marx y Engels, sobre quienes yo escribo, el leninismo aún no existía, etc. Entonces el secretario, balanceando la cabeza, dijo: «Tú no reconoces al leninismo y quieres que el lector meticuloso se percate de ello. Quieres declarar tu independencia del espíritu marxista-leninista del partido. Jurídicamente no se puede demostrar, pero ten presente que todo esto se tendrá en cuenta». Y yo continué utilizando mi terminología, porque para mí es una cuestión de principios. Muchos lectores, a juzgar por sus reacciones, comprendieron esto, tanto los partidarios como los disconformes.

4. *El astuto talmudismo.* Sabiendo el respeto de los guardianes por la ideología de las Sagradas Escrituras marxistas, los autores partidarios del librepensamiento aprendieron (aquí es mejor decir se acostumbraron) a utilizar la misma arma que sus adversarios: el dogmatismo marxista. Ya que en los clásicos se pueden encontrar citas para cualquier caso y para todos los gustos, los falsos dogmáticos trabajaban empedernidamente con textos de Marx, Engels, Lenin, Stalin, imitando con cinismo el talmudismo marxista, y demostraban todo lo que querían, lo que hacía falta (en pro de la verdad), incluso si se alejaba dema-

siado..., no necesariamente del marxismo, sino de los dogmas ideológicos aceptados en esa época.

Desde luego, para este arte existieron antídotos: a los autores inmediatamente les llegaban las objeciones de que los clásicos no querían decir eso, que las citas estaban fuera de contexto. Pero de hecho, el contexto no estaba tan lejos como para diferenciarse tanto de las citas; se podía acercar el contexto y darle el matiz necesario. En una palabra, se podía discutir.

Así, cuando nuestro grupo universitario fue tildado (no sin alguna razón) de normandista, nosotros mostramos una cita de Marx, la cual demostraba que los fundadores del marxismo reconocían un gran papel a los normandos en la fundación del Estado ruso. Es de conocimiento general con qué esmero los ideólogos del partido llevaron a cabo la ideologización y politización de la ciencia, en particular de la arqueología. Pero en el artículo sobre las opiniones de Marx y Engels, yo (1968a), con los textos en la mano, demostré que los fundadores del marxismo consideraban el estudio del pasado prehistórico muy lejano a la política, y quedó claro que la politización no es admisible. En las discusiones de paleoecología se criticaba a Dolujanov por el determinismo geográfico, el cual es antagónico al marxismo. En respuesta, Dolujanov leyó la cita sobre la importante significación del medio geográfico. «¡Este autor es un claro adversario del marxismo!», exclamaron sus oponentes. «Pero esto es Lenin», les increpó suavemente Dolujanov.

5. *El fin anónimo.* La vida soviética se caracteriza por infinidad de tabúes. Entre los más fuertes está la prohibición no escrita de criticar a los venerables que se encuentran en el poder. Ningún editor dejaría pasar una crítica de este tipo. ¡Criticar a los intocables! No se les podía criticar ni a ellos ni a las concepciones próximas a sus puntos de vista. Se encontró la forma de evadir la prohibición. Sencillamente había que criticar las opiniones de alguien sin nombrarlo. Así, en 1951, siendo yo aún

estudiante, me preparaba para intervenir con un informe en el Instituto de Arqueología y me proponía presentar una exhaustiva refutación de la teoría del académico N. I. Marr, es decir, la crítica del «inventario férreo del marxismo»; mi tutor, M. I. Artamonov, me reprendió: no hay que nombrar para nada el apellido del académico, si no te echarán de la tribuna. Exponiendo sólo la esencia del asunto, todos entenderán perfectamente a quién te refieres. La intervención se llevó a cabo.

Con frecuencia se utilizan citas indirectas: se nombra la revista y la página sin mencionar al autor. «No seas holgazán, busca en la citada revista y encontrarás el apellido del autor criticado, entonces entenderás a quién va dirigida la crítica.» Los ejemplos son demasiados para enumerarlos.

6. *El asado donde no se ve la carne.* Una de las formas de evitar el nombre de la persona, pero que quede claro a quién estás criticando, es elegir aquella referencia del venerable científico que no se advierte superficialmente. Por ejemplo, cuando su opinión es mencionada por otro investigador (en la crítica, en un apartado de la crónica, etc.). En *La tipología arqueológica* me permití un comentario hiriente dirigido al académico B. A. Ribakov. Es dudoso que hubieran permitido este comentario en un manuscrito dirigido al extranjero. Sin embargo, la opinión criticada fue ocultada bajo las iniciales, pero no las del académico, sino las del autor del informe de la conferencia en la que intervino el académico.

7. *Sustitución de la diana.* He aquí otra forma de hacer pasar por la imprenta la crítica prohibida. Para esto había que descubrir entre los autores occidentales a alguno, aunque fuese totalmente desconocido, cuyas opiniones fuesen cercanas a las de aquel que en la URSS era intocable. Y acometer con la crítica contra este autor occidental hasta la completa satisfacción. Todos comprendían a quién te referías verdaderamente.

Así, me rechazaron la publicación de un artículo bastante crítico contra la teoría migracionista de las culturas de sepulcros de fosa y catacumbas de A. Y. Briusov, con la que realizaba unos viajes fantásticos desde las estepas a Europa central. Entonces escribí un artículo con un análisis crítico de la concepción de Kossina, ya que el mismo Briusov utilizó esta metodología en sus artículos sin darse cuenta de ello.

8. *Disparo a través del pasado.* Éste consiste en una modificación del anterior: el blanco se busca en el «pasado maldito». Los fallos del pasado azotaban aún con tanto deleite, abnegación y voluptuosidad, que a cualquier lector le quedaría claro: este pasado no se ha terminado; tiene representantes vivos y poderosos en la realidad soviética actual. Sobre todo porque con esta falta de flexibilidad se mantiene entre nosotros la discusión sobre los vicios más vulgares (o, al contrario, los más dignos) de la metodología prerrevolucionaria del arqueólogo aficionado ucraniano V. V. Jvoiki, quien tuvo la suerte de descubrir importantes culturas, pero destrozó los yacimientos con sus métodos de excavación. La discusión sobre Jvoiki se lleva a cabo, ante todo, porque el autoctonismo vulgar quedó como tradición influyente en la arqueología soviética.

9. *Maniobra de evasión.* A menudo, estos puntos de vista, concepciones, hipótesis, como de ninguna manera se pueden homogeneizar en su institución científica o en su área científica, tranquilamente pasaron a las instituciones vecinas o áreas mixtas de conocimiento científico. Todo lo que en la provincia se consideraba un atentado terrible a las bases, en la capital se tomaba como un privilegio permitido (ligera oposición, singularidad, frescura de ideas). Los ideólogos capitalinos normalmente eran más liberales. Pero, por el contrario, en la capital reconocían con más rapidez y precisión la peligrosidad real para la ideología dominante, en la que se podían perder los vigilantes pro-

vinciales de la pureza de las doctrinas. Acusado de hereje ideológico, el autor, dirigiéndose a la institución más cercana con un discurso o un escrito, podía obtener su apoyo, o bien porque él era ajeno, o bien porque podrían ser rivales de sus censores y, por supuesto, se alegrarían de la posibilidad de jugarles una mala pasada. En las áreas mixtas de conocimiento, la ideología marxista se manifiesta bajo otras normas y con otras prohibiciones. Esto pudo ser utilizado por L. N. Gumilev: sometido a persecuciones dentro de la ciencia histórica, encontró refugio en la geografía. Dando clases y publicando en la facultad de geografía de la universidad, predicó sus ideas heréticas en la Sociedad Geográfica. En los años veinte, los prestigiosos historiadores Y. B. Gotié y S. A. Zhebelev se instalaron en la arqueología: el marxismo llegó allá con retraso.

Por supuesto, ante la existencia de relaciones con científicos extranjeros y ante algunas insuficiencias en la efectividad de los órganos de control (esto ya no es una rareza), hubiéramos podido publicar en el extranjero las obras que aquí resultaban incómodas. En realidad, los órganos de control eran numerosos y esto asustaba a muchos (para poder enviar los trabajos al extranjero, aparte de reunir la documentación necesaria hacía falta por lo menos decena y media de firmas y sellos). Y, precisamente, era esta gran cantidad de organismos la que paralizaba su eficacia; liberándose de toda responsabilidad, te enviaban de un organismo a otro y éste de nuevo al anterior. Nadie quería pasar por todos estos aburridos trámites burocráticos.

Con frecuencia yo me valí de esta táctica. Envié a Alemania Democrática el ya mencionado trabajo sobre Kossina (con alusiones a Briusov), ya que no pudimos publicarlo en ninguna revista soviética. En aquellos tiempos me era totalmente imposible publicarlo en la URSS, ya que estaba muy clara su tendenciosidad (no sólo contra Briusov), y he aquí que en Alemania Democrática el artículo del arqueólogo soviético (¡«del hermano mayor»!), y además contra Kossina, se imprimió inmediatamente.

Este artículo ha causado su efecto, ya que en la URSS lo citan continuamente (aunque hasta ahora sólo se conozca en alemán). Lo mismo hice con otros artículos. El «Panorama de la arqueología teórica» (con una valoración muy directa de la historia y la situación actual de la arqueología soviética) fue editado en Estados Unidos, Francia, Yugoslavia y, ya que en la URSS se consideraba este trabajo como la expresión del normandismo, en Noruega. Esto mismo hizo también G. Behrens en la RDA. Este procedimiento está descrito en su trabajo como «el método Schweijk» (*Schweijk-Methode*), aunque a mí me parece que esta denominación se podría utilizar para otro procedimiento.

10. *El fervor de Schweijk.* Por todos es sabido que Schweijk cumplía con demasiada sencillez, puntualidad, rectitud y cuidado las exigencias y las órdenes del régimen. Y así precisamente mostró su absurdidad. Los arqueólogos a veces actuaban de la misma manera. Aún recuerdo cuando a finales de los años cuarenta algunos arqueólogos hablaban con los partidarios de la teoría de las etapas de la siguiente forma: Marr es importante, Dios me libre de dudarlo, estamos contentos de emplear su genial teoría, el análisis de cuatro elementos, principio de las metamorfosis de las etapas, ¡pero muéstrenme cómo se hace!

Recuerdo mi época de estudiante cuando las clases sobre metodología de restauración de los objetos arqueológicos eran impartidas, a lo antiguo, por V. N. Kononov. A él le recomendaron que en cada clase hiciera una introducción teórico-ideológica. Al año siguiente, Kononov, cada vez que venía a clase, traía consigo un folleto con la reimpresión del célebre cuarto capítulo del «cursillo» («Sobre el materialismo dialéctico e histórico»), y comenzaba las clases de la siguiente manera: «En su genial obra nuestro gran dirigente y maestro dice ...». Y aquí leía un pasaje de Stalin sobre que en el mundo hay una lucha entre lo que se está engendrando, lo nuevo, de vanguardia, y lo corrupto, lo atrofiado. Luego el profesor concluía la lectura con sus propias

ideas: «He aquí nuestra tarea, que casualmente consiste en no permitir que esto se atrofie y desaparezca». A Kononov le pidieron que en lo sucesivo impartiera las clases sin esta introducción teórica. No siempre estaba claro si Schweijk era así de sencillo o bien tenía otra cosa en la cabeza.

De acuerdo con el dogma marxista de aquella época, el cambio de las formaciones socioeconómicas se realizaba gracias a la revolución de las clases oprimidas. Pero ¿qué hacer con la formación esclavista? Las revueltas de los esclavos existieron, pero no derrocaron a los esclavistas, y el cambio de esta etapa se llevó a cabo de otra manera, bastante más tarde. ¿Qué hacer? El académico S. A. Zhebelev, al cual persiguieron por su participación en la recopilación de textos de emigrantes a la memoria de la condesa P. S. Uvarova, lo resolvió con un fraude científico. Durante las excavaciones de Bospor se hallaron unas confusas escrituras que hablaban de revueltas locales (bien de palacio, o bien étnicas); los hechos se sostenían por un pelo, y él concibió esta revuelta como una rebelión de esclavos, que terminó con el reino esclavista de Bospor (Zhebelev, 1932, 1933). El «descubrimiento» fue utilizado con júbilo por los promotores de la ideologización marxista de la historia y la arqueología (particularmente el académico B. D. Grekov, *VDI*, 1, 1940). Dicen que Zhebelev habló maliciosamente ante un círculo de investigadores: «Ellos querían una revolución y la obtuvieron». Después, por supuesto, la burbuja reventó (S. Y. Lurie se ocupó de aplastarla en la literatura soviética). También dicen que ante la muerte Zhebelev se arrepintió de su manera de actuar, reconociendo su falta. A él no le gustó el procedimiento de Schweijk, pero se vio obligado a seguirlo.

11. *Muestra bajo el pretexto de la crítica.* Muchos científicos comprendieron que el aislamiento producía mucho daño a la ciencia soviética, que era necesario propiciar el encuentro en amplios círculos científicos con los clásicos extranjeros y con el

desarrollo contemporáneo del pensamiento científico fuera de nuestras fronteras. Pero los pilares del régimen y sus cancerberos ideológicos veían en esto un gran peligro para el socialismo y meticulosamente se protegían de la aparición de ideologías ajenas. Y en general de cualquier información sospechosa (no aprobada, no transformada, no experimentada). Hay que reconocer que en la base de esta prohibición existía una inseguridad oculta en sus fuerzas para poder vencer las ideas foráneas en una lucha honrada. Existía el temor. A las ideas se les antepuso una barrera. Se tradujeron al ruso muy pocos libros y artículos occidentales, tan sólo aquellos que ideológicamente fueran cercanos. Pocas personas dominaban las lenguas extranjeras, y las ediciones extranjeras eran, en su mayoría, difíciles de obtener, se guardaban en las bibliotecas científicas de las capitales (con un acceso limitado), en lugares especiales y bajo llave.

Preocupados por ello, los científicos pronto encontraron una solución. Cuando se criticaban las concepciones occidentales y a sus autores, inevitablemente se utilizaba algo de lo criticado. Incluso este mecanismo se aprovechó. Bajo el pretexto de la lucha contra la ideología burguesa, de la crítica de una u otra concepción científica occidental, se podía escribir, intervenir en un debate puramente científico para la discusión de estos problemas, pero en condiciones invariables: añadir algunas frases «acusadoras» y «revocadoras». El lector, que entiende este mecanismo, prescinde de estas frases (que a veces tenían razón) y lee sólo las exposiciones y discusiones. Estos trabajos se aprovechaban muy a menudo en la URSS, sobre todo por los jóvenes.

La obra en dos tomos de A. L. Mongayt, *Arqueología de Europa occidental* (1973-1974), está dedicada a la descripción de las culturas, pero una amplia parte de ella constituye una introducción a las concepciones teóricas, y la parte crítica es muy corta y moderada. Mongayt, en los últimos años de su vida, si no sufrió el infortunio, tampoco vivió con honores. El hijo de su coautor Amalric fue un disidente conocido; la expedición

de su amigo G. B. Fedorov al Pruth-Dniéster se convirtió en un refugio de disidentes que inquietaba a la KGB; el mismo Mongayt participó en acciones «no bien vistas», como recoger firmas contra la persecución de los intelectuales. Sin duda, el énfasis del libro *Arqueología de Europa occidental* no era crítico...

La concepción del emigrado M. M. Rostovtsev (aunque con una determinada crítica injuriosa) fue expuesta cuidadosamente en los trabajos de D. P. Kallistov (1949) y T. V. Blavatskaya (1952). Mi artículo «Los procedimientos típicos de la crítica del marxismo en la arqueología» (Klejn, 1968), naturalmente, mostraba qué tipo de crítica era y qué argumentos utilizaba.

12. *Imitación del realismo socialista.* Basándose en una larga práctica, los científicos observaron que si, insistente y ruidosamente, se declaraban como nuestros (socialistas, rusos) algunos postulados o cualidades (que en realidad eran completamente ajenos a nosotros), entonces la administración científica se encontraba en una situación incómoda; a ésta le correspondería tomar medidas para que, de alguna manera, las cualidades o postulados declarados concordasen, ya que no se puede mostrar una total hipocresía en el mundo científico, ni aceptar elogios completamente irreales. Esto quiere decir que en algunas situaciones vale la pena declarar estos postulados y cualidades, digamos como avance, comprendiendo que el avance exige pagar con el propio trabajo.

Se obtiene algo parecido a los conocidos principios del realismo socialista: ¡hacer pasar lo deseado por lo real! ¿No existe aquí el peligro de ser un adulador común? Sí, existe esta posibilidad. Y muchas veces los científicos corrieron este riesgo. El hecho es que nuestra gente está habituada a este sistema de autoelogios y la mayoría lo considera una formalidad inevitable, perdonable a los autores. Cuando una persona, de quien no se esperaba esta actuación, hacía este papel de heraldo apologista, el sorprendido lector pensaba que tenía ante él un ambicioso o alguna misión de carácter secreto. Y entonces se ponían en la

balanza pequeñeces como el estilo del contexto, la autoridad de la persona, o algún matiz de obligación (y no lo esencial). Pero lo más significativo era la elección de las cualidades proclamadas: bien cualidades que intentaban cultivar en su país la burocracia partidista y su ideología, o bien otras totalmente distintas, que elogiaban la orientación democrática de los intelectuales. En general reinaba un ambiente de autocomprensión. Los científicos y la juventud que lo comprendía se sonreían, considerando «significativos» esos elogios; elogios bajo presión. Y el poder fruncía el ceño al adivinar que no eran precisamente halagos, sino una exigente demanda dirigida a ellos.

Cuando en mi artículo sobre la crítica occidental del marxismo en la arqueología, mencioné algunas cualidades de la vida científica soviética (pluralidad de opiniones, tolerancia, apertura al diálogo con los oponentes extranjeros, etc.) (Klejn, 1968b), yo, por supuesto, comprendía que éstas no reflejaban tanto la realidad como una finalidad. Deseo que los lectores lo hayan entendido, como entendieron que los objetivos del artículo eran mostrar esa finalidad.

Muchos de estos procedimientos del arte de la lectura entre líneas eran arriesgados. Al pícaro le amenazaba un desenmascaramiento, o, al contrario, podría resultar incomprensible, o caer en manos de aquellos a los que no les resultara agradable. Y, por supuesto, todo esto no era una actuación caballerosa, a cara descubierta. Sin embargo, esta actividad mezquina y, a veces, escurridiza permitía un sistema para que la gente humillada (autores y lectores) se sintieran personas dignas, con voluntad de vivir y ganas de trabajar. Arrastraba a la lucha por una verdad científica y una ciencia verdadera.

Al principio de este capítulo, ya he señalado que la lectura entre líneas es un arte en vías de extinción. Gracias a Dios, casi ha desaparecido. Aunque en Rusia y en otros lugares de la antigua Unión parece que aún puede ser útil.

9. RETROSPECTIVA Y PERSPECTIVA

Yo no remuevo la vieja ceniza;
aquí hubo fuego y se extinguió.
Como miro la muda de la serpiente,
miro aquello que antes existió.

V. BRIUSOV

Sólo equiparando los dramáticos hechos de la historia de la arqueología nacional con el relativamente tranquilo discurrir de la vida científica en Occidente, se comienza a entender lo insólito, original y sorprendente que es (en todos los sentidos) nuestro destino. ¡Cuán abrumados estamos por nuestro pasado y qué difícil ha sido llegar hasta el encuentro actual de los dos mundos! Necesitamos de un contacto fuerte. Ya es hora de que nos conozcamos a nosotros mismos abierta y sinceramente, para que los demás nos puedan conocer mejor.

No es sencillo ni fácil comprender el fenómeno de la arqueología soviética, visto desde Occidente. Y sin esta comprensión no es posible obtener provecho, ni ayuda. Pero el hielo se rompe.

Criticando en *Antiquity* mi resumen de la literatura teórica soviética (mi «Panorama de la arqueología teórica»), Trigger concluyó: «La teoría arqueológica soviética siguió una vía de desarrollo muy diferente a la nuestra ... nosotros podemos su-

poner que, incluso si estos cambios dependieron en gran medida de las circunstancias políticas, los arqueólogos soviéticos supieron valorar y aprender mucho de ellos» (Trigger, 1978, p. 197).

El deseo de pensar y comprender causa alegría.

La arqueología soviética ha atravesado un difícil camino. De los setenta años de existencia de la URSS, diecisiete se han perdido en guerras devastadoras. Nosotros leemos con admiración el libro del danés Glöb sobre la cultura de los sepulcros individuales. (Este libro fue editado en 1944, es decir, que se terminó entre 1942 y 1943.) Al mismo tiempo, en el Leningrado bloqueado, murieron por hambre el académico Zhebelev y el joven arqueólogo Podgaetsky, uno de los ayudantes de Latinyn en la elaboración del libro *La sociedad patrimonial en las estepas de Europa oriental* (Kruglov y Podgaetsky, 1935). Otro ayudante, Kruglov, murió en el frente junto a muchos colegas. De Leningrado a Sebastopol y de Moscú a Berlín, yacían en sus tumbas, solitarios y fraternales, muchos jóvenes que no pudieron terminar su trabajo. El trabajo sobre los sepulcros individuales de estos autores también quedó por finalizar.

El propio Latinyn, que pasó diecisiete años en campos de concentración y exilios —sin ninguna culpa—, regresó viejo e inválido, privado incluso de su autoría, sin posibilidad de ver su nombre en su obra.

En dos ocasiones sufrimos la posguerra, y el hambre a comienzos de los años treinta. Hemos vivido fuertes choques sociales, en una atmósfera de desconfianza y severas represiones aplicadas con arbitrariedad.

Los arqueólogos desaparecieron en cárceles y campos de concentración, sólo algunos (como Rudenko, Gumilev, Latinyn) tras varios decenios volvieron a la vida y a la arqueología. ¿En qué se perdieron sus mejores años?

Dos veces a lo largo de su corta historia, y en la dificultad general de los años treinta, nuestra ciencia fue conducida a una situación de sordo aislamiento: inicialmente a raíz del boicot y

bloqueo a «la peste roja», luego por la «guerra fría»; y siempre por el propio temor circundante, por la hostilidad hacia todo el mundo. Los aislados no pueden sobresalir, son vencidos por la enfermedad del atraso.

Estas «enfermedades ecológicas» adquiridas, se incrementan en nuestro país con la enfermedad hereditaria, el atraso, proveniente ya de la Rusia zarista.

A nosotros nos ha correspondido siempre superar el propio atraso, y esto engendra un complejo psicológico de adolescente de suburbio obrero: «la enfermedad infantil del izquierdismo», susceptibilidad, pendencierismo, sed de autoafirmación, agudización de la sensibilidad por las cuestiones de dignidad de su colectivo. Nos arrojamos a lo extremo y entonces caímos en un nihilismo maximalista respecto a la valoración de nuestros predecesores (por ejemplo, Ravdonikas, 1930), o bien recurríamos a la inoportunidad del hipertrofiado y asombrado Occidente, encontrando prioridades y superprioridades (por ejemplo, Artsikovsky, 1955, 1959; Avdusin, 1967). Sí, todo esto sucedió.

Pero también sucedieron otras cosas. Hubo una revolución cultural gigantesca, y se liquidaron de forma masiva el analfabetismo, el embrutecimiento y el salvajismo en grandes espacios para cientos de millones de personas. Un incalculable número de personas se encontraron con la cultura. Es verdad que se destruyeron las antiguas iglesias y eliminaron los libros «inconvenientes». Sin embargo, empezaba la gran afición por visitar los museos. Las colas para comprar carne se llegaron a ver también en Europa occidental, pero las larguísimas colas en los museos son un fenómeno específico de la URSS. Las colas para comprar el pan desaparecieron, las colas para la carne, ¡ay!, no las ocultamos, sin embargo las colas en los museos crecen. Este rápido auge económico y cultural de las, hasta hace poco, periferias coloniales alcanzó e incluso superó el nivel de la metrópoli (esto no existió en el imperio británico, ni en otros).

No quisiera exagerar los logros existentes en nuestra arqueo-

logía, confiamos en que lo principal está por llegar y para eso tenemos que trabajar bien. Mostrar persistencia, racionalidad y sociabilidad, disposición para aprender de otros. Sin embargo, notamos con satisfacción, orgullo y esperanza que ahora nuestros colegas occidentales, cuando se les abre, aunque sea un poco, la ventana al mundo de la arqueología soviética, la encuentran realmente interesante y con una gran riqueza ideológica, original y provechosa. Chang, refiriéndose a las discusiones de algunos problemas teóricos tratados por el autor de estas líneas en inglés, escribe: «Contiene muchas cuestiones instructivas y de interés que no he observado en la arqueología norteamericana contemporánea» (Chang, 1973). Por motivos análogos, Renfrew expone sus impresiones: «No hay duda de que nuestra ignorancia sobre la literatura teórica soviética ... es una desventaja para nosotros» (Renfrew, 1970).

Los aislados no llegan a ser líderes. Y nosotros frecuentemente lo hemos sido en muchos aspectos. Bien sea en ideas político-sociales, bien en arte, o en cualquier otra ciencia e incluso en la técnica (de armamento o espacial). Y durante algún tiempo en algunos aspectos de la arqueología. Todo ello sin que influyeran las secuelas del atraso, ni las insuficiencias de la producción gráfica, ni la barrera idiomática, ni el aislamiento. ¿Por qué?

Por supuesto nuestro pueblo es grande y rico en talento (y perdonen mi poca modestia). Tenemos un inmenso territorio y una rica historia, por eso nuestra tierra es pródiga en tesoros culturales. Pero podría ser que esto no fuera todo.

M. Leone, de la «nueva arqueología», formuló la siguiente opinión: «Una de las causas por la cual Gordon Childe es el mejor arqueólogo de todos en nuestro campo es porque domina y utiliza poderosos paradigmas del materialismo de Marx» (Leone, 1972, p. 18). A propósito de la supremacía absoluta de Childe, considero que es una exageración. En algunos aspectos, Mortillet y Montelius superaron a Childe, y en otros lo hicieron Flinders Petrie y Pitt-Rivers. Y con sus éxitos, Childe estuvo en

deuda no sólo con el marxismo. Su concepción de la protohistoria europea la concibió gracias a la original elaboración de las ideas difusionistas, y esta concepción contagió a los arqueólogos tanto como la concepción de la revolución «neolítica» y la revolución «urbana». Pero Childe supo utilizar el marxismo en la arqueología concienzuda y libremente.

¿Podría ser que nuestra desgracia fue intentar poner la arqueología al servicio del marxismo, y no al contrario?

¿Y podría ser que nosotros estuviéramos atados, con anteojos, y no trabajáramos libremente?

¿Cómo se ve la arqueología soviética en el círculo de los «arqueólogos rivales»? (expresión de Chang, 1967, p. 137). Bueno, en algo es superior, sin embargo en muchas cosas se queda atrás. Actualmente no pretendemos, de ninguna manera, calificarla como «la mejor de todas», «la más científica», «la única verdadera». El hecho de que se encuentren en su disposición, concretamente, los «paradigmas poderosos», el instrumento que Childe tan hábilmente «domina y aprovecha», hoy constituye un débil consuelo. La desmesurada esperanza condujo a éxitos reales de la arqueología soviética, pero también a su fracaso. Childe lo comprendió antes que nosotros; y fue su tragedia personal, y su solución fue abandonar la vida, cayendo de una roca.

La tragedia de la escuela científica nacional se diferencia de la tragedia personal del científico. Él ya no podía renovarse, pero en el colectivo siempre hay juventud que tiene todo por delante. No hay donde caer: estamos en el abismo. El tiempo avanza.

Y el paradigma queda como un modesto, pero fuerte, instrumento de investigación. La cuestión no es sólo dominar un instrumento, sino valerse libremente de una serie de ellos. Estudiar, buscar, trabajar. Nosotros nos esforzamos, y en esto ponemos todas nuestras esperanzas.

BIBLIOGRAFÍA

Afanasiev, G. E. (1979), «Jronologuia moguilnika Melkaya Balka» (Cronología del enterramiento Mielki Balk), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii* (Breves informes del Instituto de Arqueología), Moscú, pp. 52-57.

Ambrosz, A. K. (1971), «Problemi rannesrednievekovoi jronologuii Vostochnoi Evropi» (Problemas cronológicos de la Alta Edad Media en Europa oriental), *Sovietskaya arjeologuia* (Arqueología soviética), n.° 2, pp. 96-123; n.° 3, pp. 106-134.

Artamonov, M. I. (1932), «Dostidyenia sovietskoi arjeologuii» (Logros de la arqueología soviética), *VDI*, n.° 2, 1939, pp. 122-129.

— (1934), «Sovmiestnie pogrebenia v kurganaj so skorchennimi i okrashennimi kostianami» (Enterramientos comunales en túmulos en posición fetal y con huesos decorados), *Problemi istorii dokapitalisticheskij obshestv* (Problemas de la historia de las sociedades precapitalistas), 7-8, pp. 108-125.

— (1939), *Istoria SSSR s drevneishij vremen do abrasovania drevneruskogo gosudarstva* (Historia de la URSS desde la Antigüedad hasta la formación del Estado antiguo ruso), t. 1, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, Leningrado.

— (1959), «Predislovie k Trudam Volgo-Donskoi arjeologuicheskoi ekspeditsii» (Introducción al trabajo de la expedición arqueológica del Volga-Don), t. II, *MIA*, 75, pp. 5-8.

— (1967), «Voprosi rasselenia vostochnij slavian i sovietskaya arjeologuia» (Cuestiones sobre el establecimiento de los eslavos orientales

y la arqueología soviética), *Problemi vseobshei istorii* (Problemas de la historia general), Leningrado, pp. 29-69.

— (1971), «Arjeologuicheskaya kultura i etnos» (Cultura arqueológica y etnias), *Problemi istorii feodalnoi Rossii* (Problemas de la historia feudal rusa), Leningrado, pp. 16-32.

Artsikovsky, A. V. (1926), «Sotsiologuicheskoe sznachenie evolutsii zsemledelcheskij orudii» (Significado sociológico de la evolución de los instrumentos agrícolas), *Trudi sektsii sotsiologuii RANION* (Trabajos de la sesión de sociología RANION), 1.ª parte, pp. 123-135.

— (1929), «Novie metodi arjeologuii» (Nuevos métodos de la arqueología), *Istorik-marksist* (Histórico-marxista), 14, pp. 136-155.

— (1940), *Vvedenie v arjeologuiu* (Introducción a la arqueología), Moscú.

— (1955), «Razsvitie arjeologuii i etnografii do seredini XIX v. 1. Arjeologuia» (Desarrollo de la arqueología y la etnografía hasta mediados del siglo XIX), *Ocherki istorii istoricheskoi nauki v SSSR* (Compendio de historia de la ciencia histórica en la URSS), 1, Moscú, pp. 523-535.

— (1959), *Arjeologuia. Ocherki istorii istoricheskoi nauki v SSSR* (Compendio de la historia de la ciencia histórica en la URSS), 2, Moscú, pp. 614-632.

Artsikovsky, A. V., S. B. Kiselev y A. P. Smirnov (1932), «Vozsniknovenie, razsvitie i ischezsnovenie "marksistskoi arjeologuii"» (Origen, desarrollo y desaparición de la «arqueología marxista»), *Soobshenia Gos. Akademii Istorii materialnoi kulturi* (Informe de la Academia Estatal de Historia de la Cultura Material), 1-2, pp. 46-48.

Avdusin, D. A. (1967), *Arjeologuia SSSR* (Arqueología de la URSS), Moscú.

Bacon, E. (1960), *Digging for history*, Londres.

Bashilov, V. A. (1978), «Na kolon-titule stati: 1977. Konferentsia po probleme istorizsma arjeologuii» (Conferencia sobre el problema del historicismo de la arqueología), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii*, 152, Moscú, pp. 109-111.

Behrens, H. (1984), «Die Ur- und Frühgeschichtswissenschaft in DDR von 1945-1980. Miterlebte und mitverantwortete Forschungsgeschichte», *Arbeiten zur Urgeschichte des Menschen*, t. 9, Frankfurt.

Berezsanskaya, S. S. (1970), «Rets. na knigu I. I. Artemenko» (Crítica al libro de I. I. Artemenko), «Plemena Verjnego i Srednego Podneprovia

v epoju bronzsi» (Las tribus del alto y medio Dniéper en la edad del bronce), Moscú, 1967, *Sovietskaya arjeologuia*, 4, pp. 278-281.

Bernshtam, A. N. (1949), «K peresmotru formalno-tipologuicheskij sjem» (Para la revisión de los esquemas tipológicos formales), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii* (Breves informes del Instituto de Arqueología), 29, pp. 17-23.

Bikovsky, S. N. (1932a), «Vozsmozhna li marksitskaya arjeologuia» (Una arqueología marxista sería posible), *Tezsisy vserossiskogo arjeologuicheskogo soveshani* (Tesis de la Conferencia Nacional de Arqueología), Leningrado.

— (1932b), «O predmiete istorii materialnoi kulturi» (Acerca del objeto de estudio de la historia de la cultura material), *Soobshenia Gos. Akademii Istorii Materialnoi Kulturi* (Informes de la Academia Estatal de Historia de la Cultura Material), 1-2, pp. 3-6.

Blavatskaya, T. B. (1952), *Zsapadnopontiiskie goroda v VII-I vekaj do n.e.* (Las ciudades pontooccidentales en los siglos VII-I antes de nuestra era), Academia de Ciencias de la URSS, Moscú.

Bochkariev, V. S. (1975), «K voprosu o sisteme osnovnij arjeologuicheskij poniaty» (Cuestiones sobre el sistema de los principales conceptos arqueológicos), *Predmet i objiet arjeologuii i voprosi metodiki arjeologuicheskij isledovaniy* (Objeto y objetivos de la arqueología y cuestiones metodológicas en la investigación arqueológica), Leningrado, pp. 34-42.

Bochkariev, V. S., y V. I. Raspopova (1971), «Discussia o jaraktere remieslennogo proizsvostva» (Discusión sobre el carácter de la producción artesanal), *Sovietskaya arjeologuia*, 4, pp. 299-305.

Bogaievsky, B. L. (1921), «K voprosu o teorii migratsii (o knigue Chaylda)» [(La cuestión de la teoría de las migraciones (basado en el libro de Childe)], *SGAIMK*, n.° 8, pp. 35-38.

Bokovenko, N. A. (1977), «Tipologuia bronzsovij kotlov sarmatskogo vremeni v vostochnoi Evropi» (Tipología de las ollas de bronce de la época sármata en Europa oriental), *Sovietskaya arjeologuia*, 4, pp. 228-235.

Boriskovsky, P. I. (1979), *Drevneishee prosloe chelovechestva* (El remoto pasado de la humanidad), Nauka, Leningrado.

Braichevsky, M. Y. (1965), «Teoretichni osnovi doslidzhen etnoguenesu», *Ukrainsk istorichni Zhurnal (Kiiv)*, 2, pp. 46-56.

Brentjes, B. (1978), «More on Klejn's "Theoretical Archaeology"», *Currents Anthropology*, 19, pp. 423-426.

Briusov, A. Y. (1926), *Zhilisshe. Istoria zhilissha s sotsiologuicheskoi tochli zsrenia* (La vivienda. Historia de la vivienda desde un punto de vista sociológico), Priboi, Leningrado.

— (1928), «Vostanovlenie obshestvenno-economicheskij formatsii v kulturaj neoliticheskogo tipa» (Reinstauración de las formaciones socioeconómicas en las culturas neolíticas), *Trudi sektsii teorii i metodov RANION* (Trabajos de la sección de teoría y métodos del RANION), vol. 2, pp. 9-34.

Bulkin, V. A. (1970), «Tipy pogrebalnogo obriada v kurganaj gniezsdovskogo moguilnika» (Tipos de ceremonias funerarias en los túmulos del enterramiento de Gniezhdovsky), *Statistiko-combinatornie metodi v arjeologuii* (Métodos estadísticos-combinatorios en arqueología), Nauka, Moscú, pp. 207-210.

Bulkin, V. A., L. S. Klejn y G. S. Lebedev (1982), «Attainments and problems of soviet archaeology», *World Archaeology*, vol. 13, n.° 3, pp. 272-295.

Chang, K. C. (1967), *Rethinking archaeology*, Random House, Nueva York.

Chang, K. S. (1973), «On major aspects of interrelationship of archaeology and ethnology. Reply», *Current Anthropology*, 14 (3), pp. 319-320.

Chard, Ch. S. (1969), «Archaeology in the Soviet Union. Some characteristics and recent achievements of a leading centre of research...», *Science*, 163, pp. 774-779.

Chernij, E. N. (1965), «Spektralni analizs i izsuchenie derevniesshei metallurguii vostochnoi Evropi» (El análisis espectral y el estudio de la metalurgia antigua de Europa oriental), *MIA*, 129, pp. 96-110.

— (1966), «Istoria drevneishei metallurguii vostochnoi Evropi» (Historia de la metalurgia antigua de Europa oriental), *MIA*, 132, Moscú.

Childe, V. G. (1942), «Prehistory in the USSR», *Man*, 42 (59, 60, 74).

Danilenko, V. N. (1969), *Neolit Ukraini. Glavi drevnei istorii iugo-vostochnoi Evropi* (El neolítico en Ucrania. Capítulos de la historia antigua del sureste de Europa), Kiev.

Dolujanov, P. M. (1978), «Istoki migratsii (modelirovanie demograficheskij protsessov po arjeologuicheskim i ekologuicheskim dannim)» [Las

fuentes de la migración (el diseño de procesos demográficos según datos arqueológicos y ecológicos)], *Problemi arjeologuii*, 2, Leningrado, pp. 39-43.

— (1979), *Geografía kamennogo veka* (Geografía de la edad de piedra), Nauka, Moscú.

Efimenko, P. P. (1926), «Riazsanskie moguilniki. Opit kulturnostratigraficheskogo analizsa moguilnikov massovogo tipa» (Los sepulcros de Riazsan. Experiencia del análisis cultural estratigráfico de los sepulcros colectivos), *Materiali po etnografii*, 3, 1, Leningrado, pp. 59-84.

— (1931), «Zsnachenie zhenshini v origniakskuyu epoju» (El significado de las mujeres en el auriñaciense), *Izsvestia GAIMK*, 11, Leningrado, pp. 3-4.

Engels, F. (1884-1954), *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1979; edición rusa: *Polozhenie Anglii*, en K. Marx y F. Engels, *Obras*, t. 1, *Politizsdat*, Moscú, pp. 572-642.

Formosov, A. A. (1959), *Etnokulturnie oblasti na territorii Evropeskoi chasti SSSR v kamennom veke* (Las áreas etnoculturales de la edad de piedra en el territorio europeo de la URSS), izsd-vo AN SSSR, Moscú.

— (1961), *Ocherki po istorii ruskoi arjeologuii* (Compendios de historia de la arqueología rusa), izsd-vo AN SSSR, Moscú.

— (1969), *Ocherki po pervobitnomu iskusstvu* (Compendio de arte prehistórico), Nauka, Moscú.

— (1977), «O kritike istochnikov v arjeologuii» (Crítica de las fuentes en arqueología), *Sovietskaya arjeologuia*, 1, pp. 5-14.

Frumkin, G. (1959), «Archéologie Soviétique en Asie», *Études Asiatiques*, 11 (1957-1958), Berna, pp. 73-96.

— (1962), «Archaeology in Soviet Central Asia and its ideological background», *Central Asian Review*, X (4), Londres, pp. 334-342.

— (1970), *Archaeology in the Soviet Central Asia*, Leiden, Colonia.

Gellner, E. (1974), «The Soviet and the savage», *Times Literary Supplement*, octubre, 18, pp. 1.166-1.168, reed.: *Current Anthropology*, 16 (4), 1975.

Gjessing, G. (1975), «Socio-archaeology», *Current Anthropology*, 17, pp. 323-332.

— (1978), «More on Klejn's "Archaeological Panorama"», *Current Anthropology*, 19 (3), pp. 632-633.

Goldina, R. D. (1979), «Jronologuia pogrebalnij kompleksov pannego srednevekovia v Verjnem Prikamie» (La cronología de los complejos funerarios de la Alta Edad Media en el Alto Prikamie), *Kratkie soobshchenia Instituta arjeologuii*, 158, Moscú, pp. 79-91.

Gorodtsov, V. A. (1927), *Tipologuicheskii metod v arjeologuii* (El método tipológico en arqueología), Riazsan.

— (1933), «The typological method in archaeology», *American Anthropologyst*, 35, pp. 95-102.

Grekov, B. D. (1940), «Pets. na kñigu S. A. Zhebelieva» (Reseña al libro de S. A. Zhebeliev), *VDI*, 1, pp. 173-176.

Griazsnov, M. P. (1941), «Drevniaya bronzsa Minusinskij stepey. Bronzsovie kelti» (El bronce antiguo de la estepa de Minusinski. Los bronces celtas), *Trudi Otdela istorii pervobitnoi kulturi Gos. Ermitazha* (Trabajos del departamento de historia de las culturas prehistóricas del Ermitage), 1, pp. 239-242.

Guening, V. F. (1975), «Spetsificheskiy predmet y nekotorie aktualnie sovremennoi arjeologuii» (El objeto específico y algunas tareas actuales de la arqueología contemporánea), *Voprosi arjeologuii Urala (Sverdlovsk)* [Cuestiones de arqueología de los Urales (Sverdlovsk)], 13, pp. 5-16.

— (1982), *Obiekt y predmet hauki v arjeologuii* (Objeto y tema de la ciencia en arqueología), Nauka dumka, Kiev.

— (1989), «Arjeologuia- tselostnaya naychnaya sistema ili "diletanskie vilazski" y "polufabrikat zsnania"?» (La arqueología, ¿un sistema científico integral o un «paseo de aficionados» y «de un conocimiento prefabricado»?), *Sovietskaya arjeologuia*, 3, pp. 215-228.

Guening, V. F., Y. N. Zsajaruk, I. S. Kamenetsky, L. S. Klejn, V. M. Masson y G. A. Fedorov-Davidov (1973), «O sostoianii y zsadachaj teoreticheskij issledovaniy po arjeologuii v SSSR» (Sobre la situación y tareas de las investigaciones teóricas de arqueología en la URSS), *Tezsisi dokladov Sessii, posviashchennoi itogami polevij arjeologuicheskij issledovaniy 1972 g. v SSSR* (Tesis de los discursos de la sesión dedicada a los resultados de las investigaciones arqueológicas de campo en 1972 en la URSS), Tashkent, pp. 6-10.

Hachmann, R. (1961), «Die Chonologie der jüngeren vorrömischen

Eisenzeit. Studien zum Stand der Forschung in nördlichen Mitteleuropa und in Skandinavien», *41. Bericht der Römisch-Germanischen Kommission (1960)*, Frankfurt.

Hancar, F. (1949), «Die Auswertung unseres Geschichsbildes durch die sowjetische Urgeschichtsforschung», *Blick nach Osten*, pp. 37-62.

— (1951), «Probleme und Ergebnisse der neuen russischen Urgeschichtsforschung», *33. Bericht der Römisch-Germanischen Kommission (1943-1950)*, Berlín, pp. 25-60.

— (1960), «Aus dem Arbeitsbericht der sowjetischen Ur- und Frühgeschichtsforschung. Ein Beitrag zu ihrer Wesens- und Werterkennung», *Saeculum*, XI, pp. 64-88.

Häusler, A. (1970), «Besprechung: I. I. Artemenko 1967 Plemena etc.», *Prähistorische zeitschrift*, 45, pp. 110-115.

Holubowicz, W. (1961), *Jak publikowac zrodla archeologiczne?*, Warszawa-Wroclaw.

Istorizsm arjeologuii: metodologuicheskie problemi, Konferentsia. Tezsisi dokladov (1976) (El historicismo de la arqueología: problemas metodológicos, Conferencia. Tesis, ponencias), Nauka, Moscú.

Judiakov, M. V. (1933), *Dorevoliutsionnaya russkaya arjeologuia na sluzhbe ekspluatatorskij klassov* (La arqueología rusa prerrevolucionaria al servicio de las clases explotadoras), Leningrado.

Kallistov, D. P. (1949), *Ocherki po istorii Severnogo Prichernomoria antichnoi epoji* (Compendio de historia de la costa norte del mar Negro en la Antigüedad), Universidad de Leningrado y Academia de Ciencias de la URSS, Leningrado.

Kamenetsky, I. S., B. I. Marshak y Y. A. Sher (1975), *Analizs arjeologuicheskij istochnikov (vozsmozhnosti formalizsovannogo podjoda)* [El análisis de las fuentes arqueológicas (las posibilidades de una orientación formalizada)], Nauka, Leningrado.

Kasparova, K. V. (1976), «Novie materiali moguilnika Otvierzhichi y nekotorie voprosi v otnositelnoi jronologuii zsarubinetskoi kulturi Polesia» (Nuevos materiales de la tumba Otvierzhich y algunas cuestiones en la cronología relativa de la cultura *zsarbinetskaya* de Polesia), *Arjeologuicheskiiy sbornik Ermitazha* (Colección arqueológica del Ermitage), 17, Leningrado, pp. 35-66.

Kirpichnikov, K. V., G. S. Lebedev, V. A. Bulkin, I. V. Dubov y V. A. Nazsarenko (1978), «Russko-skandinavskie sviazsi v epoju

obrazsovania drevnerusskogo gosudarstv (IX-XI vv.)» (Las relaciones ruso-escandinavas en la época de formación del antiguo estado ruso), *Scando-Slavica*, XXIV, pp. 61-89.

— (1980), «Russko-skandinavskie sviazsi epoji obrazsovania Kievskogo gosudarstva na sovremennom etape arjeologuicheskogo izsuchenia» (Las relaciones ruso-escandinavas en la época de la formación del Estado de Kiev en la etapa actual de su estudio arqueológico), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii* (Breves informes del Instituto de Arqueología), 160, Moscú, pp. 24-38.

Kiselev, S. V. (1928), «Poselenia. Sotsiologuicheskiy ocherk» (El poblamiento. Compendio sociológico), *Trudi sektsii teorii y metodov RANION* (Trabajos de la sección de teoría y métodos del RANION), t. 2, pp. 35-68.

Klejn, L. S. (1955), «Voprosi proisjozhdenia slavian...» (Cuestiones sobre el origen de los eslavos...), *Sovietskaya arjeologuia*, XXII, Moscú, pp. 257-272.

— (1968a), «Voprosi pervobitnoi arjeologuii v proizsvedeniaj Marksa y Enguelsa» (Cuestiones de arqueología prehistórica en los trabajos de Marx y Engels), *Vestnik Leningr. un-ta.*, 8, pp. 38-43.

— (1968b), «O tipichnij priemaj kritiki marksizsma v arjeologuii» (Los procedimientos típicos de la crítica del marxismo en la arqueología), *Sovietskaya arjeologuia*, 4, pp. 138-150 (trad. ing.: «Characteristic methods in the current critique of Marxism in archaeology», *Soviet Anthropology and Archaeology*, 7 (4), Nueva York, 1969, pp. 41-53; (trad. al.: «Über typische Verfahren der gegenwärtigen Kritik am Marxismus in der Archäologie», *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift*, 11 (3), Berlín, 1970, pp. 333-350).

— (1969), «K postanovke voprosa o proisjozhdenii slavian» (Para establecer la cuestión del origen de los eslavos), *Problemi otechestvennoi y vseobshei istorii* (Problemas de la historia nacional y general), Leningrado, pp. 21-35.

— (1970), «Archaeology in Britain: a Marxist view», *Antiquity*, vol. XLIV, n.° 176, pp. 296-302.

— (1971a), «Was ist eine archäologische Kultur?», *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift*, 12, pp. 321-345.

— (1971b), «Why not history?», *Current Anthropology*, vol. 12, n.° 2, p. 170.

— (1972), «O prilozhimosti idey kibernetiki k postroeniu obshei teorii arjeologuii» (La utilización de ideas de la cibernética en la construcción de la teoría general de la arqueología), *Tezsisi dokladov na sektsiaj, posviashennij polevim issledovaniam 1971 g. Instituta arjeologuii AN SSSR* (Memorias presentadas en la sección de las investigaciones de campo de 1971. Instituto de Arqueología de la A. C. de la URSS), Nauka, Moscú, pp. 14-16.
— (1973a), *Arjeologuicheskie prizsnaki migratsiy* (IX Mezhdunarodniiy kongress antropologuicheskij y etnograficheskij nayk. Chicago. Dokladi sovietskoi delegatsii) [Indicios arqueológicos de la migración (IX Congreso Internacional de ciencias antropológicas y etnográficas. Intervención de la delegación soviética)], Nauka, Moscú.
— (1973b), «On major aspects of interrelationship of archaeology and ethnology», *Current Anthropology*, 14 (3), pp. 311-320.
— (1975a), «Problema smeni kultur v sobremennij arjeologuicheskij teoriaj» (El problema de los cambios de culturas en las teorías arqueológicas actuales), *Vestnik Leningr. un-ta.* (Publicaciones de la Universidad de Leningrado), 8, pp. 95-103.
— (1975b), «K razsrabotke protseduri arjeologuicheskogo issledovania» (Hacia la elaboración de los procedimientos para la investigación arqueológica), *Predmet y obiekt arjeologuii y voprosi metodiki arjeologuicheskogo issledovania* (Objeto y objetivos de la arqueología y cuestiones metodológicas en la investigación arqueológica), Nauka, Leningrado, pp. 42-44.
— (1977a), *Predmet arjeologuii. Arjeologuia Yuzhnom Sibiri* (El objeto de estudio de la arqueología. Arqueología del sur de Siberia), Kamerovo, pp. 3-30.
— (1977b), «K otsenke empirizsma v sovremennoy arjeologuii» (Valoración del empirismo en la arqueología contemporánea), *Problemi arjeologuii y etnografii* (Problemas de la arqueología y la etnografía), I, Leningrado, pp. 13-22.
— (1977c), «Rets. na kñigu I. S. Kamenetskogo y dr. "Analizs arjeologuicheskij istochnikov"» (Crítica al libro de I. S. Kamenetsky *et al.* «Análisis de las fuentes arqueológicas»), *Sovietskaya arjeologuia*, 3, pp. 309-317.
— (1977d), «A panorama of theoretical archaeology», *Current Anthro-*

pology, 18 (1), pp. 1-42; cont.: «Theoretical archaeology: corrections», *Current Anthropology*, 18 (2), pp. 371-373.
— (1978a), *Arjeologuicheskie istochniki* (Las fuentes de la arqueología), Universidad de Leningrado, Leningrado.
— (1978b), «Arjeologuia y etnoguenezs (novii podjod)» [Arqueología y etnogénesis (nueva orientación)], *Metodologuicheskie problemi issledovania etnicheskij kultur. Materiali simpozsiuma* (Problemas metodológicos para la investigación de las culturas étnicas. Materiales del simposio), Erevan, pp. 25-33.
— (1978c), «Zur historischen Auswertung der Ockergräber», *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift*, vol. 19, n.° 2, pp. 227-242.
— (1979a), *Tipi v kulture* (Los tipos en la cultura), Leningrado.
— (1979b), «Poniatie tipa v sovremennoi arjeologuii» (La concepción de tipo en la arqueología contemporánea), *Tipi v kulturi* (Los tipos en la cultura), Leningrado, pp. 50-74.
— (1980), «Otkuda arii prishly v Indiu?» (¿De dónde llegaron los arios a la India?), *Vestnik Leningr. un-ta.* (Publicaciones de la Universidad de Leningrado), 8, pp. 35-39.
— (1981a), «O yazsike veshey» (Sobre el lenguaje de los materiales), *Metodologuicheskie aspekti arjeologuicheskij y etnografícheskij issledovaniy v Zsapadnoi Sibiri* (Aspectos metodológicos de las investigaciones arqueológicas y etnográficas en Siberia occidental), Tomsk, pp. 16-18.
— (1981b), «Problema smeni kultur y teoria kommunikatsii» (El problema de los cambios de culturas y de la teoría de la comunicación), *Kolichestvennie metodi v gumanitarnij naukaj* (Métodos cuantitativos en las ciencias humanísticas), Universidad Estatal de Moscú, Moscú, pp. 18-23.
— (1981c), «Ethnogenese als Kulturgeschichte, archäologisch betrachtet. Neue Grundlagen», *Beiträge zur Ur- und Früchgeschichte zur sächsischen Bodendenkmalpflege*, vol. 1, Dresde, pp. 13-25.
— (1986), «O predmete arjeologuii» (Sobre el objeto de estudio de la arqueología), *Sovietskaya arjeologuia*, 3, pp. 209-219.
— (1988), «Strateguia sintezsa v issledovaniaj po etnoguenezsu» (La estrategia de la síntesis en las investigaciones de la etnogénesis), *Sovietskaya etnografía*, 4, pp. 13-23.

— (1991), *Arjeologuicheskaya tipologuia* (La tipología arqueológica), Nauka, Leningrado.

Klejn, L. S., G. S. Lebedev y V. A. Nazsarenko (1970), «Normannskie drevnosti Kievskoi Rusi na sovremennom etape arjeologuicheskogo izsuchenia» (La antigüedad normanda de la Rusia de Kiev en la etapa actual del estudio arqueológico), *Istoricheskie sviazsi Skandinavii i Rossii IX-XX vekov* (Las relaciones históricas de Escandinavia y Rusia en los ss. IX-XX), N. E. Nosov e I. P. Shaskolsky, eds., Nauka, Leningrado, pp. 226-252.

Klejn, L. S., S. S. Miniaev, Y. Y. Piotrovsky y O. I. Jeyfets (1970), «Diskussia o poniatii "arjeologuicheskaya kultura" v Problemnom arjeologuicheskom seminare Leningradskogo universiteta» (Discusión del concepto «cultura arqueológica» en el problema del seminario arqueológico de la Universidad de Leningrado), *Sovietskaya arjeologuia*, 2, pp. 298-302.

Köbben, A. (1972), «On the logic of cross-cultural analysis. Reply», *Current Anthropology*, 13 (1), pp. 137-139.

Kolchin, B. A. (1965), «Arjeologuia y estestvennie nauki» (Arqueología y ciencias naturales), *MIA*, 129, Moscú, pp. 7-26.

— (1970), «Integratsia nauk y arjeologuia» (La integración de la ciencia y la arqueología), *Leninskie idei v izsuchenii istorii pervobitnogo obshestva, rabobladenia y feodalizsma* (Las ideas leninistas para el estudio de las sociedades primitiva, esclavista y feudal), Nauka, Moscú, pp. 34-48.

Kolchin, B. A., e Y. A. Sher (1970), *Statistiko-kombinatornie metodi v arjeologuii* (Métodos estadístico-combinatorios en arqueología), Nauka, Moscú.

Kovalevskaya, B. O. (1969), «O nekotorij zsnakovij sistemaj v arjeologuii» (Respecto a algunos sistemas de símbolos en la arqueología), *Uchenie zsapiski Tartuskogo un-ta* (Notas científicas de la Universidad de Tartusky), vol. 236, pp. 425-432.

— (1970), «K izsucheniu ornamentiki nabornij poiasov VI-IX vv. kak zsnakovoy sistemi» (El estudio de las composiciones ornamentales de los cinturones de los siglos VI-IX como sistema de símbolos), *Statistiko-kombinatornie metodi v arjeologuii* (Métodos estadístico-combinatorios en arqueología), Moscú, pp. 144-155.

Kruglov, A. P., y G. V. Podgaetsky (1935), «Rodovoe obshestvo ste-

pey Vostochnoy Evropi» (La sociedad patrimonial en las estepas de Europa oriental), *Informes GAIMK*, 119, Leningrado.

Lebedev, G. S. (1973), «Otrazhenie sotsialnoy strukturi v arjeologuicheskij materialaj» (El reflejo de la estructura social en la arqueología), *Filosofia, istoria, sovremennost* (Filosofía, historia, actualidad), Universidad de Leningrado, Leningrado, pp. 55-63.

Lenin, V. I. (1910-1961), *Razsnoglasia v evropeyskom rabochem dvizhenii* (La divergencia en el movimiento obrero europeo), *Poln. cobr. soch.* (Obras completas), 20, pp. 62-69.

— (1914-1963), *(Filosofskie tetradi). Konspekt «Nauki loguiki»* [(Cuadernos filosóficos). El resumen de «Ciencia y lógica»], *Obras completas*, 29, pp. 77-218.

— (1915-1963), *(Filosofskie tetradi). K voprosu o dialektike* (La cuestión de la dialéctica), *Obras completas*, 29, pp. 316-322.

Leone, M. P., ed. (1972), «Issues in anthropological archaeology», *Contemporary archaeology*, Carbondale and Edwardsville, pp. 14-27.

Liapushkin, I. I. (1968), «Slaviane Vostochnoy Evropi hakanune obrazsovania Drevnerusskogo gosudarstva. Istoriko-arjeologuicheskie ocherki» (Los eslavos de Europa oriental en vísperas de la formación del antiguo Estado ruso. Descripciones históricoarqueológicas), *MIA*, 152, Leningrado.

Machinsky, D. A. (1976), «K voprosu o territorii obitania slavian v I-VI vv.» (La cuestión del territorio ocupado por los eslavos en los ss. I-VI), *Arjeologuichesky sbornik Gos. Ermitazha* (Documentos de arqueología del Ermitage), 17, pp. 82-100.

Marx, K. (1960), *Vtoroe vozsvanie Gueneralnogo Soveta Mezhdunarodnogo Tovarishestva rabochij o franko-prusskoy voyne* (El segundo llamado del Soviet General de la Sociedad Internacional de obreros sobre la guerra franco-prusiana), *Obras de Marx y Engels*, 17, pp. 274-282.

Marx, K., y F. Engels (1955), *La ideología alemana*, Eina, Barcelona, 1988; ed. rusa: *Nemetskaya ideologuia, Sochinenia. Politizsdat*, 3, pp. 7-544.

Masson, V. M. (1974), «Razsvitie obmena y torgovli v drevnij obshestvaj» (El desarrollo del trueque y el comercio en las sociedades antiguas), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii (Moskva)* [Breves informes del Instituto de Arqueología (Moscú)], 138, pp. 3-11.

— (1976), *Ekonomika y sotsialny stroi drevnij obshestv (v svete dannij arjeologuii)* [La economía y la estructura social de las sociedades antiguas (según datos arqueológicos)], Nauka, Leningrado.

Miller, A. A. (1954), *Arjeologuia v SSSR*, Miujen (trad. ing.: *Archaeology in the USSR*, Atlantic Press, Londres, Nueva York, 1956).

Mongayt, A. L. (1951), *Krizsis burzhuazsnoy arjeologuii* (Crisis de la arqueología burguesa), KSMKMK.

— (1955), *Arjeologuia v SSSR*, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú.

— (1957), «Nizsky priem» (El mal procedimiento), *Novoe vremia* (Tiempos Nuevos), 5, pp. 29-30.

— (1960), *Archaeology in the USSR*, Moscú.

— (1967), «Arjeologuicheskie kulturi y etnicheskie obshnosti» (Las culturas arqueológicas y las comunidades étnicas), *Narodi Azsii y Afriki* (Los pueblos de Asia y África), 1, pp. 53-69; discusión, pp. 69-76.

— (1973-1974), *Arjeologuia Zsapadnoy Evropi* (Arqueología de Europa occidental), Nauka, Moscú.

Nikolsky, V. K. (1923), «Kompleksny metod v doistorii» (El método complejo en la prehistoria), *Vestnik Sotsialisticheskoy Akademii* (Publicaciones de la Academia Socialista), 4, pp. 309-349.

Okladnikov, A. P. (1950), *Uspeji sovetskoi arjeologuii* (Los logros de la arqueología soviética), Leningrado.

— (1971), «O paleoliticheskoy traditsii v iskustve neoliticheskij plemen Sibiri» (Las tradiciones paleolíticas en el arte de las tribus neolíticas de Siberia), *Pervobitnoe iskusstvo* (El arte prehistórico), Nauka, Novosibirsk, pp. 3-21.

Okulicz, J. (1970), «Studia nad prezemianami kulturowymi i osadniczymi w okresie rzymskim na Pomorzu Wschodnim, Mazowszu i Podlasiu», *Archeologia Polski*, XV, 2, pp. 419-497.

Pavlovskaya, A. I. (1967), «Simposiumpo probleme perejoda doklassovogo obshestva v klassovoe» (Simposio sobre el problema de la transición de sociedad preclasista a la clasista), *Vestnik drevney istorii* (Boletín de historia antigua), 4, pp. 199-206.

Piotrovsky, B. B. (1961), «O jaraktere zsakonomernostey v istorii kulturi» (Respecto a las regularidades en la historia de la cultura), *Tezsisi dokladov na zsasedaniaj, posviashennij itogam polevij issle-*

dovaniy v 1960 g. (Memorias de los trabajos de campo de 1960), Moscú, pp. 15-20.

Ravdonikas, V. I. (1930), «Zsa marksistskuyu istoriu materialnoi kulturi» (Por la historia marxista de la cultura material), *Izsvestia GAIMK*, VII (3-4), Leningrado.

— (1932), «Peshernie goroda Krima y gotskaia problema v sviazsi so stadialnim razsvitiem Severnogo Prichernomoria» (Las ciudades en cavernas de Crimea y el problema godo en relación con el desarrollo de las etapas en el norte del mar Negro), *Izsvestia GAIMK*, XII (1-8), pp. 5-106.

— (1939), *Istoria pervobitnogo obshestva*, ch. 1 (Historia de la sociedad primitiva, 1.ª parte), Leningrado.

Renfrew, C. (1970), «On trade and culture process in prehistory», (reed.), *Current Anthropology*, 11 (2), pp. 173-175.

— (1973), *Social Anthropology*, Southampton.

Ribakov, B. A. (1953), «Drevnie rusi. K voprosu ob obrazsovanii iadra drevnerusskoy narodnosti v svete trudov I. V. Stalina» (Los antiguos rusos. Hacia la cuestión de la formación de la célula de la antigua nación rusa en los trabajos de I. V. Stalin), *Sovietskaya arjeologuia*, XVIII, pp. 23-104.

— (1957a), «O korpuse arjeologuicheskij istochnikov SSSR» (El cuerpo de las fuentes arqueológicas de la URSS), *Tezsisi doklada* (Memorias), Moscú.

— (1957b), «Mesto slaviano-russkoy arjeologuii v sovetskoy istoricheskoy nauke» (El lugar de la arqueología eslavorrusa en la ciencia histórica soviética), *Sovietskaya arjeologuia*, 4, pp. 55-65.

— (1978), «Istorizsm arjeologuii» (El historicismo de la arqueología), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii (Moskva)* [Breves informes del Instituto de Arqueología (Moscú)], 152, pp. 5-7.

— (1979), «Metodologuicheskie problemi arjeologuii» (Problemas metodológicos de la arqueología), *Metodologuicheskie problemi obshestvennij nayk* (Problemas metodológicos en las ciencias sociales), Nauka, Moscú, pp. 338-342.

Sedov, V. V. (1970), *Slaviane Verjnego Podneprovia y Podvinia* (Los eslavos del alto Podneprovia y Podvinia), Nauka, Moscú.

— (1979), *Proisjozhdenie y raniaia istoria slavian* (El origen y principio de la historia de los eslavos), Nauka, Moscú.

Semenov, S. A. (1957), *Pervobitnaya tejnika* (Tecnología prehistórica), Moscú, Leningrado.

— (1964), *Prehistoric technology*, Barnes and Noble, Nueva York (hay trad. cast.: *Tecnología prehistórica*, Akal, Madrid, 1981).

— (1968), *Razsvitie tejniki v kamennom veke* (El desarrollo de la tecnología en la edad de piedra), Moscú.

— (1971), *Fonciologie du paléolithique* (VII Congrès des sciences préhistoriques et protohistoriques), Moscú.

Shchukin, M. B. (1974), «Konferentsia "Arjeologuicheskie kulturi y kulturnie oblasti Srednei Evropi v epoju rimskij vlianiy y nekotorie tendentsii polskoy arjeologuii"» (Conferencia «La cultura arqueológica y las áreas culturales de Europa central en la época de las influencias romanas y algunas tendencias de la arqueología polaca»), *Sovietskaya arjeologuia*, 1, pp. 259-264.

— (1977), «Sovremennoe sostoianie gotskoy problemi y cherniajovskaya kultura» (La situación actual de la problemática de los godos y la cultura *cherniajovskaya*), *Arjeologuicheskiy sbornik Gos. Ermitazha* (Documentos arqueológicos del Ermitage), 18, pp. 79-81.

— (1979), «K predistorii cherniajovskoy kulturi. Trinadtsat sekventsiy» (Antecedentes históricos de la cultura *cherniajovskaya*), *Arjeologuicheskiy sbornik Gos. Ermitazha*, 20, pp. 66-89.

Sher, Y. A. (1965), «O sozsdanii kiberneticheskogo fonda arjeologuicheskij istochnikov s avtomaticheskim poiskom informatsii» (La creación de un fondo cibernético de las fuentes arqueológicas para la búsqueda automática de información), *MIA*, 129, pp. 326-330.

— (1980), *Petroglifi Sredney y Tsentralnoy Azsii* (Petroglifos en Asia media y central), Nauka, Moscú.

Shilov, V. P. (1975), *Ocherki po istorii drevnij plemen Nizhnego Povolzhia* (Compendio de historia de las antiguas tribus del bajo Volga), Nauka, Leningrado.

Spitsyn, A. A. (1928), «Moi nauchnie raboti» (Mis trabajos científicos), *Kraieviedienie*, V (9), pp. 331-342.

Struve, K. (1955), *Die Einzelgrabkultur in Schlewsig-Holstein*, Neumünster.

Tallgren, A. M. (1927), «Besprechende archäologische Bibliographie von Osteuropa», *Eurasia Septentrionalis Antiqua*, I, pp. 139-145.

— (1932), «Zur russischen archäologischen Literatur», *Eurasia Septentrionalis Antiqua*, VII, pp. 202-205.
— (1933), «Archaeological studies in Soviet Russia», *Eurasia Septentrionalis Antiqua*, X, Helsinki.
Thompson, R. H. (1970), «Postscript to Klejn 1970», *Antiquity*, vol. XLIV, n.° 176, p. 302.
Tretiakov, P. N. (1966), «Osnovnie itogui rabot Verjnedneprovskoy arjeologuicheskoy ekspeditsii» (Los principales resultados de los trabajos de la expedición arqueológica al alto Dniéper), *Drevnosti Belorussii* (La antigüedad de Bielorrusia), pp. 114-126.
Trigger, B. (1978), «No more from another planet», *Antiquity*, XLII (206), pp. 193-198.
V. G. (1932), «Zsa bolshevistskuyu bditelnost v kraevedenii» (Por la vigilancia bolchevique en la *kraieviedienie*), *Sovetskoe kraieviedienie*, n.° 1, pp. 7-17.
Vinberg, N. A., T. I. Zsadneprovskaya, P. Sh. Levina, y A. Liubimova (1965), *Sovietskaya arjeologuicheskaya literatura* (Literatura arqueológica soviética) Bibliografía 1918-1940, Nauka, Moscú, Leningrado.
Wologiewicz, R. (1970), «Der Zufluss römischer Importe in das Gebiet nördien der mittlehren Donau in der älteren Kaiserzeit», *Zeitschrift für Archäologie*, 4, 2, pp. 222-249.
Yanin, V. L. (1973), *Artemiy Vladimirovich Artsikovskiy*, Nauka, Moscú.
— (1977), *Ocherki kompleksnogo istochnikovedenia. Srednevekoviy Novgorod* (Compendio de los estudios de las fuentes. Novgorod, Edad Media), Visshaya shkola, Moscú.
Zhebelev, S. A. (1932), «Pervoe revoliutsionnoe vosstanie na territory SSSR (istorichaskaya spravka)» [La primera revuelta revolucionaria en el territorio de la URSS (informe histórico)], *Soobshenia GAIMK*, 9-10, pp. 35-37.
— (1933), «Posledniy Perisad y skifskoe vosstanie na Bospore» (El último Perisad y el levantamiento escita en Bósforo), *Izsvestia GAIMK*, 70, Leningrado.
— (1948), «Arjeolog-entuzsiast (Pamiati A. A. Spitsina)» [El arqueólogo-entusiasta (a la memoria de A. A. Spitsin)], *Sovietskaya arjeologuia*, X, pp. 9-11.

Zsajaruk, Y. N. (1970), «Leninskoe teoreticheskoe nasledie y nekotorie voprosi razsvitia arjeologuicheskoy nayki» (La herencia teórica leninista y algunas cuestiones del desarrollo de la ciencia arqueológica), *Sovietskaya arjeologuia*, 2, pp. 8-17.

— (1978a), «Istorizsm arjeologuicheskoy nayki» (El historicismo de la ciencia arqueológica), *Drevnaya Rus y slaviane* (La antigua Rus y los eslavos), Nauka, Moscú, pp. 7-10.

— (1978b), «Spornie voprosi predmeta y obiecta arjeologuii» (Controversia respecto al objeto y objetivo de la arqueología), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii (Moskva)* [Breves informes del Instituto de Arqueología (Moscú)], 152, pp. 7-17.

— (1983), «Ob odnoy kontseptsii arjeologuicheskogo istochnikovedenia» (Sobre una concepción del estudio de las fuentes arqueológicas), *Sovietskaya arjeologuia*, 3, pp. 72-81.

— (1989), «Arjeologuia: nayka istoricheskaya ili istochnikovedcheskaya?» (La arqueología: ¿una ciencia histórica o de estudio de las fuentes?), *Sovietskaya arjeologuia*, 3, pp. 207-214.

Zsasetskaya, I. P., B. I. Marshak y M. B. Shchukin (1979), «Obzsor diskussii na simpozsiume "Problemi jronologuii pamiatnikov Evrazsii v epoju rannego srednevekovia"» (Resumen de la discusión del simposio «Problemas en la cronología de los yacimientos de la Alta Edad Media de Eurasia»), *Kratkie soobshenia Instituta arjeologuii (Moskva)* [Breves informes del Instituto de Arqueología (Moscú)], 158, pp. 120-126.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Academia Estatal de Historia y Cultura Material (GAIMK), 15, 19, 22, 57, 109, 119
Adams, R., 65
Afanasiev, 93
Alejandro I, 114
Alekseev, V. P., 36, 65
Amalric, 137
Ambrosz, S. K., 92
American Antiquity, 6, 123, 139
Anicovich, M. P., 111
Anuchin, E. N., 115
Anychin, D. N., 19
Arakcheiev, 114
Arjeologuia, 103
Arqueología de la República de Ucrania, 60
Arqueología de la URSS, 59
Artamonov, M. I., 19, 24, 25, 26, 29, 44, 51, 62, 78, 86, 131
Artemenko, I. I., 61
Artsikovsky, A. V., 17, 18, 26, 42, 45, 55, 56, 57, 58, 81, 110, 127, 141
Avdusin, D. A., 32, 141

Bacon, E., 5
Bader, O. N., 45
Bashilov, V. A., 79
Behrens, G., 110, 111, 120, 124, 134
Berezsanskaya, S. S., 61
Bernshtam, A. N., 58, 102
Bibikov, S. N., 41, 102
Bikovsky, S. N., 19, 21, 24, 56, 78, 109
Blavatskaya, T. V., 137
Bobrinsky, A. A., 15, 46, 71
Bochkariev, V. S., 49, 68, 74, 75, 94
Bogaievsky, B. I., 24
Bokovengo, N. A., 92
Borio, 68
Boriskovsky, P. I., x, 41
Borovka, G. I., 24
Braichevsky, Y. M., 62, 69
Braidwood, R. J., 65
Brentjes, B., 78
Breuil, abad, 123
Brezhnev, 30, 33, 35
Briusov, A. Y., 17, 18, 24, 45, 109, 132, 133
Bulkin, V. A., IX, XII, XIII, 1, 2, 35, 50, 78, 85

Clark, J. G. D., 46, 68, 73
Coeure, S., X

Chang Kuang Chih, 8, 142, 143
Chapman, P., XI

Chard, Ch. S., 11
cherniajoskaya, cultura, 64, 78, 92
Chernij, E. N., XI, 46, 71
Childe, Gordon, 8, 9, 65, 91, 123, 124, 142, 143
Chubinishvily, T. N., 65

Danilenko, V. N., 45, 87
El neolítico en Ucrania, 87
Deopik, D. V., 46, 69
Djaparidze, O. M., 65
Dolujanov, P. M., X, XI, 72, 73, 130
Dunn, Stephen, X

Efimenko, P. P., 19, 69, 102
Engels, F., 18, 83, 85, 119, 129, 130
Escuela Científica Nacional, 1

Farmakovsky, B. V., 15, 16
Fedorov, G. B., 137
Fedorov-Davidov, G. A., 46, 69
Fejner, M. V., 69
Formosov, A. A., XIV, 60, 61, 87-89, 94, 127
Fortunatov, 49
Friche, V. M., 17
Frumkin, G., 11

Gamble, C., IX
Gardin, 68
Gellner, E., 8, 9
Gjessing, G., 11, 66
Gliusnig, 90
Glõb, 140
Glover, 11
Godlovsky, 90
Goldina, R. D., 93
Gorbachov, M., X, 36
Gorodtsov, V. A., 15, 16, 17, 19, 56, 57
Gotie, Y. V., 21, 133
Grakov, B. N., 61, 62, 127
Grekov, B. D., 119, 135
Grevs, I. M., 20
Griazsnov, M. P., 45, 69, 127
Grigoriev, G. P., 75, 77
Guening, V. F., XIV, 46, 57, 69, 80, 102
Guerassimov, M., X
Guliaev, V. I., X, XIII, 65
Gumilev, L. N., 72, 133, 140

Hachmann, R., 91
Hancar, F., 11
Häusler, A., 61
Hermitage, 6, 15, 35, 69
Hodder, I., XII
Holubowick, W., 87

Instituto de Arqueología, 25, 33, 69, 70, 86, 115
Instituto de Estudios Orientales, 6
Instituto de Historia, 6
Instituto de Historia de la Cultura Material, 6, 15, 25, 34; *véase también* Instituto de Arqueología
Istorizsm, 85

Jristlein, 90
Jruchev, N., 28, 30, 41
Judiakov, M. V., 20, 32
Jutlandia, cultura de, 95
Jvoiki, V. V., 132

Kallistov, D. P., 137
Kamenetsky, I. S., 46, 68, 69, 80
Kasparova, K. V., 93
Kiparisov, O. V., 24
Kirpichnikov, A. N., 46, 78, 80
Kiselev, S. A., 17, 18, 57, 110

Klein, R. G., IX
Klejn, L., VII-IX, XII, XIII, XIV, 8, 11, 14, 29, 35, 43, 45, 46, 50, 51, 60, 61, 63, 75, 76, 77, 78, 80, 85, 94, 95, 97, 115, 121, 123, 137, 138
Köblen, A., 8
Kolchin, B. A., 28, 46, 71, 80
Kondakov, N. P., 15
Kononov, V. N., 134, 135
Korobkova, G. F., 71
Korzsujina, G. F., 45, 127
Kossina, 63, 132, 133
Kovalev, A. A., 37
Kovalevskaya, V. B., 49, 50, 69
kraievidienie, movimiento, 7, 20, 102
Kraynov, D. A., 61
Kremer, 90
Krichevsky, E. Y., 118
Kristiansen, K., VIII
Kruglov, A. P., 19
Krupnov, I. E., 61
Kujarenko, Y. V., 44
kvadrivy, tendencias, 54, 67-79

Larina, B. A., 49
Latinyn, B. A., 19, 24, 140
Lebedev, G. S., XII, XIII, 1, 2, 35, 37, 49, 74, 77, 78
Lenin, V. I., 16, 33, 83, 113, 114, 129, 130
Leone, M., 142
Levasheva, V. P., 69
Liapushkin, I. I., 45, 62, 127
Lichardus, J., X
Lull, V., XIII
Lurie, S. Y., 135

Machinsky, D. B., 46, 77
Malina, J., XIV
Malm, V. A., 69
Markarian, E. S., 72
Markovin, V. I., 61
Marr, N. Y., 15, 16, 19, 22, 119, 127, 131, 134
Marshak, B. I., 46, 68, 69, 92
Martínez Navarrete, M.ª I., VIII, XI, XIII
Marx, K., 29, 43, 85, 116, 119, 128, 130, 142
Masson, V. M., XIV, 47, 65, 66
Materiales e investigaciones arqueológicas de la URSS (MIA), 86
Matiushin, G. N., 47
McGuire, R. H., XII
Medvedev, G. I., 69
Merezhkovsky, K. S., 15
Meshaninov, I. I., 21
Miklaev, A. M., 73
Miloichich, 91
Miller, A. A., 9, 15, 21, 24
Miniaev, 94
Mongayt, A. L., 9, 10, 27, 29, 32, 136, 137
Arqueología de Europa occidental, 136, 137
Montelius, O., 15, 90, 142
Morgan, L. H., 17, 18, 116
Mortillet, 142
Müller, 15

Narimanov, I. G., 65
Nazsarenko, 35, 78
Neustupný, E., XIV
Niésturj, M. F., X
Nikolaeva, N. N., 77
Nikolsky, V. K., 58
Nosov, N. E., 46

Okladnikov, A. P., 24, 41
Okulicz, J., 96

Pavlovskaya, A. I., 59
Petrie, F., 142

Philip, 90
Pidoplichka, I. G., 73
Piotrovsky, B. B., 41, 106
Pitt-Rivers, A. L. F., 142
Pletneva, S. A., 45
Podgaetsky, 19, 140
Pokrovsky, M. N., 17, 25, 57, 119
Pokrovsky, V., XI
Poliakov, I. S., 15
Popov, G. I., 119
Potebna, 49
Pozsniak, Z., 36
Propp, V. Y., 49, 79
psevorskaya, cultura, 90

Raspopova, 68
Ravdonikas, V. I., 15, 19, 20, 22, 26, 78, 111, 141
Renfrew, C., 8, 66, 73, 142
Ribakov, B. A., 29, 30, 34, 36, 42, 51, 57, 58, 59, 61, 62, 78, 79, 81, 85, 105, 119, 128, 131
Artesanía de la antigua Rusia, 61
Rikgof, 90
Rogachev, A. N., 41, 111
Rostovtsev, M. M., 15, 16, 137
Rudenko, S. I., 21, 24, 72, 127, 140
Ruiz Zapatero, G., VIII, XIV
Rykov, P. S., 24
Ryndina, N. V., 46, 71

Safronov, V. A., 44, 77
Saunders, T., XII
Schnirelman, V., XIV
Schweijk, método, 134, 135
Sedov, V. V., 35, 44, 62
Semenov, S. A., X, 25, 70, 71, 72
Shchukin, M. B., 1, 35, 44, 74, 76, 78, 92, 94
Shelov, D. B., 46
Sher, Y. A., 25, 28, 46, 49, 50, 68, 69, 80
Sherba, 49
Sherrat, A., XIV
Shilov, V. P., 86
Compendio de historia de las antiguas tribus del bajo Volga, 86
Shmidt, E. A., 45
Shtern, E. F., 15
Sichev, N. P., 24
Slavin, L. M., 102
Smirnov, A. A., 17, 57, 110
Sociedad Geográfica, 6, 133
Soffer, O., X
Sovietskaya arjeologuia, 6, 25, 32, 89
Sovietskoe Kraieviedienie, 20
Spitsyn, I. S., 15, 16, 56
Spolding, O., 46
Spriggs, M., XII
Stalin, I., 24, 27, 114, 119, 129, 134
Struve, K., 159
Sychev, N. P., 15
Szasetskaya, 92

Tallgrein, A. M., 9
Terenozhkin, A. I., 102
Thompson, M., 123
Tijanova, M. A., 45, 127
Timifieev, V. I., 73
Tolstov, S. P., 21, 26
Tretiakov, P. N., 26, 29, 42, 43, 51, 62
Trigger, B., IX, 9, 11, 139, 140
Tripolje, cultura de, 96, 119
trivy, tendencias, 54, 55-67, 68, 75, 77, 79, 80

Uvarova, P. S., 15, 135

Vašiček, Z., XIV
Vicent, J., VIII

Victorova, D. V., 69
Vila, A., XIII
Vinberg, N. A., 25
Vorse, 15

Werner, 90
Wiparisov, F. V., 19
Wologiewicz, R., 96
World Archaeology, 1

Yanin, V. V., 45, 57, 61
Yoffee, N., XIV

Zhebelev, S. A., 21, 56, 133, 135, 140
Zhukov, B. S., 15, 19, 21, 24, 72
Zsajaruk, Y. N., XIV, 47, 57, 58, 59, 62, 63, 80, 85, 115
zsarubinetskaya, cultura, 92

ÍNDICE DE LÁMINAS (entre pp. 98-99)

1. M. N. Pokrovsky
2. S. A. Zhebelev (San Petersburgo)
3. V. A. Gorodtsov (1860-1945) (Moscú)
4. A. A. Spitsyn (1858-1931) (San Petersburgo)
5. Condesa P. S. Uvarova
6. A. A. Miller (1875-1935) (San Petersburgo)
7. M. M. Rostovtsev (1870-1952)
8. S. A. Kiselev (Moscú)
9. M. P. Griazsnov (Siberia)
10. A. N. Bernshtam
11. B. V. Farmakovsky en 1925
12. N. I. Marr (1865-1934) hablando ante el Congreso soviético
13. Funeral de N. I. Marr (1934)
14. S. N. Zamiatnin y P. N. Tretiakov en Konstienki, en 1927
15. P. P. Efimenko y P. I. Boriskovsky en Konstienki, a finales de los años veinte
16. P. N. Tretiakov en los años veinte
17. Boriskovsky, Y. Krichevsky (1910-1942), Karguer, M. I. Artamonov, V. I. Ravdonikas (1894-1976) y Gaidukievich
18. Sesión de arqueólogos en San Petersburgo con Efimenko y Boriskovsky

19. Manifestación de la Academia de Historia y Cultura Material en la avenida 25 de Octubre de Leningrado (1 de mayo de 1931)
20. S. A. Semenov y A. P. Okladnikov
21. A. N. Rogachev y N. Prazlov en Konstienki, a mediados de los años sesenta
22. M. I. Artamonov, director del Hermitage, en los años setenta
23. B. B. Piotrovsky, sucesor de Artamonov en la dirección del Hermitage
24. V. F. Guening (Kiev)
25. V. M. Masson, director del Instituto de Historia de la Cultura Material de San Petersburgo
26. M. P. Griazsnov en los años setenta
27. L. S. Klejn
28. Tipo de exposición con carga ideológica (1933). Sección de Metodología Marxista-leninista del Departamento de Culturas Antiguas de la Región del Mar Negro
29. Arqueología callejera. Exposición de temas prehistóricos en una papelería de Leningrado (1934)

ÍNDICE

Prefacio a la edición española, por GONZALO RUIZ ZAPATERO VII
Prólogo 1

1. *La gran desconocida* 5

2. *Etapas de la gran senda* 13
Fuentes 14
Revolución en la arqueología 17
La arqueología bajo el estalinismo 24
El deshielo en la arqueología 27
La arqueología en el periodo del deshielo y del estancamiento 30

3. *Generaciones y aspiraciones* 39
La vieja generación: doctrinarios-unificadores . 41
Segundo grupo de la misma generación: autoctonistas y pragmáticos 42
Tercer grupo: subdifusionistas o submigracionistas . 44
Cuarto grupo: empiristas 45
Quinto grupo: formalización y matematización de la investigación. Análisis técnicos 46

Sexto grupo: imitacionistas 47
Séptimo grupo: comprensión misionera. Arqueosemiotismo 47

4. *El espectro de las tendencias* 53
Trivy 55
Historia arqueológica 55
Etnogenética arqueológica 62
Sociología arqueológica 64
Kvadrivy 67
Arqueología descriptiva 67
Arqueotecnología 70
Arqueología ecológica 72
Arqueología escalonada 74
Siete colores-siete yo 79

5. *Bajo el emblema de la historia* 83
Apartándose de la base del estudio de las fuentes . 86
Dejando a un lado la cronología relativa . . . 89
Los ejes estructurales verticales sin horizontales . 92
Las investigaciones a nivel «atómico» y «molecular» 94

6. *La arqueología de la gran potencia: dificultades de composición* 99

7. *La arqueología bajo la bandera roja* 109

8. *Lectura entre líneas* 125

9. *Retrospectiva y perspectiva* 139

Bibliografía 145
Índice alfabético 163
Índice de láminas 169

Crítica *Arqueología*

Pionero en el pensamiento teórico soviético y considerado como uno de los más prestigiosos arqueólogos mundiales de nuestros días, Leo S. Klejn analiza en este libro, que dedica a los arqueólogos occidentales, las principales tendencias teóricas y metodológicas de la arqueología soviética contemporánea. Partiendo de una reflexión sobre el sentido y el concepto de la historia, Klejn considera que la arqueología soviética, después de siete décadas de socialismo real, ha sido muy poco marxista y que sólo ahora, cuando ha sido posible un desarrollo teórico libre, ha surgido la necesidad real de construir una arqueología marxista no sectaria, no coyuntural y no dogmática. No es fácil comprender desde Occidente la realidad de la arqueología soviética. Aislada, olvidada e injustamente valorada, esa arqueología, concebida como una historia de la cultura material, se nos presenta de la mano de Klejn con una gran riqueza ideológica, original y mucho más innovadora de lo que han imaginado algunos arqueólogos occidentales, que sólo han tenido conocimiento de ella a través de la obra de Childe, que visitó la URSS en los años treinta. Este libro nos permite descubrir los numerosos puntos en común que existen en interpretaciones, directrices y planteamientos teóricos entre la arqueología anglosajona y la soviética, y lo mucho que tienen que aprender los arqueólogos occidentales de sus colegas orientales en cuanto a métodos matemáticos y estadísticos, mucho más arraigados en la URSS que en Occidente. Klejn señala los aciertos de la arqueología soviética, pero también sus errores, como el evolucionismo lineal, el determinismo ecológico, las limitaciones del análisis traceológico funcional de Semenov y los planteamientos ideologicos que condujeron a un excesivo chovinismo panruso a la hora de analizar cuestiones tan espinosas como los orígenes de los eslavos y del pueblo ruso.

Leo S. Klejn (n. 1927) es profesor de arqueología en la Universidad de San Petersburgo desde 1962. Ha dirigido trabajos de campo en Ucrania y en la región del Don, y su prestigio le ha llevado a impartir conferencias y seminarios en Berlín, Copenhague, París, Cambridge y Oxford. En 1992 visitó también varias universidades españolas. Crítico con el comunismo ortodoxo de la ex Unión Soviética y de todo totalitarismo o nacionalismo, fue arrestado por la KGB en 1981 y estuvo confinado hasta 1982 en cárceles y campos de concentración. Buena parte de su obra, que abarca desde la edad del bronce hasta cuestiones del mundo homérico, de tipología y del origen de los escitas, sármatas y eslavos, ha sido traducida al alemán y al inglés, y es la primera vez que un original suyo se traduce al castellano.

ISBN 84-7423-605-3
9 788474 236057